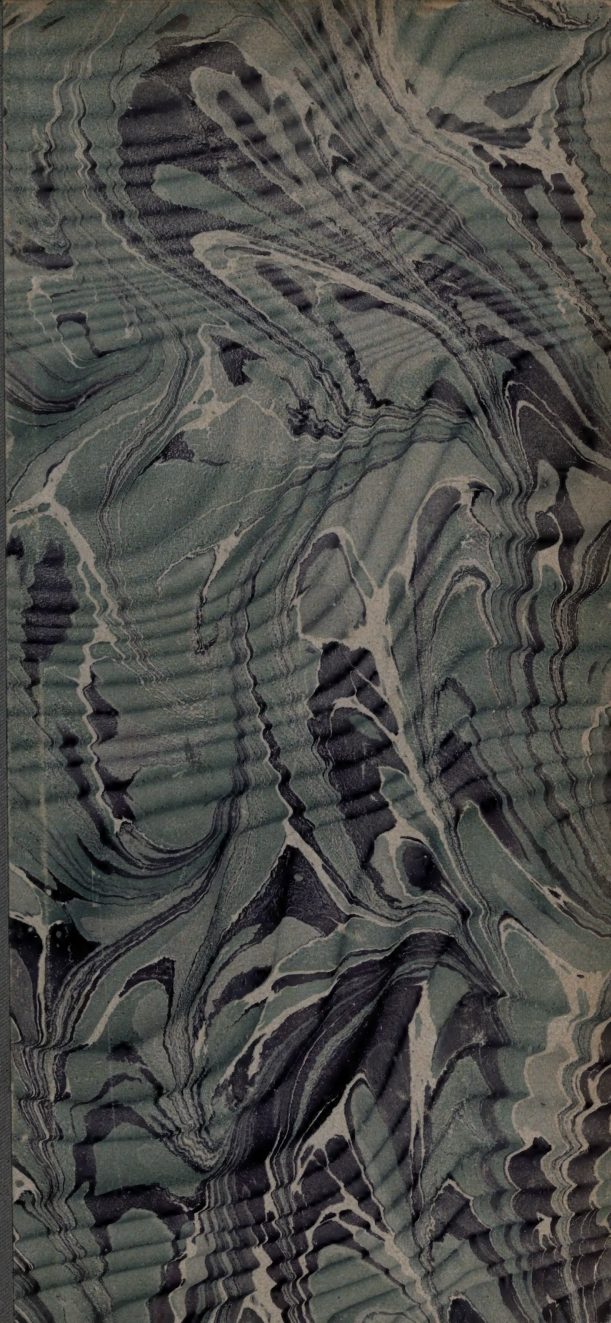
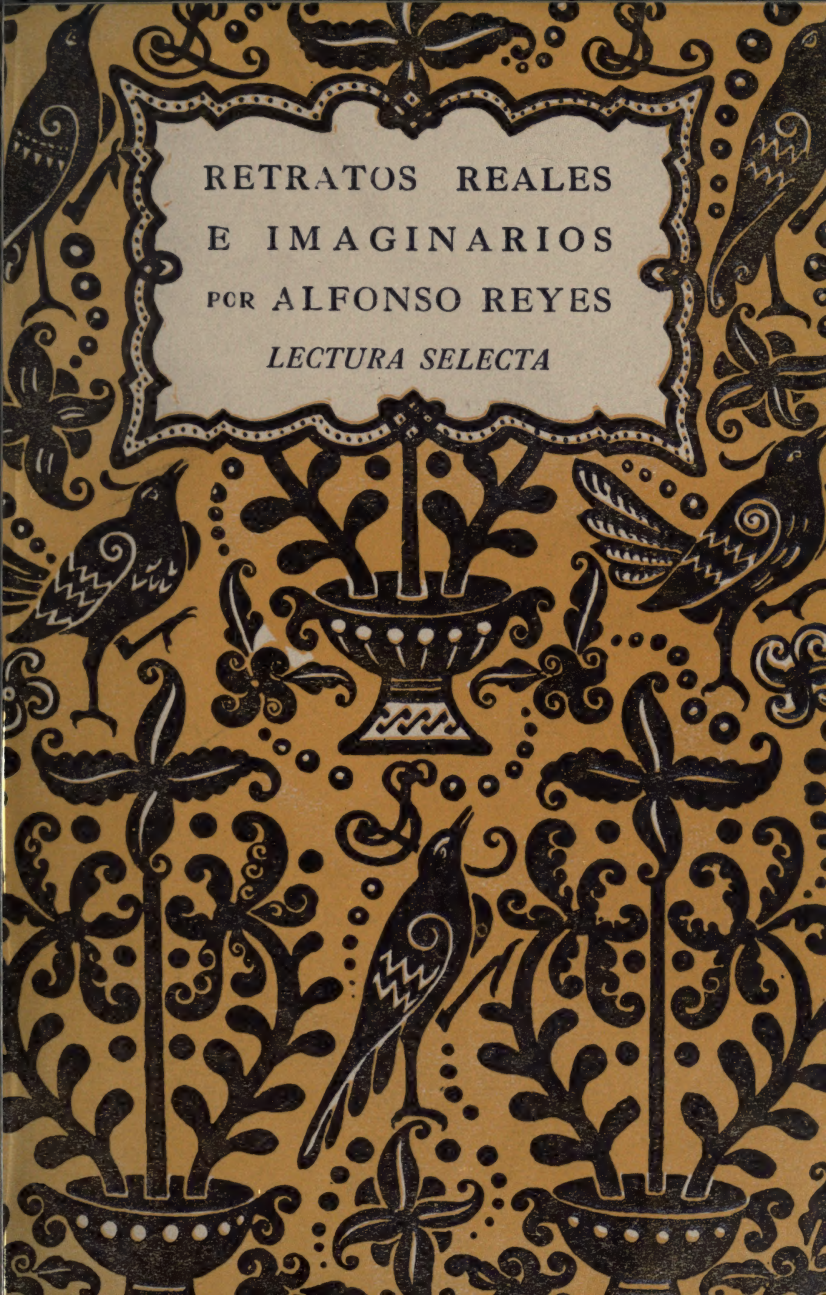




3 1761 07799871 4



The book cover features a repeating pattern of stylized black birds, possibly parrots, perched on ornate, leafy stems that resemble candelabras or plant holders. The background is a light tan color. A decorative, scalloped border frames the central text area.

RETRATOS REALES
E IMAGINARIOS
POR ALFONSO REYES
LECTURA SELECTA

A R. Faulchié - Delbosc,
su amigo
Alfonso Reyes

1920.

LECTURA SELECTA

AUTORES MEXICANOS NUEVOS.

OBRAS DEL AUTOR

CUESTIONES ESTÉTICAS.

EL PAISAJE EN LA POESÍA MEXICANA
DEL SIGLO XIX.

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO.

CARTONES DE MADRID.

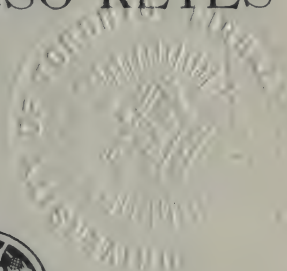
VISIÓN DE ANÁHUAC.

EL SUICIDA.

LS
R4573r



ETRATOS
REALES
E IMAGINARIOS
POR ALFONSO REYES



377845
29.3.40

MEXICO
LECTURA SELECTA
1920



Al azar de los sucesos y de los libros, he publicado en la Prensa de Madrid unas notas, unos esbozos, reseñas, extractos de lecturas y comentarios, que yo quisiera haber escrito con sencillez. Escojo del montón estos quince artículos, y los envío—fel—a los amigos de mi tierra, con este mensaje y saludo:

Conservaos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades.

A. R.

INDICE.

	Págs.
I.—Madama Lucrecia, último amor de Don Alfonso el Magnánimo.....	9
II.—Dos Centenarios. (Cisneros: Lutero)	25
III.—Antonio de Nebrija.....	39
IV.—Chateaubriand en América.....	53
V.—Américo Vespucio	67
VI.—Fray Servando Teresa de Mier	85
VII.—Fortunas de Apolonio de Tiro.....	105
VIII.—Don Rodrigo Calderón.....	121
IX.—Gracián y la guerra.....	135
X.—Felipe IV y los deportes	147
XI.—Napoleón I, orador y periodista	157
XII.—Un abate francés del siglo XVIII	173
XIII.—El Obispo de Orense.....	183
XIV.—En la casa de Garcilaso	199
XV.—Francisco Codera y Zaidín ...	205

MADAMA LUCRECIA,
ULTIMO AMOR DE DON ALFONSO
EL MAGNANIMO ⁽¹⁾

(1) B. CROCE, "Lucrezia d'Alagno," "Nuova Antologia," 1915, tomo L, páginas 30-46.—Pasolini, "Rendiconti della R. Acad. del Lincei," 1917, serie V, volumen XXVI, fasc. 7º a 10º

I. LA NUEVA LUCRECIA.

ERA el año de 1909. Las demoliciones en torno al monumento de Víctor Manuel, en Roma, descubrieron un día el antiguo callejón de Madama Lucrecia. Ahora bien; un busto colosal de mujer, con la cara completamente borrada—Palacio de Venecia, extremo de la fachada de San Marcos—, recibe también popularmente el nombre de “Madama Lucrecia.” El pueblo, asociando el nombre al recuerdo de la antigua Lucrecia, causa de la ruina de la Monarquía romana, había hecho del busto un objeto de superstición nacional. Se juraba por madama Lucrecia, y algunas veces el busto aparecía tocado con un gorro ridículo, el cuello ceñido con una banda o teñido de rojo el rostro.

Pero los eruditos opinan que el busto no representa a la esposa de Colatino. Según aquél, es la efigie de alguna diosa del Lacio; según el otro, es la diosa Isis de Egipto, cuyo culto vino a Roma en tiempos de Sila. También pu-

diera ser—reflexionan los más prudentes—cualquiera emperatriz o dama romana disfrazada, por lujo o por voto, con los arreos de Isis. ¿Quién es, pues, esa madama Lucrecia que ha dado su nombre a la callecita y quizás, por vecindad, al antiguo busto?

En 1826, Próspero Merimée, que tenía veintitrés años y estaba en Roma, fué a visitar la casa de madama Lucrecia, que era, en el callejón, la número 13. La vieja que la guardaba le contó una absurda historia de amores y crímenes, en que los Tarquinos, los emperadores de Roma y los Borgias se confundían. Tal amalgama había hecho el calor de la imaginación popular con los metales tradicionales.

Pero, palmo a palmo, las exploraciones de los sabios—Benedetto Croce el primero—remueven el terreno, descubren los mutilados despojos y reconstruyen la historia de otra Lucrecia, la que ha dado nombre a la calle donde vino a morir. Es una Lucrecia d'Alagno, del tiempo del Renacimiento, que supo arrullar los últimos sueños de Don Alfonso I de Aragón. Pasolini, que cuenta su vida con auxilio de manuscritos inéditos, la resume así: “Triunfos de belleza y de honores, sueños y ambiciones en la corte napolitana, desilusiones, peligros, peregrinaciones afanosas, modesto retiro en Roma, que le dió sepultura.”

En cuanto a su tratamiento de “Madama,” puede considerársele como un vestigio del paso de Anjou por Italia.

II. LA “DONNA ANGELICATA.”

Era Lucrecia la más hermosa de las cuatro hijas del senador Nicola d’Alagno (1428), que de Amalfi se había trasladado a Nápoles con su familia. Lucrecia tendría a la sazón *de* quince *a* dieciocho años.

Era el magnánimo Don Alfonso I, rey de Aragón, rey de Nápoles, rey de Sicilia, gran guerrero y generoso señor, protector de los fugitivos de Constantinopla, hombre enamorado y sensible. Alfonso tendría ya cerca de cincuenta, y su esposa, doña María de Castilla, continuaba en España, enferma.

Advierte Croce que, leyendo las crónicas napolitanas de la época, se nota en los últimos años del conquistador de Nápoles, la influencia de algún elemento nuevo, “algo radioso y fascinador, dulce y voluptuoso, que se manifiesta en todos sus actos, y transformando sus costumbres, lo aficiona cada vez más al reposo y a la soledad de la vida campestre.”

El trato con aquella niña proporcionaba al soberano un raro solaz entre los graves cuida-

dos del Gobierno. La amistad, íntima y honesta, se alarga así por más de quince años, hasta la muerte de Don Alfonso. Y Lucrecia viene a ser, sin escándalo, la verdadera reina de Nápoles.

¿Cómo comenzó esta amistad? La víspera del San Juan de 1448, cuando el rey pasaba a caballo frente a la casa de Lucrecia, por Torre Annunziata, seguido de numeroso cortejo, la niña—según la costumbre tradicional de las muchachas napolitanas, y con el arrojo de la inocencia—le presentó el vaso de cebada y le pidió el donativo para sus bodas. El rey, turbado, hace que su paje le entregue una bolsa llena de oro.

—Me basta una sola moneda del rey—dice la niña.

Y el desfile continúa, volviendo el rey la cabeza de tiempo en tiempo. Poco después, para estar cerca de Lucrecia, se hacía construir, junto a la casa del senador, la Torre del Greco, —residencia, en efecto, humilde.

Allí pasaba las noches; y los días, en el jardín de Lucrecia. Entonces los cronistas dan en llamarla “Castísima Venus,” y los poetas de la corte la celebran con aquel estilo retórico a la moda. Entre los españoles, la cantan Pedro Torroella, Caravajales, Tapia; Suero de Ribera le dice:

*Doncella de gran valía,
en extremo singular,
por quien dicen el cantar:
“Para mí me la querría.”*

Cuando Ausias March, desde Valencia, escribe al rey Alfonso, pidiéndole que le regale un halcón, espera obtenerlo de la intercesión de Lucrecia.

Y Lucrecia, en una delicada pugna, corrige los ardores del rey, y, defendiéndose, lo sujeta. Por eso podía decirle Tapia:

*Vos fuistes la combatida
que venció al vencedor,
vos fuistes quien por amor
jamás nunca fué vencida.*

Un día, ya decadente Doña María de Castilla, Lucrecia pudo aspirar a ser reina legítima. ¿No es ella la que, en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble collar, desnudos los pies y ataviada a modo de Parténope? ¿No es ella la mujer que guía a la Victoria, la *donna angelicata* que viene desde el fondo de la poesía dantesca a amansar las cóleras del guerrero y a encantar, con prestigios de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano?

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey—reverenciada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel, la esposa de éste—recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del Emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1452. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el *Banquete de las Vírgenes*, de San Metodio.

III. EL DEMONIO DE LA AMBICIÓN.

Un cronista de buena fe, aunque cortesano, Loise de Rosa, nos ha conservado este diálogo entre Alfonso y Lucrecia:

—Entiendo y conozco, señor, que me quiere bien Vuestra Majestad. Y me complazco en ser amada por el mejor de los príncipes. Pero pienso que ni los príncipes están a salvo de las traiciones del amor.

—Pero, dime, por mi amor, ¿qué traiciones había yo de usar contigo?

—Preferir a mi vergüenza vuestro apetito. ¿Qué dirían entonces de Lucrecia? “Lucrecia—dirían—es una perdida.”

—Dime, pues, Lucrecia mía, lo que debo hacer.

—Prometerme que me tomaréis por esposa a la muerte de Su Majestad la reina.

—No valdría: ya sabes que las leyes no lo permiten.

—Vuestra Majestad no repare en ~~las~~ leyes. Yo hablaré con el Papa Calixto, que me quiere bien, y todo se arreglará.

Y, al fin, un buen día, el rey soltó la promesa: ya no hubo paz en el corazón de Lucrecia. La mujer del heredero Fernando había comenzado a cansarse y a sentirse humillada. Ella no consentiría nunca que Lucrecia llegase a reina. Doña María, siempre enferma y estéril, no acababa de morirse... La rivalidad y la ambiciosa fiebre habían alterado para siempre la serenidad angélica de Lucrecia. El Papa, pensaba, puede, si quiere, separar a Don Alfonso de Doña María; el Papa es también español, y Luisa—hermana de Lucrecia—está casada con un sobrino del Papa. ¡A Roma, pues! Lucrecia tiene veintisiete años, ya conoce el mundo. Y decide emprender una peregrinación, con todo el lujo necesario para impresionar de una vez al pueblo romano y a la corte papal. Y parte en el otoño de 1457, provista de una suma equivalente a medio millón de liras para fausto y boato.

El drama, nota aquí Pasolini, comienza a transformarse en sainete. Alfonso llama inme-

diatamente al poeta Caravajal para que componga unos versos sobre la melancolía de la ausencia.

En tanto, Lucrecia cabalga hacia Roma, acompañada de gentiles hombres, damas y doncellas, todos vestidos de negro, por un duelo reciente; en el camino recibe aclamaciones. En Roma ofrece un festín a sus quinientos y a otros cien caballeros romanos, acompañados de sus mujeres. Después, el Papa la recibe paternalmente, y tantos honores se le rinden, que el cardenal Piccolomini comienza a juzgarlos excesivos. Pietro Barbo, futuro Papa, la colmó de joyas y dones; en el inventario de sus bienes del Palacio de Venecia, algunas partidas llevan el *donatum domine Lucretie*. Y el Papa se empeña tanto más en festejarla sobradamente cuanto que la está reservando la más dura de las decepciones.

IV. EL PAPA CALIXTO Y LOS DEMONIOS.

Hablaron a solas dos horas largas el bello demonio de veintisiete años y el Pontífice octogenario. A cada nueva súplica, a cada nuevo argumento—donde las sutilezas jurídico-teológicas se confundirían con reclamos sentimentales—, mientras Lucrecia desfallecía suplicando, el Papa, impasible, le contestaba que

él no quería irse al infierno. Harto fué que la despidiera con su bendición, y que la ayudara a salvar las apariencias con mentirijillas, en cuanto al objeto de la entrevista.

Poco después, el Papa redactaba una serena epístola a la infortunada Doña María; y Lucrecia, por su parte, rasguñaba nerviosamente un mensaje para don Alfonso, poniendo en el sobre las palabras de apremio: *Volantissime, cito, cito, cito.*

Más allá de Capua acudió el rey a recibir a su dama. Dejaron los caballos, se dieron la mano y se saludaron con un beso. Estuvieron algún tiempo hablando secretamente. Después continuaron el viaje, y con él las fiestas del camino hasta Nápoles. El rey cabalgaba a la izquierda, llevando de la mano a su dama; a la derecha iba Don Juan de Aragón, hermano del rey y príncipe de Navarra. En adelante, los esfuerzos de Alfonso para consolar a su Lucrecia no conocen límite prudente. El rey se iba poniendo senil.

Al fin, cayó enfermo. La penosa enfermedad no dió tiempo a la despedida. Otros aseguran que alguien, a la puerta de la cámara mortuoria, abrió los brazos e impidió la entrada a Lucrecia. El rey, sin acordarse de la pálida Doña María, encargó a su hijo Fernando que

cuidara de Lucrecia, a quien juraba al morir haber respetado invariablemente.

V. LA PENITENCIA.

La muerte es remedio de vanidades, y la castidad del recuerdo es la más pura. Lucrecia vive de la memoria de Alfonso.

Bajo la influencia de Isabel, Fernando comenzará a tratar a Lucrecia con dobleces y astucias; hoy le concede facultades extraordinarias, como firmar paces con enemigos, y al otro día la persigue. En todo caso, Lucrecia está demás en la corte. En los veintiocho años de su belleza, enlutada siempre como viuda, piensa en abandonar el siglo. Incapaces de su virtud e incapaces de su ambición, los murmuradores la señalan ya con el dedo. Dos meses después de muerto el rey, llega, con sarcasmo, la noticia de la muerte de Doña María.

Lucrecia, cada vez más sola, empieza a creer que Fernando intenta matarla. Acaso manifestó a alguien sus temores, porque hay una conseja que dice que Fernando la dejó morir en una prisión. Ella, entretanto, vive con el oído alerta, y aun se desespera de no verse atacada.

La rebelión de los barones empieza a rugir contra Fernando. Entonces Lucrecia compren-

de que, al fin y al cabo, Fernando es el único apoyo que le queda. Y lo ayuda con su dinero y sus joyas, con sus consejos. Fernando, derrotado en Sarno, muy necesitado seguramente, cae sobre algunas posesiones feudales de Lucrecia, y entonces ella se retira, lastimada, a su castillo de Somma (1461), de donde en vano pretende Fernando volverla a Nápoles.

Una vez se presenta él mismo en el castillo, y Lucrecia se refugia en otro castillo alto, desde donde le envía a decir que no lo recibirá. El 2 de abril, por medio del duque de Milán, presenta Lucrecia un verdadero "ultimátum", pidiendo a Fernando la devolución de sus bienes, y amenazándole con pasarse al enemigo. Poco después abandona Somma y reaparece en Bari: prefiere vagar por el mundo a ceder ante la rival Isabel un punto de su dignidad.

Entonces los que la habían cantado comienzan a calumniarla; afirman que se entrega a todos por los caminos; discuten crudamente los medios de que se valió para alcanzar el Poder.

Desde Manfredonia, Lucrecia intenta negociar con Fernando: acepta cualquier retiro en Nápoles, siempre que no sea donde está Isabel. Después se refugia en Venecia. Hacia 1464, el duque de Venecia recomienda al podestá de Ravenna que procure a madama Lucrecia la

más franca hospitalidad. De allí, Lucrecia, amenazada de pobreza, vuelve a tratar con Fernando, como de monarca a monarca, y siempre a través del duque de Milán. De Fernando espera la reposición de sus honores y la restauración de su fama, “que le importa más que mil vidas”. Pero Fernando le hace unas proposiciones tan míseras, que el de Milán a duras penas se resigna a comunicarlas, y que ella las rechaza con indignación.

Muere a poco el duque de Milán, y Lucrecia escribe a la duquesa implorando casi su caridad. Pero ¿qué podía hacer aquella pobre duquesa, incapaz de defenderse de su hijo Galeazo, que unos cuantos meses más tarde la hizo morir?

En abril de 1469, Lucrecia vende a tres nobles familias, que parecen haberse juntado para hacerle una caridad, en 225 ducados de oro, un traje de terciopelo carmesí, forrado de armiño y bordado de oro: restos de su grandeza.

Años más tarde, cuando ya Lucrecia, derrotada, pensaba en volver a Nápoles de cualquier forma, murió en Roma su hermana Margarita, dejando una huérfana, Camila del Giudice. Y Lucrecia se encaminó a Roma, para encargarse de la niña.

VI. LA SALVACIÓN.

Esta vez no la seguían cortejos, no la festejaban cardenales. Nadie la sintió entrar en Roma; casi nadie la oía vivir en la calle que ha heredado su nombre. Con todo, ella daba gracias a Dios que le había buscado una misión que cumplir, donde podía tal vez olvidar sus propios dolores. Los días de miseria de Ravenna habían pasado. Tampoco le faltaban en Roma algunos amigos del buen tiempo; y a proteger una mujer bella, que ha sido tan grande, ¿quién había de negarse? Es de creer que en Nápoles le devolvieron algunos de sus bienes.

Ahora se trata de casar a Camila, que está en edad, y de dotarla con dos mil florines. No los tenía madama Lucrecia; pero allá en el arca de sus reliquias queda, entre los dones de su príncipe inolvidable, cierto collar de oro y plata y piedras, codicia un día de todas las señoras de Nápoles. Y Lucrecia lo sacrifica. Y Camila pudo así celebrar sus bodas con un joven que, según los papeles, era “circunspecto y respetable”.

Lucrecia es el hada buena del nuevo hogar. Castigada por el destino, cree haber descubierto, entre sus nostalgias, que la verdadera fe-

licidad es siempre algo humilde, y que más consiste en darse a los otros que en preocuparse gran cosa de uno mismo.

Pero a los pocos meses de matrimonio, murió la sobrina.

Madama Lucrecia no pudo resistirlo. Había vivido, en cuarenta y nueve años raudos, unos dolores y unas esperanzas que no parecen haber en siglos.

DOS CENTENARIOS

DE tiempo en tiempo, volvemos los ojos al pasado con un sentimiento casi religioso. De ese sentimiento se dejaba llevar Augusto Comte al concebir su *Calendario Positivista*, conforme al cual cada mes y cada día del año se han de consagrar a la memoria de un hombre que haya influido singularmente en el desarrollo de la Humanidad. Augusto Comte quería algo más: quería que se celebrasen festividades periódicas para honrar la memoria de los bienhechores del hombre. Nada se parece más a este sueño—muy ridiculizado después por los que sólo vieron en él lo que tiene de pedantería pueril—, que la actual costumbre, cada vez más establecida, de conmemorar los *centenarios*.

El centenario de la muerte de Cisneros y el centenario del Protestantismo se acaban de cumplir hace pocos días. He aquí el eco de los dos centenarios, tan significativos los dos y tan relacionados entre sí dentro de la historia de aquel aspecto especial de la religión cuyo reinado está en este mundo.

I EL CARDENAL CISNEROS.

Cisneros es, en todo el rigor, un hombre representativo de la España de hace cuatro siglos. Representativo de todo aquello en que pensaba Menéndez y Pelayo al decir que España era una “nación de teólogos armados”. Se le ve pasar esgrimiendo una enorme cruz a guisa de hacha de combate. Es representativo en su valerosa terquedad: cuando tiene derecho a un Arciprestazgo, inútil que lo encarcelen tratando de hacerle desistir; es representativo en la verdad de su fe, en el espíritu de sacrificio: de pronto abandona los bienes del mundo por el hábito franciscano. Su amor a la penitencia, cuando ocupe los más altos puestos, escandalizará un poco a los Papas, porque Roma prefiere un asomo de mundanidad a las austeridades demasiado notorias. Tiene algo de ~~Mon~~ rusticidad: cuando ponen en sus manos, sin esperarlo él, la bula que le dió el Arzobispado, huye de la corte, en un raptó de salvaje humildad, y hay que darle alcance a caballo. Es representativo, por su buen sentido de labriego: una leyenda asegura que quiso fundar los célebres Estudios en Alcalá, y no en Torrelaguna, su patria, porque advirtió que, de establecerlos aquí, los estudiantes “se le comerían las

uvas''; y la verdad es que, si no lo dijo, pudo decirlo. Es representativo en aquel modo de poner una actividad casera al servicio de una idea abstracta y simple. Su misticismo, como el de la Santa de Avila, comienza en el altar de la iglesia, pero llega hasta la cocina de la casa. Su correspondencia relativa a la campaña de Africa es, a veces, la correspondencia de una ama de llaves que sabe cuidar, solícitamente, la despensa; y, a veces, la de un frío general para quien las masas humanas no son más que la materia prima de la guerra, aunque una materia prima con bocas y que consume una cantidad enorme de harina. Cisneros es representativo también porque supo resistir la idea de su fuerza; y aquella suprema jactancia, aquella invocación a sus cañones como a un último derecho (ademán en que la imaginación popular se complace en resucitarlo), es una preciosa síntesis histórica. Místico, nunca pone en duda la voz de Dios; práctico, ejecuta con todas sus fuerzas la orden celeste: y ya se sabe que la idea del respeto hacia los demás comienza por ser una idea de duda. Cuando se queda provisionalmente con la herencia de un gran imperio, se empeña en un equilibrio arriesgadísimo, reclamando para sí mismo todas las responsabilidades. Funda él solo una Universidad que asombra a Francisco I, acostumbra-

do a considerar su Universidad de París como la obra acumulada de varias generaciones. Y todavía en un fino alarde, como si quisiera hacer con su fuerza un movimiento gracioso, se une a la historia de la Filología con la “Políglota” de Alcalá. Todo lo quería hacer ese hombre, y el humo de la pólvora dice él que le olía tan bien como el del incienso.

España estaba por aquellos años consumando su misión histórica: la expulsión del moro y la unificación nacional. Centinela perdida de la familia europea, por todos medios se procuraba limpiarla de contagios con el enemigo. Y Cisneros persiguió y quemó. Así andaba por aquellos años—estas son las paradojas de la Historia—la tesis de “europeizar” a España.

El centenario de Cisneros no podía menos de provocar un movimiento de polémica en la prensa española: Cisneros representa una posición absoluta: no se puede menos de optar por él o de rechazarlo. Y el hombre de nuestra época se pregunta, recordando a Cisneros: “¿Sería yo, o no sería yo capaz de quemar a los enemigos de mi fe?”

Escojo a continuación dos manifestaciones extremas, a fin de que el lector aprecie por sí la amplitud de la disyuntiva.

En el “A B C” del 12 de noviembre escribe el señor Salaverría:

“Ahora bien; supongamos que por fortuna apareciera Cisneros... ¿No encontraría hoy nobles rebeldes, forajidos y relapsos? Sí. Ahora también se ampararía en sus cañones, como en su tiempo; ahora también fundaría la Santa Hermandad y expulsaría a los réprobos. Porque los catalanistas y los bizcaitarras de hoy, ¿no es cierto que representan a los nobles soberbios, levantiscos, exigentes y anárquicos de otrora? Los revolucionarios y motinescos de hoy, ¿no están pidiendo, como los forajidos medioevales, la Santa Hermandad? Y los intervencionistas, los que desdeñan a España, los que lo darían todo a las naciones extranjeras, ¿no deberían ser, como antes los judíos, expulsados?”

Y en “Los Lunes de *El Imparcial*”, del 19 de noviembre, escribe el señor Alomar:

“A Cisneros se debió la privación de uno de los elementos más valiosos que hubiesen podido integrar nuestra psicología nacional: el gran yacimiento de la cultura musulmana... Cisneros es todavía un hijo de la Edad Media: compáresele con los cardenales italianos de aquella gran época... Cisneros es uno de los más enérgicos fautores de esa unidad bárbaramente impuesta al espíritu nacional... Sería muy halagüeño para los panegiristas de Cisneros poder apartar del recuerdo de su vida

esos episodios: la coacción violenta y maquiavélica sobre la conciencia de los mahometanos, forzándolos al bautismo; la quema de los manuscritos árabes en la plaza de Bivarrambla, y, sobre todo, la memoria de las 3,564 víctimas que hizo morir en la hoguera como inquisidor general.—Amigo Miguel S. Oliver, ya ve usted cómo el “sentimentalismo” tradicionalista sabe resolver y disimular en Cisneros lo que abomina en Robespierre...—Cisneros arrancó al alma española el sedimento oriental, que hubiese podido producir entre nosotros una metrópoli idealmente compleja, llena de insospechadas fecundidades.”

II EL MONJE LUTERO.

El cuarto centenario del Protestantismo—no olvidado por el señor Alomar en su artículo sobre Cisneros—puede decirse que no ha tenido resonancia en España, como, por lo demás, era de esperar. La verdad es que en la Europa entera, como tampoco podía menos de suceder en las condiciones actuales, ha hecho poco ruido este centenario. Sobre todo si se le compara con el centenario anterior: en 1817, la juventud universitaria se reunió en Wartburg, viejo castillo del gran duque de Weimar, para

conmemorar el tricentenario del Protestantismo. El espíritu liberal que Francia había difundido por Europa, alentaba con particular viveza en aquella región de la todavía no unificada Alemania. Al acabar el festín, se encendió una hoguera y, en recordación de la quema de la bula, los jóvenes liberales arrojaron al fuego un Código de Policía de Prusia, amén de algunos atributos simbólicos del uniforme de ulanos. Era una broma juvenil, pero bastó para inquietar al poder de Prusia e inclinarlo todavía más en el sentido de la reacción. Ese mismo día, la política de Metternich ganó algunos grados en el corazón de Federico Guillermo, y hubo un peso más en su platillo.

En comparación con esto, puede decirse que no cuenta la media docena de artículos literarios a que en este siglo ha dado ocasión el recuerdo de Lutero. Tales artículos, naturalmente, tienen también un tono polémico: primero, porque a estas horas no puede pasar nada en Europa—mucho menos el recuerdo de un hecho tan trascendental—sin que se lo aplique a la contienda; y en segundo lugar, porque Lutero, al igual que Cisneros, representa un caso heroico de resolución.

Pero Lutero no era confesor de monarcas ni cardenal. Era un simple monje. No tiene

Solo mando: toda su energía es espiritual, sin que tampoco de ésta se pueda decir que es muy exquisita. Nació muy al Norte, lejos de la deslumbrante silla de San Pedro, y no se siente muy íntimamente ligado a la tradición de la grande Iglesia Católica. Su patria había sido relativamente catequizada. Además, en su provincia (y aun fuera) hay ciertos abusos que conviene reprimir cuanto antes, para bien de la misma Iglesia. Lutero no pretende separarse del Papa; se embarca en una aventura que no sabe, al pronto, hasta dónde le llevará. Pero la gente se entusiasma y se agita. La idea crece sola, y se vuelve reivindicación metafísica, y entonces transporta en sus garras de águila al mismo Lutero.

En cuanto a Lutero, el hombre, decía Michelet que si asistimos, con San Agustín, al renacimiento de un alma en que toda la parte humana queda inmolada ante la gracia divina; y si con Rousseau asistimos, al contrario, al espectáculo de una naturaleza humana que se ensancha sin ningún límite y llega hasta lo repugnante, en Lutero podemos ver, no el equilibrio de la gracia divina y la naturaleza humana, sino su combate más doloroso.

Y véase ahora cómo lo recuerdan un protestante y un católico, haciéndole servir uno y otro como arma contra el enemigo común.

El editor del suplemento literario de "The Times", de Londres, escribe el 1.º de noviembre: "Lutero aparece en un mundo en que un inmenso temor de Dios pesa sobre el ánimo de los hombres. Parecía que lo último que le esperaba al hombre eran el Infierno y el Purgatorio, tales como los había visto Dante. Horrendos castigos se prometían a los que, como Paolo y Francesca, se habían entregado, casi sin intervención de su albedrío, a las pasiones humanas. Los que se iban de este mundo con el peso de sus delitos, tenían que pasar por terribles padecimientos, a menos que por algún medio pudieran quedar justificados o absueltos. Y lo único que mitigaba estos temores, era la seguridad de que había en este mundo una suprema autoridad que podía dispensar de la carga de los pecados y sus consecuencias: tal era la Iglesia y sus ministros, a cuya cabeza estaba el Papa de Roma... Y Lutero, con intensa convicción personal y con gran vehemencia, resucitó la antigua doctrina de la Iglesia, fundada en las palabras de Cristo a sus apóstoles, de que los hombres pueden evitar los castigos de la justicia divina acudiendo directamente a Cristo, con su fe personal y su confianza en las promesas de El... Nunca, ni en tiempos de Lutero, ha faltado quien diga que esta doctrina acaba con toda autoridad huma-

na... Y es cierto que toda nueva verdad tiene sus peligros, y más cuando significa la embriaguez del vino nuevo tras una larga sed de goces.”—“Pero los abusos del antiguo régimen eran intolerables—continúa el articulista—, y llevaron a la creación de iglesias independientes. De aquí las iglesias puritanas de Inglaterra; de aquí la fundación de los Estados puritanos de América y la creación de los Estados Unidos. Y ahora los Estados Unidos vuelven a Europa, para domeñar el espíritu de ilegalidad y de violencia incorporado en otro príncipe de la casa de Brandenburgo. Pocos pasajes de la Historia son tan dramáticos como el de un principio que, invocado por oposición a la codicia de un Brandenburgo, se vindica cuatrocientos años más tarde sobre la violencia de otro.”

Y ahora véase lo que escribe Charles Maurras en *L'Action Française* del 31 de octubre: “Hoy hace cuatro siglos que Martín Lutero fijó sus famosas proposiciones a la puerta de la iglesia de Wittenberg. Ese día se desató sobre el mundo una intensa revolución que, como pasa siempre, primero se dejó sentir en el reinado del espíritu... Ese día el cielo quedó separado de la tierra, y los muertos, del corazón de los vivos. Toda la Edad Media católica había creído que los supervivientes po-

dían ofrecer lo más sublime de su existencia, y su sacrificio superior, como rescate para los que les habían precedido, a quienes el peso de sus faltas tenía en expiación. Y el monje alemán se levantó contra esta magnífica fe, y en vista de algunos abusos particulares, acabó de plano con la costumbre de las indulgencias. Como consecuencia lógica de esto, quedó suprimida hasta la noción del Purgatorio, que, desde Platón a Dante, había podido satisfacer y ennoblecer a tantas grandes almas. Y el hombre se quedó solo, frente a frente de una altiva Justicia que ignoraba las dulzuras de la caridad. El culto de la Virgen Madre, la idea de Nuestra Señora, honor, gloria y alegría de la Edad Media, desapareció en todos los puntos de Europa adonde llegaba el contagio luterano. Y así la mediación entre Dios y el hombre quedó despojada del divino encanto que la había humanizado... Y todo esto acontecía muy por cima de los pueblos y los monarcas, entre tierra y cielo.” Pero pronto—continúa Maurras—las influencias bajan a la tierra y operan en la política. Y aquí, aplica el recuerdo del luteranismo a las cosas actuales: pereció la República cristiana, y este mal—asegura—se manifiesta hasta nuestros días. “Y si un gran país del centro de Europa combina, a los perfeccionamientos de la ciencia material, una

anarquía espiritual y moral sin precedente, para poderlo comprender hay que remontarse más allá de Fichte, Kant, y aun de Rousseau, hasta su abogado príncipe, que es Lutero.” Es fuerza—concluye—que el espíritu humano se rehaga de arriba hacia abajo.

Escoja el lector su punto de vista.

ANTONIO DE NEBRIJA

I. LA VIDA.

ANTONIO de Nebrija nació en Sevilla en 1441. Estudió cinco años en la célebre Salamanca; pero pronto—según él mismo explica tratando de sus maestros Apolonio, Pascual de Aranda y Pedro de Osma—, “sospeché que aquellos varones, aunque no en el saber, en decir sabían poco. Así que, en edad de diez y nueve años, yo fuí a Italia, no por la causa que otros van: o para ganar rentas de iglesia, o para traer fórmulas del Derecho civil y canónico, o para trocar mercaderías; mas para que, por la ley de la tornada, después de luen-go tiempo, restituyese en la posesión de su tierra perdida los autores del latín, que estaban ya muchos siglos había, desterrados de España”.

Diez años estudió en Italia, y al cabo de ellos, el arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, lo hizo venir a su lado, le procuró una renta de ciento cincuenta florines y la ración aparte, y le prometió “muchas cosas humanas”. Nebrija, aunque se ejercitaba en la enseñanza de la lengua latina, gastaba mucho tiempo

en atender a Fonseca, que, enfermo y caduco, se esforzaba todavía en sus ratos de salud por despachar los negocios del siglo y los oficios divinos. Murió Fonseca a los tres años, y Nebrija—a quien una situación se le vino abajo—pensó en buscarse otra donde tuviera libertad para perseguir sus ideales.

La barbarie—dice él mismo—se derramaba a la sazón por España “ancha y largamente”. San Pedro y San Pablo, para desarraigar la gentilidad, no dieron combate entre los pueblos oscuros, como hacen los falsos profetas, sino desde las capitales del mundo: Atenas, Antioquía, Roma. Así, Nebrija pensó en saltar el estudio de Salamanca, “el cual, como una fortaleza, tomado por combate, no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a se me rendir”. En este tono de general victorioso, nos sigue contando Nebrija cómo alcanzó lo que antes ninguno alcanzara: dos cátedras en Salamanca; cómo por aquel tiempo “escribió arrebatadamente”, o más bien, “se le cayeron de las manos dos Gramáticas”; cómo toda España las recibió con aplauso, y cómo ya no le quedaba más que consagrarse a la enseñanza, porque, casado y con hijos, había perdido la renta de la iglesia.

También enseñó Nebrija en Sevilla; y en Alcalá, llamado por Cisneros, ayudó a revisar

el texto de la Biblia Complutense. A los setenta y dos años de edad, la fortaleza de Salamanca, cuartel general de la "barbarie", le cerró sus puertas, considerándolo inepto. El viejo maestro había dado a la obra de civilización "todo lo que le quedaba de espíritu y de vida, todo lo que le sobraba de ingenio y doctrina". El gran Cisneros lo acogió bajo su protección. Juan Huarte, en su *Examen de Ingenios*, dice que "el maestro Antonio de Nebrija había venido a tanta falta de memoria por la vejez, que leía por un papel la lección de retórica a sus discípulos". Murió en Alcalá, año 1522. Nunca dudó de su victoria: "Ya casi del todo punto—escribía—desarraigué de toda España los *Dotrinales*, los *Pedros Elías* y otros nombres aún más duros, los *Galteros*, los *Ebrardos*, *Pastranas*, y otros no sé qué postizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados. Si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se ha de referir a mí." Así, en el siglo XVI, se explica el abuelo de los europeizadores de España.

II. LA REPARTICIÓN DE LA VIDA.

Gramáticas latinas y castellanas, diccionarios, traducciones, libros de Cosmografía, cró-

nicas sobre el reinado de los Reyes Católicos, y hasta el fin de sus días, las mil actividades diarias de la enseñanza: amplia es la labor de Nebrija, como de buen hijo del Renacimiento. No les bastaba a aquellos hombres universales el trecho tasado de una vida, ni todas las horas del día y la noche para su sed de conocimiento y de acción. “Este hombre—dice Browning, en los *Funerales del Gramático*—, más que vivir, quiso conocer”; pero como lo uno y lo otro se confunden en la misma onda de fecundidad, habría que rectificar así la palabra del poeta inglés: “Este hombre quiso vivir más que la vida”. Nuestro espléndido Graecián, en su ensayo sobre la *Culta repartición de la vida de un discreto*, propone el ideal, propiamente renacentista, de dividir la existencia humana, como el camino del sol, en varias estaciones: “Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el estío caloroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el descado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez: cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las

venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza, las edades y los tiempos." Y como a cada edad toca su verdad, Gracián propone la repartición de la vida de modo que a una época toque hablar con los muertos: los libros y el estudio, los años de aprendizaje; a otra toque hablar con los vivos: la experiencia de las cosas del mundo, el trato, los años de viaje; a otra, finalmente, toque hablar a solas consigo mismo: los años de meditación y recuerdo, la época de escribir, de los griegos.

Todo hubo en la vida de Nebrija; pero en la rotación de los trabajos y los días su obra vino a fijarse sobre todo en las labores lingüísticas, y así ha quedado consagrado como el fundador de nuestra Gramática. Pero hablar hoy de la Gramática es hablar de una parte adjetiva de la vida; y el gramático que hoy cantara sus éxitos en tono de general victorioso, resultaría ridículo, así le debiéramos mercedes como la de ahuyentar de toda España los manuales y textos de la Academia, que son los *Dotriinales*, *Pedros Elías*, *Galteros*, *Ebrardos* y *Pastranas* de nuestro tiempo. ¿Qué sentido hemos de dar a las arrogancias de Nebrija? ¿El de meras pedanterías pueriles o sarampiones de la cultura? Sería ligereza.

No; hubo un tiempo en que el mundo parecía pender del Pontífice de Roma, y la lengua oficial de Europa era el latín. La constitución paulatina de las nacionalidades modernas se va reflejando también en los progresos de las nuevas lenguas románicas; cada grado de dignidad que conquista la lengua española, es un nuevo grado de incorporación que logra la nueva vida española: cuando una nación busca su alma, la defensa e ilustración de su lengua, la campaña para purificar y reivindicar su habla, es como una clave simbólica—pero también es una parte consustancial del proceso—hacia el descubrimiento del carácter propio y nativo. Una celosa provincia, en nuestros días, ¿no nos está dando señales de cómo los impulsos de autonomía se refugian o se compendian hasta en las reglas de depuración ortográfica, hasta en ese punto interlineal que divide la doble “*ele*” catalana y la distingue de la “*elle*” española? Así—pero mucho más hondamente—, en días de Nebrija. Y buscar la ley al nuevo fenómeno, demostrar que esta lengua popular de España también era susceptible de reglas, era devolverle su dignidad latina, era restaurar a la hija española en el trono de la familia romana. Alterando apenas las palabras de nuestro gramático, y para reducir a especies modernas sus

ideas, pudiéramos entonces decir que a él tiene que referirse, en parte, lo que hay de *latino* en la mentalidad española revelada en la literatura.

III. LAS TRES EMPRESAS DE LA GRAMÁTICA.

Para acercarnos más al problema, recordemos los tres aspectos de la campaña lingüística de Nebrija, según los explica un artículo reciente (1). El examen de los prólogos de Nebrija, donde expone éste sus intenciones, permite discernir en esta campaña tres aspectos. “Escribir un tratado de Gramática de una lengua moderna constituía una empresa de absoluta novedad. Hasta entonces—dice Castro—se habían estudiado las lenguas sabias: latín, hebreo, griego, con el propósito de aprenderlas. De aquí había nacido el definir la Gramática como “arte de hablar y escribir una lengua”, definición que—no se sabe por qué—conserva aún la Academia. Lanzarse, pues, al estudio de la propia lengua, que se habla correctamente sin necesidad de Gramática, suponía en Nebrija una notable originalidad.” ¿Cuál era su objeto?

1.º *El propósito docente.*—Estudiar la Gra-

(1) Antonio de Nebrija, “Revista General”, 10. de agosto de 1918.

mática de una lengua extraña es cosa abstracta y teológica; otros hombres pudieron conformarse con ello: no un realista del Renacimiento. Es como querer dibujar el contorno de una montaña que no se ha visto; podemos aprender, claro está, a trazarlo de memoria; pero si nunca hemos reparado previamente en los contornos de las montañas próximas, de las que están al alcance de nuestros ojos. ¿qué provecho habrá en ese aprendizaje mecánico? En cambio, si previamente se nos hace apreciar y dibujar el perfil de nuestras montañas, percibiremos la relación entre el esquema y el objeto, y cuando después se nos enseñe el dibujo de una montaña que aún no hemos visto, nos formaremos clara idea de ella. Así, dice Nebrija, “los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la Gramática del latín, después que sintieren bien el arte castellano, no les será muy difícil; porque es sobre la lengua que ya ellos sienten; cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura”. De suerte que la Gramática castellana venía a ser una introducción del latín. En cuanto a la utilidad del latín—valga hoy lo que valiere—, era entonces tan indispensable como hoy lo es aprender la escritura a mano, que resultará acaso inútil para los hijos de nuestros biznietos. Además, “los vizcaínos, navarros, franceses.

italianos y todos los otros que tienen algún trato en conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a aprenderla por uso, podránla más aína saber por esta mi obra.”

2º *El propósito imperialista.*—En la introducción a la “Antología de poetas hispanoamericanos”, escribía Menéndez y Pelayo: “Fué privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió a la lengua su nombre”. Y parece que al escribir así, refiriéndose a la lengua española—exaltada ya a la categoría de clásica en la historia—, Menéndez y Pelayo describiera el hecho presentido, en los días de su iniciación, por Nebrija. En efecto, decía Nebrija a la reina Isabel: “Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron

y florecieron, y después junta fué la caída de entrambos.” Antes nación dispersa, antes lengua bárbara; hoy, “los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de reino”; hoy, pues, deben erigirse en cuerpo de doctrina los ~~membros~~ *membra* de la lengua. Además, “cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real majestad, y me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy reverendo padre obispo de Avila me arrebató la respuesta, y, respondiendo por mí, dijo que después de que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquéllos tuviesen necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros aprendemos el arte de la Gramática latina para aprender el latín.”

disiecta

3º *El propósito científico.* -- Lo hemos esbozado ya. El latín había sido hasta entonces la lengua por excelencia, y el español se consideraba como una corrupección. A Malón de Chalde le preguntaban sus amigos que cómo escribía en lengua vulgar (español) cosas religiosas y de sustancia, cuando el “vulgar” sólo

era propio para cuentos de “hilanderuelas y mujercitas”. El propósito de reivindicar la lengua vulgar, como nota Castro, es una de las formas de ese interés por las cosas populares, folklóricas, que tiene sus raíces en el Renacimiento. No es más que el interés por la propia fisonomía nacional. “Esencialmente al mismo espíritu—añade Castro—responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante. La Biblia de Lutero es, además, el primer monumento del moderno alemán. La Iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento y continuaba la tradición medieval.”

Y la dignificación de la lengua vulgar produjo, entre otros efectos, tres principales: primero, unos ensayos y tanteos pueriles de escribir discursos bilingües latinocastellanos, para demostrar que la hija no estaba tan corrompida cuando fácilmente se confundía con su madre. El Brocense, Pérez de Oliva, Ambrosio de Morales y algunos más escribieron ejercicios de éstos, tendientes a descubrir las posibilidades gramaticales del “vulgar”. Una última crisis de esta tendencia puede verse en las latinizaciones de Góngora y sus discípulos, en el siglo XVII. En segundo lugar, la tendencia produce efectos artísticos y deseo de orden y concierto en las palabras, escogiéndolo-

las hasta contar sus letras, midiéndolas y pesándolas, como declaraba hacerlo Fray Luis en un célebre pasaje de los Nombres de Cristo: “Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario”. En tercer lugar, y finalmente, esta tendencia se manifiesta en investigaciones científicas sobre la estructura de la lengua y sus leyes propias. Y aquí es donde debe buscarse la obra de Nebrija, el primero que volvió los ojos a la ciencia de los antiguos para restituirla a su nación, mezclando—como dice una elegía de Arias Barbosa—las sagradas aguas del Permeso con las del Tormes.

CHATEAUBRIAND EN AMERICA

I

EN Saint Malo, el rugido de las olas y el trueno de la tempestad. En el solitario castillo de Combourg—fondo de sus recuerdos de niño—, el ceño paterno y los terrores nocturnos. Sus juegos infantiles con la hermana Lucila eran—como los de Santa Teresa y su hermano—juegos de aventuras extraordinarias y de viajes a regiones desconocidas. Hacía mucho tiempo que Chateaubriand viajaba, en la imaginación, por América, cuando, el año de 1791, desembarcó en Baltimore.

II

A partir del descubrimiento, la idea americana ha sido para la mentalidad de Europa una positiva idea fuerza. Sus manifestaciones se descubren, tanto en la poesía como en la vida social.

Dentro de España, ya se sabe, por una parte, todo lo que significa la conquista; por otra, y aun desentendiéndose de toda curiosidad se-

cundaria, no se “sabe”, pero se adivina, todo lo que influye la idea americana en la concepción de la vida picaresca.

En el centro, la severa Castilla. A la derecha, Valencia, puerta del Mediterráneo, por donde llegaban las voluptuosas seducciones y los lujos de Italia. A la izquierda, Sevilla, puerta de las Indias, por donde llegaban las tentaciones aventureras del oro americano. Sevilla, capital de la Picaresca. Y el picarismo, como el flamenquismo de nuestro tiempo, era una plaga social, no sólo una raíz estética de la Novela española.

Fuera de España, la corriente del americanismo se ha manifestado en literatura exótica, pero también en literatura de sueños políticos o utopías. Cuando la utopía se sale del libro y se vuela en la realidad, el “Mayflower” hiende las aguas, llevando consigo a los peregrinos ingleses que van a buscar un mundo mejor.

La idea americana parece haber agotado ya todos sus secretos. Entonces Chateaubriand la solicita nuevamente y la halla fecunda. Y la América de Chateaubriand es todo un criterio; un prisma bajo el cual contemplan y entienden a América los europeos de la primera mitad del XIX.

Más tarde, la civilización de los Estados

Unidos del Norte, sus puentes, sus rasca-cielos, su vida cinematográfica, van interesando más que la supuesta o real “Selva Virgen”. Y entonces la América de Chateaubriand va cediendo el puesto a ese otro concepto nuevo de América, representado por un libro célebre de Bourget y condensado en aquella fórmula de Gourmont: “la civilisation hâtive.”

III

“El viaje de Chateaubriand a América—escribe Bédier—, es ya para siempre memorable, puesto que “Atala” fué escrita en las chozas de los salvajes; puesto que la musa inspiradora de “Los Natchez” “ha guiado los pasos del viajero, a través de las regiones desconocidas del Nuevo Mundo, para descubrirle los arrobadores secretos del desierto”; puesto que René gustaba de sentarse, al sol poniente, sobre las rocas ribereñas del Meschacebé; puesto que Chateaubriand ha vuelto de la Luisiana y las Floridas estremecido aún por las armonías de la Soledad, y que, al orquestarlas en *El genio del Cristianismo*, en el *Viaje a América* y en el admirable libro VI de las *Memorias de Ultratumba*, ha renovado para un siglo la imaginación francesa, según la noble y justa palabra de Faguet.”

Tal viaje—explica—era, a la vez que un viaje sentimental, un viaje de propósitos científicos. Ultimo historiador del llamado “hombre de la naturaleza”, Chateaubriand observa las hordas americanas al margen de sus lagos, notando sus varias formas de gobierno; arqueólogo, explora las salvajes ruinas del Scioto; filósofo, conversa, bajo los árboles del Erie, con los sofistas de la cabaña; naturalista, recoge para el señor de Malesherbes descripciones de la fauna y la flora del Canadá; viajero, aspira al descubrimiento del mundo polar.

Los recuerdos de su viaje parecen haber penetrado toda su obra dejando rastros por mil partes. Sus visiones de América han ido flotando por sus páginas, de uno en otro libro, con aquel procedimiento de perpetuas refundiciones que le es tan característico.

Pero el paraíso de colores que pinta Chateaubriand—tierra prometida de la fantasía—¿ha existido en alguna parte? Con legítima curiosidad, los críticos desde el primer momento quisieron distinguir lo que había de cierto y lo que había de imaginario en los viajes de Chateaubriand.

De donde resulta una averiguación que da luz sobre los procedimientos literarios del gran viajero, sobre su psicología de escritor, sobre los problemas de la creación estética.

IV

En esta averiguación, como en todas, el primer período es el de la sospecha y la dudã: el segundo, el de la certeza y la prueba.

A la aparición de "Atala", la crítica se manifiesta recelosa ante aquellos osos embriagados con uvas, que se balancean de las ramas de los olmos. Chateaubriand se defiende alegando algunas autoridades, y añade: "Las dos traducciones de "Atala" han llegado a América. Si yo hubiera falseado en algo la verdad, mi libro habría fracasado en aquel país. Esos no son nuestros ríos, ni nuestras montañas, ni nuestras selvas—me hubieran dicho a cada página—. Y, lejos de esto, "Atala" ha regresado al desierto, y tal parece que su patria la ha reconocido como verdadera hija de las soledades."

Con todo, la crítica americana había comenzado a oponer dudas sobre la autencidad del viaje de Chateaubriand y sobre la originalidad de sus descripciones. Algunos viajeros franceses recorren la región con el libro de Chateaubriand en la mano, y le niegan toda veracidad.

Sainte-Beuve, que todo lo leía, resume, finalmente, este primer período de la investigación, con estas palabras, que son una perfecta

valoración de sospechas: “La crítica que se ha hecho de las primeras páginas de la “Atala”, en cuanto a la poca fidelidad del dibujo y los colores del cuadro, nos confirma en la idea de que Chateaubriand no se propuso hacer una pintura real, sino que, tras una rápida visión de conjunto, refundió sus recuerdos con ayuda de algunos textos ajenos, y dispuso aquellas ricas imágenes a su capricho—imágenes que eran más bien hijas de su fantasía, que no de su memoria.”

V

El período de las comprobaciones se inicia con Bédier (*Chateaubriand en Amérique: vérité et fiction*, publicado en una revista y recogido después en el tomo *Etudes Critiques*, París, 1903). De entonces acá, los críticos—y particularmente Chinard, que anuncia un volumen sobre la materia—, no han hecho más que llenar los cuadros fijados por Bédier. Las revistas especiales han dado, en estos últimos días, nueva actualidad a la cuestión.

La investigación de Bédier comienza por ser una crítica del itinerario de Chateaubriand, de la que resulta la imposibilidad cronológica del viaje. Si Chateaubriand no viajó en perso-

na por todos los sitios que describe, se valió sin duda de ajenos ojos, de ajenos libros: hizo el viaje, por decirlo así, en torno a su biblioteca. Y aquí, el estudio de las fuentes, que Bédier emprende con singular fortuna. Al cabo, conocedor de la complicada urdimbre con que Chateaubriand tejó su viaje (en que los recuerdos reales, las fantasías y los documentos ajenos se mezclan sutilmente), Bédier puede decirnos, retrucándole irónicamente sus palabras: “Mil ríos tributarios fertilizan con sus aguas al gran Meschacebé.”

VI

Chateaubriand encierra su viaje entre dos fechas más o menos vagamente indicadas. Los datos y documentos contemporáneos permiten fijarlas: el 10 de julio de 1791, desembarco en Baltimore, el 10 de diciembre del mismo año reembarque en Philadelphia. Después de esto, merced a las indicaciones dispersas del mismo Chateaubriand y a las de otros viajeros de la época, es posible establecer la cronología del viaje. Para mayor lealtad de la prueba, conviene dotar al viajero de un índice máximo de velocidad, suponer que toma siempre por el atajo más corto, que viaja de día y de noche sin

resuello (salvo declaración expresa en contrario), y ponerlo a andar.

Y entonces resulta que el viaje de Baltimore al Niágara pudo ser posible (y, en efecto, Chateaubriand proporciona una prueba de la presencia de Chateaubriand en las cataratas); pero en cuanto el viajero pretende internarse hacia el Erie, llegar a Pittsburg, descender el Missisipi y entregarse a caprichosos rodeos en los Natchez, Luisiana, Florida, Nashville, ya no podemos seguirlo con paciencia. Y esto por la sencilla razón de que, hecho el cómputo mínimo, Chateaubriand no hubiera podido entonces llegar a Philadelphia antes del 23 de diciembre, es decir, cuando el navío en que se embarcó realmente llevaba ya trece días de dichosa navegación y se encontraba más cerca de acá que de allá.

En suma: que Chateaubriand tuvo que volver a Philadelphia del Niágara; que nunca penetró precisamente en el "reino de la soledad" que sirve de escenario a sus novelas; que nunca le fué dable ver más "hombres de la naturaleza" que aquellos señores y madamas salvajes a quienes el amigo Violet, antiguo pinche del general Rochambeau, vestido de color manzana y luciendo chupa de lanilla, hacía bailar en Albany al son de su violín, allá por el 12 de agosto de 1791.

VII

Al principio de su carrera literaria, Chateaubriand parece referir todos sus recuerdos a un modesto y posible viaje de Baltimore al Niágara (*Ensayo sobre las revoluciones*), Más tarde, en el *Genio*, el *Itinerario* y otras partes, habla ya de las lagunas de Florida, el país de los Natchez y los Siminoles. Es que en el intervalo ha publicado la "Atala" y le ha venido el capricho de declarar que sus cuadros naturales estaban pintados con la más escrupulosa exactitud. En cien partes de su obra, en artículos de periódico, ha novelado sobre sus viajes al Nuevo Mundo, sin prever que un día, al escribir sus memorias, se hallaría comprometido por sus anteriores declaraciones, y obligado a alargar su viaje desmesuradamente.

¿Qué conclusiones sacar de esta investigación? ¿Declarar plagiarlo a Chateaubriand, como lo hace Dick, con poco sentido de humanista? No; Bédier, al apreciar el valor de su trabajo, da un ejemplo de probidad. Desde luego, hemos adquirido una enseñanza, aunque secundaria: el *Viaje a América* de Chateaubriand no puede ni debe ser empleado a su vez como fuente histórica. Por hacer lo con-

trario en algunos capítulos de su monumental "Historia de América", se ha equivocado Bancroft.

Segunda conclusión: Chateaubriand se inspira en pasajes ajenos, los refunde y los aprovecha por una serie de procedimientos de estilo curiosísimos de notar. Hecho esto, hace servir su propio producto, así obtenido, como nuevo modelo, que a su turno refunde y aprovecha en un nuevo libro. Parece, pues, que para crear necesita de la sugestión de una página escrita, y que, al contrario de Rousseau, no puede componer (aun cuando él afirme otra cosa) sino entre sus libros, en su mesa de trabajo y con la pluma en la mano. Entre los modernos escritores franceses, solamente en André Chénier podría hallarse una disposición análoga; este poeta (el menos "libresco" si se quiere), por rara condición psicológica sólo crea trasponiendo fragmentos ajenos. Pero mientras Chénier nunca traduce más de diez líneas seguidas de sus clásicos, Chateaubriand puede seguir sus modelos desde la primera hasta la última página.

En tercer lugar, hay derecho—después de la investigación anterior—a suponer que Chateaubriand trabajó con procedimientos análogos algunas otras de sus obras, y a preguntarse sobre las innumerables fuentes que ha-

brá aprovechado en la formación de todos sus libros. Así, el itinerario a Tierra Santa no es más que “un viaje hecho con ajenos viajes,” según la autorizada opinión de Titus Tobler; y podemos considerar este sistema de refundición y de transcripción como un verdadero método de invención poética en Chateaubriand.

VIII

Pero ¿hemos acabado ya? “Cuando se ha demostrado—escribe Chinard—que Chateaubriand ha sorprendido en Lafitau o en Charlevoix una concepción romántica e idealizada de los salvajes americanos, no se ha resuelto más que una pequeña parte del problema. Lejos de ser escritores originales, la mayor parte de aquellos viajeros del siglo XVIII que Chateaubriand ha copiado (en ocasiones no sin escrúpulo), no eran, a su vez, sino compiladores, y no han hecho más que aprovechar una tradición sobre los indios, establecida desde hacía mucho tiempo.” Además, falta buscar en la literatura anterior la lenta formación de los mismos tipos novelescos, añadir al estudio de la fuente histórica el de la fuente literaria, preguntándose, por ejemplo, si “*Les Deux Amis*” no anuncian la “*Atala*”. Por aquí nos

internaríamos en la selva del exotismo americano, que Chinard ha estudiado en tres siglos de la literatura francesa.

Finalmente, cuando hayamos descubierto la cantera, ¿estamos dispensados de estudiar las líneas del edificio? No hemos acabado con la América de Chateaubriand; hemos agotado apenas un capítulo intermedio entre la biografía y la verdadera crítica literaria: ya sabemos cuáles son los libros de donde sacó sus enseñanzas. Nos falta conocer el criterio con que las elegía; nos falta definir claramente su concepción de América. En rigor, poco nos importa saber hasta dónde alcanzó en sus viajes. Hemos cerrado ya el estudio de la mentira en la América de Chateaubriand; de la mentira biográfica, práctica. Nos falta el estudio de la verdad: la verdad trascendental del viaje, su verdad poética. La verdad de las cosas—ha dicho Aristóteles—no está en sus apariencias actuales, sino en el sentido de sus tendencias.

AMERICO VESPUCIO

I. LA LEYENDA DE COLÓN.

DECIA Francisco López de Gómara que el descubrimiento de América ha sido “la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió.” Semejante actitud mental, que muchos han adoptado después de Gómara, equivale a abrir desmesuradamente los ojos. Pero es sabido que no por eso se ve mejor; al contrario: los ojos desmesurados son los ojos de la alucinación y del éxtasis; ellos engendran de por sí todos los fantasmas de la leyenda.

Y, en efecto, en torno al recuerdo del genovés crece una vegetación inculta y profusa. Para llegar hasta Cristóbal Colón hay que abrirse paso por entre malezas de leyendas. No parece sino que Colón se esforzara por echarse fuera de la historia, o que la magnitud de la hazaña anulara el conocimiento para mejor suscitar la admiración. En vano procura la historia imponer sus conmesuraciones exactas. Cien veces deshecha, la leyenda vuelve a recobrase, como la ruda aplastada por los pies. Y es que el claro instinto popular no se resig-

na, ante sus héroes preferidos, al tributo lógico de la verdad; y entonces inventa para ellos el sacrificio, en su doble aspecto de dolor y de arte: de aquí la leyenda.

La leyenda de Colón ha podido proveer tema durante mucho tiempo a los pintores de historia. ¿Quién no recuerda, como escena familiar, el acto en que la Reina Católica entrega a Colón las preciosas joyas? El asunto permite un verdadero derroche de muebles, trajes y tapices antiguos; unas figuras se inclinan graciosamente con el ademán de ofrecer, y otras se inclinan con humildad, en señal de gratitud. No obstruye aquí la fábula nuestro sentimiento de la historia, más bien lo subraya: así nos complacemos en imaginar a la Reina Isabel. Mientras Don Fernando discurre, con todos los discreteos y "realces" que le presta Gracián, por entre el enjambre de las ambiciones palaciegas, la Reina sueña en prender alas a la fuerza española, en lanzas que recorren la tierra, y en velas por la mar.

Otras veces, una intención menos patriótica que pueril se empeña en resucitar discusiones que están ya definitivamente juzgadas, y cada año averiguamos de nuevo que Colón nació en Pontevedra.

II. LA "JETTATURA" DE COLÓN

Pero hay en esta transfiguración de la historia un aspecto desapacible. La misma fantasía que procura exaltar la gloria de Colón, decreta la infamia de todos los otros descubridores.

Así, cada año oímos maldecir de nuevo a Martín Alonso Pinzón, el buen nevegante, cuyo delito se reduce a haber viajado en la "Pinta", que era más velera que la "Niña" y que la "Santa María", en que bogaba Colón.

La "Pinta" se adelantaba siempre hacia el puerto, y Colón, que era descontentadizo y receloso, solía decir:

—Este Martín Alonso Pinzón se me adelanta, para contar patrañas y darse él por descubridor.

¿Y qué se dice del florentino Vespuccio? Que sus viajes fueron imaginarios; que quiso robar la hija a Colón; que—ambicioso—logró dar su nombre a lo que de ninguna manera le pertenecía, y, finalmente, que América se debiera llamar Colombia.

Seguramente que no son de fácil acceso los tomos de la colección *Recueil de Voyages et de Documents pour servir à l'histoire de la Géographie, depuis le XIII jusqu'à la fin du*

XVI siècle. Aunque no muy voluminosos, lo son ya demasiado para la mística ligereza de la vida contemporánea, y aunque no muy caros, resultan caros para la franciscana pobreza de nuestros días. (¡Oh, tiempos en que Montaner y Simón fabricaba aquellos infolios llenos de ilustraciones!) En esa colección ha publicado Henry Vignaud un libro sobre la traída y llevada carta de Toscanelli, y otros puntos referentes a los orígenes del descubrimiento de ideas cosmográficas de Cristóbal Colón, cuya lectura pudiera ahorrar muchas discusiones inútiles. En esa misma colección acaba de publicar el propio autor un volumen sobre la vida y viajes de Américo Vespuccio, que tampoco se puede leer sin provecho.

Pero Vignaud no ha tenido siempre la lengua de oro de la persuasión. Aquí vamos a suponer—sin prejuzgar nada y para los efectos de una rápida evocación—que Vignaud nos tiene convencidos.

III. LA ERA DE LOS DESCUBRIMIENTOS.

La historia de Europa nace en torno a la cuenca del Mediterráneo. Las conquistas romanas remontan después hacia el Norte, y luego las emigraciones del Norte descienden so-

bre Roma. Europa ha crecido por arriba, pero los ejes del mundo europeo siguen fijos en el Mediterráneo.

Lentamente, los ejes giran hacia el Atlántico, y se reafirman por completo en el Occidente, cuando el descubrimiento de América viene, por decirlo así, a cerrar la cuenca del Océano.

Desde el siglo XII al siglo XV se suceden los descubrimientos geográficos, particularmente activos durante este último siglo, y más en la década postrera. Primero, la costa occidental del Africa se va revelando a los navegantes, y pronto aquellas noticias dispersas, que podían sonar al principio como simples curiosidades, se resuelven en una verdadera sinfonía de inquietudes. Del Oriente llegan arrebatadoras narraciones; la ruta para las Indias comienza a ser una preocupación general. Mientras media humanidad se deleita con las sorpresas del Renacimiento, la otra—mundo de traficantes y aventureros—vive como enloquecida de acción, anhelando siempre por las aromáticas Islas de las Especies.

Los viajes son la gran empresa, pública y privada, del siglo XV. Las ideas geográficas vuelan en el aire como los átomos del polvo. Todo piloto es descubridor. Descubrir, para unos, no es más que ver tierras, y así, no es

extraño que aleguen haber descubierto más de lo que la posteridad les concede. Para otros, descubrir es colonizar o, por lo menos, establecer ya el cambio pacífico de mercancías, o ya la captura de esclavos a mano armada. Se da con relativa frecuencia el caso de tierras descubiertas dos y tres veces, así como se da el de regiones que, descubiertas por un azar o naufragio, no han podido ser identificadas.

Portugal y España se alzan con la empresa de los descubrimientos; y como pronto cae el espíritu sobre las creaciones de la materia, pronto se da a la nueva empresa un carácter de misión apostólica. Y el Papa divide entre las dos Monarquías las tierras halladas y por hallar. A la Cruzada medieval sucede la Cruzada de América.

De Italia, cuyo genio mercantil había llegado a alcanzar todas las elegancias de su poesía, salen de tiempo en tiempo geógrafos más o menos improvisados a ponerse al servicio de las dos coronas, y hasta de Inglaterra que, por un retardo de cuatro días, perdió la ocasión del descubrimiento de América. Y en aquel ambiente, cargado de posibilidades, donde todo comenzaba a parecer factible a los hombres, se destaca la figura de Colón, asistido por los dos Pinzones; a su lado, siempre su

amigo y siempre respetado por él, Américo Vespucio.

IV. VIDA DE VESPUCIO.

Llena de lagunas, la vida de Américo Vespucio sólo nos es conocida en sus grandes rasgos.

Nace en Florencia al mediar el siglo XV, y muere en febrero de 1512. Hijo de un notario, estudia de mala gana las letras con un tío suyo, y descuella, en cambio, en las Matemáticas, la Cosmografía y el Comercio. Viaja por Francia. De regreso en su tierra, y al servicio de los Médicis, negocia y trafica con mercaderes españoles; y, finalmente, viene a España, donde se relaciona con los armadores sevillanos que fletaban barcos para las tierras descubiertas.

Hace primero dos viajes a Indias, y después, por cuenta de Don Manuel de Portugal, su tercero y más famoso viaje. El cuarto, en el que intenta pasar al Asia por el Sur del Nuevo Mundo, pára en un fracaso.

Y entonces, acaso un poco olvidado de Don Manuel, busca el amparo de los reyes de España, por los días en que también lo buscaban y se alejaban también de Portugal el ar-

mador Cristóbal de Haro, el astrónomo Ruy Falerro y el célebre Magallanes.

Los asuntos de Colón andaban a la sazón revueltos. Colón se acerca a Américo Vespuccio y solicita su apoyo ante la corte. Ya en la corte (Toro), Vespuccio logra que se apruebe su antiguo proyecto de viaje por el Sudoeste del Nuevo Mundo, y comienza, con Vicente Yáñez Pinzón, los largos preparativos.

Establecido en Sevilla, Vespuccio se casa con María Cerezo y se naturaliza español. Continúan los preparativos, pero las pretensiones portuguesas, fundadas en la Bula de Alejandro VI, le salen al paso y obstruyen la realización de la empresa.

Se supone que hizo todavía otros cuatro viajes, dos muy improbables y dos absurdos. Después, ocupa el puesto, creado para él probablemente, de piloto mayor de la Casa de Contratación, de Sevilla. Y muere allí, gobernando la navegación de Indias, viendo ir y venir las embarcaciones como desde una atalaya.

V. VIAJES DE VESPUCIO.

Cuando, en mayo de 1497, emprende Vespuccio su primer viaje, Colón no había penetrado aún en el Golfo de México, y de la Amé-

rica sólo se conocían las Antillas. La expedición de que formaba parte Vespuccio, entrando por el golfo de Honduras, pasa la península de Yucatán y sube por el litoral del golfo mexicano hasta la Florida, o acaso hasta Georgia. Esto, como ya sabemos, no obsta para que, algunos años más tarde, Juan Ponce de León descubriera por segunda vez la Florida, buscando durante tres años la fuente de Juvencia.

Dos años más tarde, Vespuccio se embarca como piloto de la expedición de Alonso de Hojeda. Llegados al cabo San Roque, en el Brasil, recorren en sentido ascendente la costa de Sudamérica, hasta el golfo de Venezuela.

Pero Vespuccio debe su celebridad al tercer viaje, en que recorrió la costa brasileña, del cabo San Roque hacia abajo, pasando por la bahía de Todos Santos, y acaso por la actual Río de Janeiro, hasta la boca del Plata. Allí tuercé Vespuccio rumbo al Sur, y da en una tierra antártica no identificada, de donde se vuelve hacia Africa. Este viaje acabó de convencer a Vespuccio de que las nuevas tierras no podían ser tierras asiáticas, y entonces concibió el proyecto de pasar al Asia por el Sur del nuevo continente; pero acaso se figuró siempre que en las bocas del Plata acababa el litoral sudamericano.

Y, en efecto, en el cuarto viaje se trata de

pasar por el Sudoeste a esa zona asiática vagamente designada entonces con el nombre de Las Molucas. Otros—convencidos también de que las nuevas tierras no eran asiáticas—buscaban el paso para Las Molucas por algún estrecho que pudiera haber más al Norte. Colón, creyendo siempre haber descubierto tierras asiáticas, lo que buscaba era el paso para el golfo del Ganges, del que se imaginaba estar cerca. Vespucio, no; Vespucio concebía el proyecto que veinte años más tarde había de realizar Magallanes, doblando la América del Sur por el cabo de Hornos. Por desgracia, quedó separado de su capitán; y tras de recorrer algunas regiones del Brasil que le eran conocidas por su viaje anterior, y hacer cargamento de maderas preciosas, se vuelve a Lisboa.

De los otros viajes, no vale ocuparse en esta breve recordación.

Todo género de argumentos se han esgrimido para demostrar, por lo menos, que alguno de los viajes de Vespucio es imaginario. Para el primer viaje, por ejemplo, no hay más testimonio que el relato del interesado, de cuya honorabilidad ~~cabe dudar~~ *se dudará siempre* en virtud de la "jetatura". Pero, ¿acaso queda en los archivos de Barcelona documento alguno de la recepción que hicieron los Reyes Católicos al afortunado genovés? Y, sin embargo, ello sucedió

y nadie lo pone en tela de juicio. Otras veces se ha alegado que las relaciones de Vespuccio son harto vagas para verdaderas, y que omiten circunstancias preciosas, como el carácter peninsular de Yucatán y de la Florida, de que no parece haberse percatado. Notan unos que pasó junto a civilizaciones como la de Yucatán, sin decir palabra de ellas; que nada dice tampoco del río del Norte, ni del Misisipí. Pero también Marco Polo estuvo en China y nada nos cuenta del té—grande novedad—, ni de la famosa Gran Muralla.

En cambio, los defensores de los viajes advierten que el primero, el más objetable, no ha sido relatado en extenso, sino en un extracto de una narración más amplia, que se ha perdido; que de una manera general, todo se explica mejor admitiendo la hipótesis de los viajes; que, por lo demás, quedan de ellos testimonios inapelables, como son ciertos mapas de la época, cuyos datos y nombres no pueden provenir sino de los viajes de Vespuccio, a menos que se “multipliquen los entes sin necesidad,” como diría Occam, y se admita la probabilidad de otros viajes, amén de los conocidos; y, por último, que, puestos a dudar, tampoco tienen más fundamento los viajes de Cabot, y pasan por reales y legítimos.

VI. COLÓN Y VESPUCIO.

No era Colón el geógrafo más profundo de su tiempo. Si él murió creyendo haber descubierto las costas del Asia, los hombres de ciencia sospecharon desde el primer momento que las nuevas tierras no tenían nada de común con las Indias Orientales. Pronto, en los documentos de los Reyes Católicos, se da en llamarlas Indias Occidentales, con probable ánimo de rectificación o de duda. Colón las llamaba Nuevo Mundo, sin dar a la frase más que un valor retórico; pero los geógrafos, sus contemporáneos, convinieron en que se trataba de un nuevo mundo. Las islas descubiertas estaban relativamente muy cerca del Africa: aquello no podía ser el Asia, ni la descripción natural y social de las Antillas coincidía con las descripciones de las islas asiáticas. (Respecto a la América del Norte, todavía se siguió manteniendo su continuidad con el Asia.)

Vespucio, no se sabe bien hasta qué punto, era en todo caso un geógrafo más completo que Colón. Vespucio sabía adónde iba. Sus viajes por el litoral americano lo recorren en una extensión que nadie antes de él había recorrido, y—salvo la región ártica y la antártica, así como la pequeña cintura del Darién—permi-

tieron establecer el carácter continental de América. Si no realizó él mismo la contrapueba de Magallanes, al menos la dejó planteada. Su influencia en la cartografía de la época es mucho más trascendental que la de Colón.

Más técnico que Colón, Vespucio era mucho menos capaz de empresas. Nunca llegó a jefe de expediciones, y todavía fracasó en sus sueños de rebasar por el Sur la línea americana. Es Vespucio ese personaje simpático—algo más “discreto,” algo menos “héroe”—que se encarga de precisar y reducir las audacias del inspirado. Colón, en su fuerza y en sus defectos, batallador y confuso, siempre bravo, tiene mucho de la grosería eficaz de la naturaleza.

VII. EL BAUTISMO DE AMÉRICA.

En la imperceptible ciudad de Saint-Dié, perdida en los Vosgos, se reunía al comenzar el siglo XVI una diminuta sociedad de hombres estudiosos, que eran humanistas e impresores a un tiempo. El fundador de aquel pequeño gimnasio e introductor de la imprenta se llamaba Gauthier Lud, y la imprenta se instaló en la casa del sobrino Nicolás. Martín Waldseemuller, que era de Friburgo, vino a ser, a la vez que corrector de imprenta (*castigator*),

un colaborador eminente. El amable poeta Matías Ringmann—Philesius, como le llamaban sus amigos—, era otro de los socios. Había conocido al arquitecto veronés Giovanni Giocondo, y murió joven. Y Juan Basin, que era más bien un retórico, había escrito un Manual sobre el arte de escribir cartas.

Llegaban a Saint-Dié—¿y cómo podía ser de otro modo?—las preocupaciones geográficas del siglo, y los aficionados volvían los ojos a los libros de Ptolomeo, como a una base segura, antes de arriesgarse a leer los relatos de los descubrimientos. Un día el gimnasio de los Vosgos pensó en publicar la introducción a la geografía de Ptolomeo, seguida de los cuatro viajes narrados por Vespucio. Waldseemuller se encargó de la obra y puso, además, unas cartas complementarias, así como el prefacio dedicatoria al Emperador Maximiliano, que firmó con su pseudónimo: “Martinus Ilacomilus”. La obra, *Cosmographiæ Introductio*, salió de la prensa el año de 1507. Corrió con fortuna, porque revelaba al mundo la existencia de una tierra distinta de la que Colón había descubierto—la identidad geográfica de las Antillas y del continente americano es una noción científica moderna—; y en ella aparecía Vespucio dando cuenta por primera vez de países cuyas condiciones naturales comenzaban a

atraer los ojos de todos. Ahora bien, los editores anotaron de tiempo en tiempo los pasajes de su Ptolomeo, en vista de los recientes hallazgos, y en dos capítulos de la obra soltaron al azar las siguientes frases: "A esa nueva parte de la tierra podemos llamarla hoy América, en memoria del hombre sagaz que la ha descubierto." El nombre se había de aplicar, no al archipiélago descubierto por Cristóbal Colón, sino a la Tierra Firme que Vespuccio había recorrido.

Los autores de la *Historia de Cambridge* sugieren, acaso por elegancia de estilo, que la atribución del nombre se hizo mitad en bur-las, mitad en veras. Lo ignoramos, pero lo demás ya se sabe. Vespuccio murió sin enterarse del caso. El nombre se fué imponiendo poco a poco, a pesar de las protestas, que comienzan con Fray Bartolomé de las Casas. El trabajo estuvo bien compartido: uno dió con el Nuevo Mundo, otro lo reconoció, otro lo bautizó y otro, finalmente, lo conquistó.

FR. SERVANDO TERESA DE MIER

I. SU VIDA.

LAS *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier, del convento de Santo Domingo, de México, y diputado al primer Congreso Constituyente de aquella República, son una mezcla de episodios trágicos y cómicos narrados en un estilo pintoresco y vivísimo. La Editorial-América las ha publicado recientemente en Madrid. Para trazar aquí, a grandes rasgos, el retrato de Fray Servando me valdré alguna vez de las palabras que puse en el prólogo.

Fray Servando nació en Monterrey, capital del Estado mexicano de Nuevo León, en los últimos años de la dominación española; su vida puede dividirse en tres períodos, determinados por una larga ausencia de su patria.

Durante el período primero, que llega hasta el año 1795, Fray Servando es un precursor de la independencia. Representa el momento en que la idea revolucionaria ha cundido ya por todas las clases sociales y el clero de México la prohija.

Pero un día Fray Servando salió desterra-

do de su patria y, perseguido por la autoridad eclesiástica, rodó por la Península española, por Francia, por Inglaterra. ¿Su delito? Un sermón audaz, un disparate teológico, debajo del cual se adivinaba claramente la intención separatista.

Durante el segundo período de su vida, Fray Servando vive, pues, como desterrado en Europa: primero en España, donde le hacen recorrer varias prisiones eclesiásticas; después, en Francia, donde se relaciona íntimamente con Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar; dice misa en una capilla y enseña el español a los niños sobre una traducción que hizo especialmente de la "Atala," de Chateaubriand. (Esta traducción, la primera en lengua española, o se ha perdido, o yo no la encuentro.) Pasa después a Roma, donde el Papa le concede la secularización; vuelve a España y es reaprehendido; se fuga a Portugal, donde vive tres años al lado del cónsul de España. Cuando la guerra de la Independencia en España, Mier aparece como cura castrense de los voluntarios de Valencia; los franceses lo hacen prisionero en Belchite; se fuga, como de costumbre; recibe honores de la Junta de Sevilla. Va a Londres a propagar la idea de la independencia mexicana. Es la época de Blanco White. Mier vive entre los desterrados españoles, y como, a pe-

sar de su agilidad algo inquietadora, era hombre de peso y de persuasión, fué él quien convenció a Mina el mozo para que armara la célebre expedición en defensa de la independencia mexicana.

En la tercera época de su vida, Fray Servando vuelve a su patria, al lado de Javier Mina; sufre todavía algunos contratiempos y, otra vez preso, ~~se~~ escapa a los carceleros que lo conducían de nuevo a España; se esconde en la Habana; huye a los Estados Unidos. Cuando vuelve a México, el nuevo régimen estaba todavía vacilante, y aún se le persigue y encarcela. A poco lo nombran diputado. Iturbide se hace emperador, y Mier—que se le había opuesto francamente—va a dar otra vez a la prisión, de donde por fin lo liberta la revolución republicana. Entonces Fray Servando es hospedado en el Palacio Nacional, al lado del primer presidente, Guadalupe Victoria. Allí murió, después de haber invitado personalmente a sus amigos, la víspera de su muerte, para que asistieran a su última comunión.

II. SU CARÁCTER.

En la historia política de México se le recuerda por cierto discurso llamado “de las

profecías," en que predijo muchos males que después han ido sobreviniendo. Representaba Mier un liberalismo moderado y fué partidario del gobierno republicano central.

Pero Fray Servando perdura sobre todo en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia. Vivió más de sesenta años, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Bien es cierto que parece haber sufrido las persecuciones casi con alegría. Algo como una alegría profética lo acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir por sus ideales. Es ligero y frágil como un pájaro, y posee esa fuerza de "levitación" que creen encontrar en los santos los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma: cien veces es aprisionado y otras tantas logra escapar. Son sus aventuras tan extraordinarias, que a veces parecen imaginadas. El P. Mier hubiera sido un extravagante, a no haberlo engrandecido los sufrimientos y la fe en los destinos de su nación.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su voz de plata de que nos hablan sus contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido—en Palacio—por

la tolerancia y el amor de todos, padrino de la libertad y amigo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse preso en la residencia presidencial y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo, por si se volvía a dar el caso de tener que fugarse. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas y con sus recuerdos amenísimos.

III. EL ESPÍRITU DE LA LEYENDA.

La herejía, o lo que fuera, en que Fray Servando incurrió es como una combinación caprichosa de dos leyendas mexicanas. Para explicarlo tenemos que retroceder algunos siglos.

El conquistador español se alistaba para la conquista de América como un soldado de Cristo. La razón teórica de la conquista—cualquiera que fuese la razón práctica—era para él la misma razón de las Cruzadas. El más alto título espiritual de España a la posesión de sus colonias había sido la predicación del Evangelio.

Ahora bien: durante el primer siglo de la dominación española, corrió por la Nueva España la voz de que se había realizado un mila-

gro; un milagro que Nuestra Señora de Guadalupe había querido hacer sólo para México, y no para ninguna otra nación. La Virgen de Guadalupe se había aparecido al indio Juan Diego, y su imagen había quedado estampada en la capa del indio. La Virgen, morena como los indios, iba a ser en adelante la Patrona de México. Más tarde, en 1810, los ejércitos insurgentes alzaban por bandera una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Hay derecho a creer que esta tradición, donde se confunden muchas creencias y esperanzas, no era más que una manera de catequismo, y tendía a dar sentido nacional a las creencias importadas del Viejo Mundo. En todo caso, la tradición reposa sobre el suelo más vivo de la sensibilidad mexicana, y ha crecido en él vigorosamente. Es una de aquellas hermosas leyendas del catolicismo florido, en que la Virgen cultiva un jardín para un hombre humilde, y se le aparece como una señora morena y luminosa. En *La Arquilla de Marfil*, de Mariano Silva y Aceves, esta leyenda de la Guadalupeana y Juan Diego, adquiere una inefable sutileza poética: Juan Diego, en su dulzura animal, viene a ser el símbolo de una raza.

Pero desde el fondo de las cosmogonías indígenas, mucho antes de la llegada de los hombres blancos, se sabía que un sacerdote blan-

co y barbado, de nombre Quetzalcoatl, había aparecido un día entre los indios y les había enseñado las costumbres de la labranza y dos o tres reglas de virtud. Es uno de esos mitos solares más o menos claramente explicados, en que la mentalidad primitiva gusta de representar el primer esfuerzo civilizador: es un Cadmo de América. Entrar en todas las significaciones y consecuencias—no sólo espirituales, sino también externas y prácticas—que tuvo esta creencia en la historia de las civilizaciones precortesianas, sería aquí imposible. Baste decir que en todo tiempo la figura de Quetzacoatl ha ejercido una misteriosa seducción.

IV. LA HEREJÍA DE FRAY SERVANDO.

Y he aquí que un buen día Fray Servando, joven profesor de filosofía entonces, con fama de gran predicador, hizo una sonada. Debía predicar en una fiesta dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe. Y ¿qué hace? Su ansia de independenciam, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en un extraño símbolo teológico, que hoy puede parecernos risible, pero que fué entonces de una trascendencia incalculable. La verdad es que tiene el caso toda la traza de una ocurrencia

aceptada a última hora, y bajo la sugestión de un amigo, para improvisar un discurso original. Y sin embargo, de aquí arrancan todas las desgracias de Fray Servando.

—La Virgen de Guadalupe—mantiene Fray Servando—había tenido culto en México desde antes de la Conquista. Santo Tomás el Apóstol, que era el propio Quetzalcoatl, ya había predicado en México el Evangelio antes que los conquistadores españoles. La imagen de la Virgen no estaba pintada en la capa del indio Juan Diego, sino en la de Santo Tomás.

El arzobispo Núñez de Haro, que sabía lo que se ocultaba bajo estas declaraciones, hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo. Después se le encarceló: se fugó; se le volvió a encarcelar: se volvió a fugar. Y así hasta su muerte.

A sus persecuciones debemos sus viajes por Europa, cuyas *Memorias* forman uno de los capítulos más inteligentes y curiosos de la literatura americana. Lo seguiremos por los lugares adonde lo iba arrastrando su destino. Acaso encontraremos una visión caprichosa de aquella Europa de principios de siglo; acaso, una sátira de aquella España que, como está ya tan lejana, no lastimará los sentimientos de nadie y sí servirá para distraernos un rato de estas irritantes cosas de ahora.

V. UN DESTERRADO.

Año de 1795, Fray Servando Teresa de Mier, que contaba a la sazón menos de treinta, llega a Cádiz, desterrado de la Nueva España por un delito sin delito, por una herejía sin herejía.

Era Fray Servando un criollo mexicano de descendencia noble. Como el otro criollo noble de México (D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, en el siglo XVII), éste reclamará en España su tratamiento de *don* y sus preeminencias sociales, advirtiéndole que los religiosos, no por serlo renuncian a sus fueros ni a su nobleza nativa, y que el apóstol San Pablo alegaba a cada paso la suya, contra las prisiones y atropellamientos de que era víctima.

En España, donde se había de desarrollar su proceso, tuvo que pasarse el Padre Mier seis años, entre prisiones y fugas, de pueblo en pueblo, cuándo en las salas de la justicia, cuándo en los Reales Sitios, intrigando con poca suerte, huyendo por los caminos, en una vida provisional, que hubiera bastado a disolver una psicología menos alegre o menos guerrera que la suya. Y los diez años de la condena hubieran transecurrido así, a no ser porque nuestro fraile puso un gran remedio a sus males, que fué pasarse a Francia con ayuda

de un clérigo contrabandista francés que vivía en Astorga.

Naturalmente, sus *Memorias* están escritas con apasionamiento, y más se parecen a una caricatura que a un retrato. Por eso mismo nos permiten percibir de una vez dos o tres vicios fundamentales de la sociedad en que vivió.

VI. ENTRE CALDEOS Y COMENDADORES.

Se dispuso que Fray Servando quedara recluso en el convento de las Caldas, orillas del Mosaya, entre Cartes y Buelma y al pie de un monte. Había tantas ratas en su celda, que le comieron el sombrero, y tenía que dormir armado de un palo para que no se lo comieran a él mismo. Pero lo peor es que vivía comido de necios. Aquellos frailes de misa y olla, aquellos caldeos de las Caldas, le inspiran el más profundo desdén. Lo menos que les llama es idiotas y mulas de atar.

Conviene recordar que Fray Servando esperaba su salvación de ciertas influencias que tenía en la corte, aunque también tenía un enemigo terrible en cierto jefe del negociado de la Nueva España, que se llama León y se porta como serpiente. Cuando Fray Servando descubre que los caldeos le interceptan sus

cartas, rompe la reja de su celda y se sale al campo.

Reaprehendido a poco, lo trasladan a San Pablo de Burgos, adonde llega con fama de hombre facineroso que tiene pacto con el diablo, y todos se asombran de verlo tan fino, tan menudo y de tan corregida cultura. Burgos le fué más hospitalaria que al Cid, porque dos primas suyas habían sido abadesas en el noble monasterio de las Huelgas, donde profesaban los caballeros de Calatrava. Con esto los comendadores comenzaron a visitarlo, y se encontró en buena sociedad.

Sin embargo, el verano de Burgos sólo dura de Santiago a Santa Ana, y el rigor del frío empezó a dañar a Fray Servando. Pide entonces que se le traslade a clima mejor, en un memorial redactado con alguna vehemencia, y el funesto León le contesta desde la corte que, por lo pronto, conviene que coma menos pimienta.

VII. ENTRE COVACHUELOS Y «CORBATAS.»

—No sabía yo—exclama el perseguido con un disculpable desenfreno—, no sabía yo que los verdaderos reyes de España son los covachuelos.

Fray Servando, que ignoraba la aguja de

marear, había escogido, para su negocio, el peor de los dos procedimientos. Los negocios americanos podían resolverse por la vía del Consejo de Indias o por la llamada vía “reservada” (la Covachuela), que debiera ser una apelación directa ante el Rey, y no era más que un entregarse a la voluntad omnímoda de los covachuelos. A ellos iban a dar todos los memoriales, ellos dictaminaban lo que se había de resolver en el caso, con cuatro rengloncitos puestos al margen (o seis, cuando querían excederse), y el ministro no hacía más que dar cuenta al Rey de lo que decían esos rengloncitos... A los cinco minutos, Carlos IV empieza a fatigarse, y al fin dice: “Basta”, que quiere decir: despáchese todo según la opinión de los covachuelos. ¡Así salían a veces las órdenes! Como cuando se envió a la Habana una orden para que partiera la Caballería a desalojar a los ingleses que había en Campeche, o cuando llegó mandato a la isla de Santo Domingo, para poner preso al “comején” (un insecto), por haber destruído los autos que pedía S. M.

Pero ¿no habrá medio de llegar al Rey directamente? Sí que lo hay: al monarca se le puede sorprender en el momento de tomar el coche. El monarca escucha, benévolo. Después,

con voz campanuda, dice: "Bien está." Y tur-
na el negocio, ¿a quién?, a los covachuelos.

Cuando un covachuelo comienza a ponerse
inservible, se le sepulta en el Consejo de Indias
y se le llama en adelante "corbata". Al corba-
ta, que ya tiene hijos y cosijos, el sueldo le
viene más corto que al covachuelo. Deduzca el
lector.

Finalmente, hay unos agentes de Indias que
embaucan a más y mejor al americano recién
venido.

Rompiendo por todos estos escollos, logra
Fray Servando arrancar los autos a León y
hacerlos pasar al Consejo.

VIII. ENTRE ACADÉMICOS Y ARRIEROS.

Fray Servando decía misa en San Isidro
el Real para ayudarse en sus gastos. Entretan-
to, el Consejo pide a la Academia de la His-
toria un informe sobre el caso de Fray Ser-
vando. Y éste quiere hacernos creer que la
Academia se ocupó de su negocio durante ocho
meses seguidos, sin tratarse casi de otra cosa
en cada sesión.

Como el informe de la Academia ha sido fa-
vorable a su causa, Fray Servando espera que
le dejen marcharse en paz. Pero interviene el
funesto León; Fray Servando acude a la fu-

ga; la justicia cae de nuevo sobre él, y lo encierran ahora en San Francisco de Burgos, con escándalo de la ciudad. León manda que lo recluyan por cuatro años más... (¡oh cielos!) entre los caldeos. Cuatro horas le dura al pobre fraile el desmayo; vuelto en sí, ~~se~~ escapa, se encamina hacia Madrid, se cae de fatiga por el camino, lo recoge un arriero; sus amigos de Madrid lo disfrazan, porque León ha hecho correr por el Reino una requisitoria en que lo describe como afable y risueño. Fray Servando procura ponerse feo y taciturno, se pinta unos lunares y, en divisando guardias, tuerce los labios, hace el bizeo, y, en fin, ejecuta a la letra el último grito del ejercicio portugués: *Poner las caras feroces a los enemigos.*

Con todas estas precauciones, y un cura contrabandista y un arriero y un pasaporte falso, pasa la raya de Francia y entra por Bayona en 1801. ¡Oh, qué bien se queja de la maldad de los jueces!:

“¡Entrad cerdos!, gritó desesperado un pastor de marranos, que largo tiempo se habían resistido a enfilear para la zahurda. ¡Entrad como entran los jueces en el infierno! Y se precipitaron todos de tropel a la puerta, entrando hasta unos sobre otros.”

IX. ENTRE RABINOS Y HURIES.

Ayer llegó nuestro hombre a Bayona; hoy entra casualmente en la sinagoga de los judíos y oye predicar a un rabino. Fray Servando pide discutir sus tesis en pública disputa y, como tiene al obispo Huet en las uñas—claro está—, aplasta a su adversario. Los rabinos quedan entusiasmados; le llaman *Jajá* (el sabio); le mandan hacer un vestido nuevo, y le ofrecen a una joven rica y hermosa en matrimonio. No acepta.

Y de allí, a Burdeos, en compañía de dos zapateros que, en llegando, ejercen su oficio y se ganan el pan, mientras el triste doctor en Teología se muere de hambre. Además, considere el lector piadoso sus trabajos:

“Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientes entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad para explicarse; y cuando yo respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que, por el terror de la Revolución, que los obligaba a casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y todo el Departamento de los Bajos Pirineos hasta Dax, las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas.”

X. LA IGLESIA Y EL SIGLO.

En París, Fray Servando, ayudado de su amigo Simón Rodríguez, abre escuela para dar clases de español. En sus ocios escribe disertaciones contra la incredulidad introducida por Volney. Le dan la parroquia de Santo Tomás, pero le resulta un mal negocio. Había que pagar muchos lujos: un suizo alabardero, dos cantores de capa pluvial y el músico que les daba los tonos con un contrabajo en figura de serpentón. De modo que nada le sobraba, y el oficio por todas partes le ceñía; “porque en Francia sería un escándalo ver un clérigo en un teatro, en el paseo público, especialmente en los días festivos, y aun en un café.”

Con todo, Fray Servando halla manera de comunicarnos noticias mundanas sobre los cafés de París, las espléndidas bibliotecas, los paseos, el Palais Royal, los almanaques de cortesanas, los “cabarets” y las modas, que entonces—según él—consistían en que cada mujer llevara el vestido y el peinado que más convenían a su tipo y a su carácter. Por cierto que, de paso, censura la ciega imitación de los españoles; cuando el sansculotismo y la pobreza—dice—, se inventaron en Francia esas levitas, verdaderos “deshabillés”, que los italianos llaman cubre-misérias, ¡y en España

hicieron de la levita un traje solemne y general!

Pero la verdad es que a Fray Servando le cansaba el oficio, y decide colgar los hábitos. Y con el fin de obtener su secularización, se dirige a Roma, pasando por Marsella, donde las muchachas usaban mantilla, como las españolas. Hace el camino casi de balde, porque la hospitalidad francesa era mucha, y él era tan agradable de presencia y de trato, que los que comían con él y le oían hablar, ya eran sus amigos. El venir de tierras tan distantes le daba un prestigio casi mitológico. Y todo eso lo sabía él aprovechar admirablemente. Y todavía dice de tiempo en tiempo el muy sozarrón:

—No está en mi mano tener malicia. En vano me aconsejaban mis amigos una poca de picardía cristiana.

XI. LAS ÚLTIMAS PÁGINAS.

Cómo obtuvo Fray Servando la secularización, lo que pensaba de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Génova; los trabajos que pasó todavía antes de volver a España por Barcelona; la sátira descriptiva de las regiones de España, en su viaje a pie desde Barcelona hasta Madrid; el pueblo vestido con los colores

de Goya; el desaseo de la corte, ocupan las últimas páginas de estas *Memorias*. -Ya no se las puede resumir: habría que copiarlas. Un novelista episódico a lo Baroja, un crítico de la sensibilidad española a lo "Azorín," pueden sacar mucho partido de estas *Memorias*.

FORTUNAS DE APOLONIO
DE TIRO (1)

(1) *Libro de Apolonio*, an old Spanish poem, edited by C. Carrol Marden. I. Text and introduction. Baltimore París. The Johns Hopkins Press. Librairie E. Champion, 1917, 4.º, LVII más 76 páginas. (Elliot Monographs in the Romance Languages and Literatures, edit. by E. C. Armstrong, 6.)

ESTE poema se conserva en un defectuoso manuscrito de El Escorial; se ignora la fecha de su composición; su texto ofrece formas de cuatro diferentes dialectos españoles. Todo ello complica considerablemente el estudio y edición del poema. El profesor Marden, en vez de reconstruir con hipótesis aventuradas el probable texto original, reproduce el manuscrito antiguo, y sólo se aparta de él en los casos en que la rectificación parece evidente.

Marden ha logrado familiarizarse con la escritura del viejo manuscrito, y hasta con los hábitos y vicios gráficos del copista, lo cual constituye un estudio que empieza por ser paleográfico y acaba por ser psicológico. (Los que pretenden adivinar el carácter del escritor por los rasgos de su letra, no son más que unos paleógrafos instintivos, en estado natural.) Marden sorprende, en lo posible, todos los errores inconscientes del escriba, y, a veces, las leyes del error. Esta tarea, técnica si las hay, de perseguir y catalogar los deslices de

un copista para restablecer la pureza de la copia, no carece de encantos. También la crítica de los textos tiene su poesía. Según cierta tradición medieval inglesa, hay un diablo, Titivil, que se encarga de llevarse al infierno y atormentar eternamente a los copistas descuidados: el del *Apolonio* ha de estar ahora en manos de Titivil. Edgar Allan Poe, en uno de sus cuentos, hace que el diablo transforme una tesis fundamental de Platón, dando un papiro-tazo sobre la *l* griega para convertirla en una *g* griega; y toda la obra de la crítica de los textos consiste en enderezar la letra invertida por el diablo. Así, en el poema que nos ocupa, dice el manuscrito original: “Que Apolonio Ceteo mejor non violaba.” ¿Quién será Apolonio Ceteo?, se preguntan los eruditos. Acude Marden, que ha dedicado varios años al estudio y crítica del poema, y el verso incomprendible sale convertido así de sus manos: “Que Apolo nin Orfeo mejor non violaban.”

El autor del poema fué, sin duda, un clérigo, no sólo porque su poema está escrito en aquel famoso “mester de clerecía” propio de los clérigos o poetas cultos, sino por cierto acento monástico y aquel modo de cristianizar las leyendas y los héroes del paganismo.

La crítica acepta, casi unánime, que el poema es del siglo XIII.

La leyenda de Apolonio de Tiro aparece en documentos literarios del siglo VI. En el siglo X hallamos una extensa versión latina, y el tema se encuentra después en varios lugares, épocas y versiones. Tal es la “emigración de las fábulas,” que decía Max Müller: de una antigua redacción en bajo latín—glosa de cualquier poema pagano—pasan tal vez a un centón de cuentos en lengua vulgar, a un proverbio en labios populares, a un cantar, a una adivinanza, a una frase hecha y, en muchos casos, a una nueva elaboración literaria que está a su turno condenada a ulteriores transformaciones, como un fruto que se deshiciere en semillas de nuevos frutos.

Como en Francia, como en Inglaterra, la leyenda es conocida en España, desde el siglo XII por lo menos. El viejo maestro español pone en ella nuevo aliento moral, y esa gracia ruda que no siempre saben apreciar los extraños.

II

Cómo salió de su tierra el rey Apolonio, olvidando todas sus riquezas; cómo perdió a su mujer y a su hija; cómo—al cabo de infinitos males—las recobró; cómo pudo volver a la tierra de sus mayores, donde murió en paz.

Tenía el rey Antioeo, viudo, una hija, que

era su consuelo. Era hermosa. “Non sabían en su cuerpo señal reprendedera.” En vano la pretendían los hijos de los reyes. Pero el pecado nunca está ocioso: un mal pensamiento, una funesta ocasión, y el rey Antioco acabó por entregarse a un torpe deseo. Su hija, inconsolable, hubiera querido dejarse morir de hambre. Una ama vieja la confortaba: “Tú no has tenido la culpa—le decía—; además, y en todo caso, callar, porque peor sería difamar al rey.”

El rey quiere casar a su hija, y la dará al que adivine este enigma, y al que no acierte a adivinarlo hará que le corten la cabeza:

La verdura del ramo es como la raíz:
de carne de mi madre engrueso mi cerviz.

Muchos enamorados habían sucumbido a la bárbara sentencia, cuando se presentó el rey Apolonio de Tiro, tan joven y apuesto que daba lástima ver el riesgo en que se ponía. Comprendió que el enigma significaba el pecado del rey Antioco. Antioco, fuera de sí, se empeña en negar, pero tampoco se atreve a condenar a Apolonio, y le da treinta días de plazo para que busque una nueva solución al enigma.

Apolonio vuelve a Tiro, y se encierra a re-

volver sus historias, toda la sabiduría caldea y la latina. Pero en vano: ninguna nueva solución se ofrece a su espíritu. Desesperado, manda cargar un navío, y prefiere, a la vergüenza y a la muerte, los riesgos y aventuras del mundo.

Mientras Apolonio navega con rumbo a Tarso, Antioco llama a su confidente Taliarco: “Apolonio me ha descubierto. Ve a Tiro; yo te daré riquezas: mátales con puñal o veneno, por *gladio* o por *hierbas*.” Pero Taliarco encuentra al pueblo de Tiro llorando la fuga de su rey, y vuelve con estas nuevas a Antioco. Antioco pone precio a la cabeza de Apolonio: “No lo defenderán de mi cólera yermo ni poblado.”

(De tiempo en tiempo, el viejo maestro interrumpe la narración, e inserta una prédica moral que los lectores modernos, si son discretos, le perdonan.)

Como la codicia rompe el saco, aun entre los amigos de Apolonio se reclutan los voluntarios de su muerte. Las naves de Antioco se hicieron a la mar, en busca de la anhelada presa.

En Tarso, tierra pobre, habían venido a acampar los de Apolonio. Cierta viejo le contó a Apolonio que Antioco había puesto pre-

cio a su cabeza. Apolonio hubiera querido pagar al viejo su servicio, pero éste:

Merced, buen rey, y gracias por la promesa vuestra; mas vender la amistad no es la costumbre nuestra.

Apolonio se dirige a Estrangilo, vecino de calidad. “Dadme hospitalidad, ocultadme. Antioco me persigue por causa injusta. Si sois pobres, yo tengo trigo en abundancia, y os lo venderé al precio de costo en Tiro.” Conformes: el pueblo de Tarso acoge a Apolonio, y éste enriquece al pueblo. Ya todos le aclaman, ya alzan en su honor una estatua. El prudente Estrangilo lo invita, después de algún tiempo, a que pase el invierno en Pentapolín, lejos de Tarso: “Cuando Antioco sepa que te has ido, no te buscará más entre nosotros, y podrás regresar a Tarso, pasado el invierno, con más seguridad que antes.”

Y partieron otra vez las naves de Apolonio. A poco, la tempestad las deshizo todas. Sólo Apolonio pudo salvarse, asido a una tabla. Dos días estuvo como muerto en la playa de Pentapolín, y al volver en sí lloraba y decía: “En mala hora fuí nacido, en mala hora salí de mi tierra.” Pide amparo a un pobre pescador, le cuenta su historia. El pescador le cede la mitad de su manto, lo alberga de noche en su ca-

baña, y por la mañana le enseña el camino de la ciudad.

A cuyas puertas salían ya los mancebos a jugar la pelota, como Náusica y sus mujeres en el sexto canto de *La Odi-ca*. Pero aquí Apolonio, a diferencia de Ulises, se mete en el juego sin reparar en su mal vestido. Arquitartres, el rey, que salía a pasear, repara en la habilidad de aquel mendigo, y tiene el antojo de jugar con él, de que queda prendado. Y aunque lo convidaba con insistencia a comer a su mesa, Apolonio se detenía llorando a las puertas del palacio, avergonzado de sus harapos. Los mayordomos lo vistieron honradamente. “No te conocemos—le dijo el rey—; escoge tú mismo el lugar que te corresponda.” Apolonio hizo poner un escaño a la diestra de Arquitartres, y allí se sentó. Pero donde todos pensaban en comer, él no hacía más que llorar. El rey Arquitartres hizo llamar a su hija Luciana, y Luciana advirtió la presencia del forastero. “No sé quién será, hija mía; sólo sé que es un náufrago. A ver si tú te das maña para que te cuente su historia.” A ruegos de Luciana, Apolonio consiente en hablar. “¿Mi nombre?—dice—. El nombre que tenía lo he perdido en el mar.” Y cuenta su historia. Luciana, para divertirlo, pide la vihuela, deja caer el manto y da comienzo a una canción.

Con la vihuela y la voz hacía maravillas. Los cortesanos la elogiaban; pero Apolonio asegura que él lo sabe hacer mejor todavía. A petición de la dama, temple la vihuela, pero se detiene, diciendo que él no sabe cantar sin corona. Arquitartres le hace traer la mejor corona, con lo cual se anima el semblante de Apolonio, y empieza a cantar unos dulces sonos. De tiempo en tiempo levanta los ojos a la dama, que sentía un extraño rubor.

Previo el permiso de su padre, Luciana toma a Apolonio por maestro de canto, y le paga espléndidamente. Luciana estaba enamorada. Su salud se fué resintiendo, hasta que cayó en cama “muy desflaquida.” Los médicos no podían curarla.

Hubo sabor un día el rey de cabalgar,
de andar por el mercado, ribera de la mar.

Y llevó consigo a Apolonio. Al paso les salieron tres príncipes, tres pretendientes de Luciana que esperaban hacía tiempo el consentimiento del rey. “Mi hija está ahora enferma—les dijo éste—; pero, pues sabéis escribir, escribid vuestras pretensiones, ofreced arras, y que ella misma escoja al que ella prefiera.” El encargado de llevar las cartas fué Apolonio. “Maestro—dijo ella, viéndole llegar tan apresurado—, ¿es ya la hora de la lección?” El

presentó las cartas; ella las leyó detenidamente, pero en ninguna encontró el nombre que quería. “Qué me aconseja, pues, mi buen rey de Tiro?” Y como él contestara con fórmulas evasivas, Luciana escribió a su padre, diciéndole:

Que con el peregrino quiere ella casar,
que con el cuerpo sólo escapó de la mar.

Las bodas de Apolonio y Luciana fueron fastuosas. Llegaron nuevas de que Antioco y su hija habían muerto, fulminados por “un rayo del diablo.” Apolonio decide volver a Tiro y adueñarse también del trono de Antioquía. Se aprestan las naves. Luciana lleva consigo a su ama Licórides, criadas y parteras.

Alegre iba Apolonio, alegre iba Luciana:
¡no saben que del gozo la cuita es hermana!

A bordo, Luciana dió a luz una hermosa niña. Pero, mal atendida, sufrió un largo síncope que la hizo pasar por muerta. El mar comenzaba a alterarse, y a los gemidos de la gente bajó de su torre el marinero. “Cadáver a bordo—dijo—, trae tempestad. Sea quien fuere, hay que echarlo al mar.” Y su voluntad se impuso. Embalsamaron y vistieron el cuerpo, lo guardaron en una caja de “liviana madera,” pusieron una inscripción en plomo, y

cuarenta monedas de oro para misas y gastos de sepultura, por si encontraba la caja un hombre piadoso. Así se deshicieron de la reina, que juzgaban muerta.

La caja fue a dar al puerto de Efeso, donde la recogió un sabio médico. Ya se disponía a dar a Luciana sepultura, cuando su discípulo predilecto creyó notar que aún palpitaba el corazón. La reina recobró el sentido. Le hicieron construir un monasterio para que esperara, reclusa, a su señor.

Dejemos a la dueña: guarde su monasterio, sirva bien a su iglesia y rece su salterio.

Apolonio arribó a la tierra de Tarso, dejó a su hija y a Licórides confiadas a la bondad de Estrangilo, y declaró que no se cortaría las uñas ni los cabellos mientras no casara bien a su hija. En vez de volver a Tiro, como era su primitivo plan, navegó hacia Egipto.

Estrangilo y su mujer Dionisia educaron cuidadosamente a la hija de Apolonio, Tarsiana, que alcanzó la edad de trece años, "aguzada cual hierro que aguzan a la muela." Licórides, a punto de morir, reveló a Tarsiana el secreto de su nacimiento.

Peró el diablo no vive ocioso. Dionisia, que tenía también una hija, deseaba para ella la hacienda de su falsa hija Tarsiana, y estaba

celosa del amor que todos mostraban a ésta. Teófilo, un mal hombre, carne de horca, comprado por Dionisia, pretende matar a Tarsiana a la hora en que solía rezar sus oraciones sobre el sepulcro de Licórides; le concede un breve plazo para elevar sus preces a Dios; pero en tanto asoman ladrones, y Teófilo huye, para asegurar a Dionisia que ha cumplido ya su mandato.

Los ladrones se apoderaron de Tarsiana y la llevaron al mercado de Mitilene, donde la compró, para comerciar con ella, un mal hombre. El príncipe Antinágoras, que ya había tratado de comprarla, se presentó el primero; pero, conmovido por los ruegos y la historia de la cautiva, y en memoria de una hija casadera que él tiene, deja en manos de Tarsiana el dinero que había de pagar por ella, y le dice: “Al que venga después de mí, ruégale como a mí me has rogado; y al que no ceda con tus ruegos, hazlo ceder con el oro que te dejó.”

Y a todos sucedía lo mismo, porque todos la respetaban y todos le dejaban su oro. El mal hombre la vino a ver por la tarde. “Señor—dijo ella—, yo conozco mejor oficio y que te enriquecerá fácilmente.” Obtuvo permiso de su amo, y se hizo juglaresa; salía a cantar con la viola por los mercados. El pueblo la amaba. Antinágoras la protegía de lejos.

A L F O N S O R E Y E S

Apolonio volvió, al fin, a Tarso, para recoger a su hija; vestía descuidado, llevaba la barba trenzada. Dionisia le contó que Tarsiana había muerto, y mandó construir un falso sepulcro. Pero como los ojos de Apolonio se negaron a llorar ante aquel sepulcro, él sospechó la mentira. “¿Qué habrá sido de mi hija,” se dijo. Y llevando consigo sus últimas reliquias, se hizo a la mar con rumbo a Tiro, donde ya sólo deseaba morir. La tempestad torció su camino y lo hizo arribar a Mitilene.

En las playas de Mitilene, Apolonio, siempre aislado de los hombres de su séquito, yacía en su lecho sin querer hablar ni apenas comer. Antinágoras, paseando por la playa, habló con los hombres de Apolonio, y recordando la historia que le había contado Tarsiana, se prometió consolar al afligido anciano. “Yo ganaré a Jericó, si Dios me ayuda,” dijo a los de Apolonio. E hizo traer de la ciudad a Tarsiana, so pretexto de que divertiera al viejo con sus canciones. Tarsiana se presentó ante Apolonio: “No soy juglaresa vulgar— le dijo—, sino una doncella honrada; nací entre las ondas, do nacen los pescados.” A veces cantaba, a veces reía, y otras pretendía distraer a Apolonio con adivinanzas. Apolonio, que sabía tan bien sus caldeos y sus latinos, todas las resolvía fácilmente: el río, la caña-

vera, las naves, el ancla, la esponja, la pelota... (¿La pelota? A la memoria del triste Apolonio vuelven los recuerdos: su llegada a Pentapolín, su primera comida con el rey, la aparición de Luciana.) Apolonio empieza a cansarse de la juglaresa; harta paciencia ha tenido ya. Como ella pretende echarle los brazos al cuello, la rechaza tan bruscamente, que le hace sangrar las narices. “¡Ay de mí!—llora Tarsiana—. ¡Ay madre Luciana, ay padre Apolonio, si me vieras en este estado!” A estas palabras, Apolonio salta del lecho: “¿Y tu ama? ¿Cómo se llamaba tu ama?” “Licórides.”

Comenzó a llamar: “¡Venid los mis vasallos. Sano es Apolonio; herid palmas y cantos!”

Antinágoras era todo alegría. Apolonio le concede la mano de Tarsiana, que aún guardaba en el corazón los primeros requiebros del generoso príncipe, aquel día en que la conoció. Apolonio consintió en cortarse las uñas y afeitarse. El mal hombre, amo de Tarsiana, murió lapidado por los mismos señores del Consejo de Mitilene. Un ángel reveló a Apolonio el paradero de su esposa Luciana, y todos se reunieron. Estrangilo y Dionisia murieron castigados. Apolonio viajó todavía mucho tiempo; pero en esta segunda era el mar le es siempre

leal y seguro. Los de Antioquía lo hicieron su rey. En Pentapolín acompañó los últimos días de su suegro Arqúitartres, y enriqueció al pescador que lo había albergado. Su segundo hijo fué varón, y quedó en el trono de Pentapolín. Después, Apolonio y Luciana alcanzaron la suspirada tierra de Tiro, y en ella una muerte venturosa. Antinágoras tuvo en Tarsiana el mejor premio de su virtud. Era hombre bueno este Antinágoras, y es lástima que no haya sido cristiano para que pidiéramos por su alma.

DON RODRIGO CALDERON.

I. EL REY HA MUERTO: VIVA EL REY.

PESIMO es el cuadro de las costumbres públicas en la época que va del tercer Felipe a Felipe IV, y todo él está como condensado en los *Grandes anales de quince días*, de Quevedo. Muere un rey y le sucede otro rey; unos poderosos se humillan y otros se levantan. Quevedo sorprende así el instante en que giró la rueda fatídica y—exacerbados los temores y también las temeridades—los cortesanos de presa iban y venían, enloquecidos, las pasiones al descubierto.

Todo, hasta los actos justos, tomaba entonces cierto aire de corrupción. Y en cambio, las prevaricaciones y el cohecho pasaban por lícitos, si eran a ciencia y paciencia del monarca. Los defensores de D. Rodrigo Calderón no tratarán de salvar—ni era posible—la moralidad de su reo, sino de arrojar francamente, y con un valor que aun en esta época de reivindicaciones nos desconcierta, todos los delitos de D. Rodrigo a la cara del rey, que los había consentido y autorizado todos.

Lívido, trabajado por el estudio y las desgracias políticas, preso en su Torre de Juan

Abad, Quevedo, discípulo de los estoicos, gran letrado y gran diplomático, depositario de secretos del reino, conoedor de la miserable avaricia de los señores, agente él mismo para contratar, en nombre de Osuna, el favor de este conde, aquel duque y el otro confesor de Su Majestad,—contempla el cuadro detrás de sus fríos espejuelos, y escribe, con aquel estilo cabalístico y para pocos, en términos que parece elogiar lo que en el fondo está censurando:

“Yo escribo, en el fin de una vida y en el principio de otra, de un monarca que acabó de ser rey antes de empezar a reinar, y de otro que empezó a reinar antes de ser rey.”

II. EL PROCESO.

Felipe III—tras de haberlo favorecido y aun hecho absolver de varios cargos, de modo que los defensores pudieron más tarde alegar la excepción de cosa juzgada unas veces, y siempre la orden o el consentimiento expresos del rey—mandó procesar a D. Rodrigo Calderón, que había caído de su gracia. Le prendieron en Valladolid, noche del 20 de febrero de 1619, y al fin le trajeron a Madrid y encerraron con gran rigor y estrecha vigilancia en un cuarto de su propia casa—calle Ancha de San Ber-

nardo—, ya despojada de todos sus bienes y comodidades, que habían sido famosos.

El 7 de enero de 1620 se le dió tormento. Uno de sus jueces, Corral, se apiadó de él, y con su mismo pañuelo le enjugó la sangre que los cordeles habían hecho.

La leyenda ha hecho de Corral el juez bueno: él se oponía a la sentencia de muerte, considerando que la prisión y tormento eran ya bastante castigo. En cambio, el juez Contreras, que propuso la degollación, pasa por el juez malo, aunque abundan en abono suyo las razones. Y el tercer juez, Salcedo, “que con su voto resolvió el empate a favor de la muerte de Calderón, ha merecido de la posteridad el cómodo homenaje de la indiferencia” (1).

Los defensores—Mena, Molina, Cueva, Tripliana—aparecen a la defensa cuando ya la des-

(1) A. OSSORIO, *Los hombres de toga en el proceso de D. Rodrigo Calderón*. Madrid. “Biblioteca Nueva.” 1918.—Conviene comenzar la lectura por el apéndice número 1. El libro contiene aclaraciones sobre la personalidad de los abogados defensores de Calderón. Es interesante el apéndice número 5, que da una bibliografía de la materia. Ignora, entre los documentos literarios, las poesías de Góngora que hacen al caso. De Corral hay, en el Prado, un hermoso retrato, hecho por Velázquez.

gracia de Calderón era evidente y acaso no tenía ya ni con qué pagarles.

Entre los innumerables cargos—extralimitación de facultades; ocultación de papeles y expedientes, como los del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, que se rumora que Calderón había recogido en Francia; procesos llevados irregularmente por su intervención; muertes ilegales—sobresalen las acusaciones de hechicería, la imputación de haber mandado dar muerte al brujo Francisco de Juara (único cargo que confesó, disculpándolo por razones de honra), y la complicidad en la muerte de la reina Margarita de Austria, en connivencia delictuosa con algún doctor o persona de palacio.

Sobre esto dice Quevedo:

“Sobrevino a la santa reina el parto con achaques a propósito, pues en tres días de mudarle los pegadillos de los pechos murió con lástima y sospechas. Enfurecióse el sentimiento, que fué grande con la falta de reina tan grande; y decían todos que la vida de Su Majestad había muerto de abreviada y no de enferma, y que de su fin tenían más culpa los malos que los males.”

Pero lo que había de cierto es que a D. Rodrigo no le pesó mucho aquella muerte, que allanaba obstáculos a su valimiento. Y, pues era algo brujo, hemos de creer que, en viendo en-

ferma a la reina Margarita, se ha de haber conformado con pasarle un alfiler por el pecho a alguna de sus muñecas mágicas.

Felipe III pudo, en sus últimos días, inclinarse al perdón; pero cuando éste murió, también D. Rodrigo se dió por muerto. La animadversión contra éste había llegado a tal extremo, que “se ha tenido por delito en la lealtad—escribe Quevedo—nombrarle sin maldición ni oprobio.” El pueblo odiaba en D. Rodrigo la representación de un régimen de injusticias; pero acabó por arrepentirse ante la grandeza con que la víctima propiciatoria resistía su desgracia, que de todos modos fué abrumadora.

El 21 de octubre de 1621, D. Rodrigo fué ejecutado ante una multitud en lágrimas. Ya lo dice Quevedo, gran poeta del epitafio:

“La muerte de D. Rodrigo Calderón fué la que vivió, y su vida no fué más que su muerte.”

III. DON RODRIGO.

¿Quién era, pues, este D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, comendador de Ocaña, capitán de la guardia tudésca, regidor de tres villas, registrador, alguacil mayor de Cancillería, alcaide de cárcel, correo mayor, mayordomo de obras y ar-

chivero mayor en Valladolid—para no citar otros cargos que tuvo en Plasencia—, secretario de la cámara de Felipe III y brazo derecho del duque de Lerma? ¿Quién era éste cuyo proceso parece el proceso de dos monarcas, ministro sin serlo, y poderoso entre poderosos, a pesar de que todos parecían odiarle?

Hijo de un capitán de Flandes y de una flamenca, pretendió pasar por bastardo del duque de Alba, “queriendo más—escribe Quedo—ser mocedad y travesura del duque que bendición de la iglesia.” De tal modo se introdujo en la voluntad del duque de Lerma, que algunos “daban a entender que le quería bien porque le temía; pues las más veces a los príncipes es amable el que, cuando quisiere, les puede acusar; y medra más el partícipe que el benemérito. Esta, sin duda, fué malicia mal fundada, pero bien creída.”

Al fin, se adueñó de todo el despacho del monarca, y para obtener los cargos sólo le bastaba acordarse de ellos. El ver lo que alcanzaban sus medros casi es un placer para la imaginación. Ejemplos: tenía el privilegio para tratar en las piedras de tahona y de barberos que venían de fuera del reino con rumbo a las Indias Orientales; percibía un maravedí sobre las bulas de la Cruzada impresas en Valladolid; cobraba el derecho del palo del

Brasil, que venía a Lisboa, y la mitad del “Bullio,” o sean 30 quintales de caracoles, que era la moneda corriente entre los negros.

Don Rodrigo Calderón, sin ser nada, lo era todo en el reino: era el favorito. Si era amable, no lo sabemos. Acaso, como dice Quevedo que se sospechaba, era más bien cómplice, y como tal, poderoso mientras indispensable. Sus contemporáneos están de acuerdo en negarle el don exquisito de la sonrisa. Tenía singular habilidad para despachar con cajas destempladas a los inoportunos, y le daban con frecuencia esta comisión.

Se ha dicho—explica Ossorio—que en Francia la correspondencia es el verdadero sistema de gobierno. Pues aquí, donde la política la hace la conversación, la hace el trato, el don de gentes, la palmadita en el hombro, el guiño, el “¡Vaya usted con Dios!”, el “¡Dichosos ojos!” y el ser muy campechano y barbián, ¿cómo explicarse el encumbramiento de un hombre de tan malos modos? No hay duda, don Rodrigo era un cómplice o, como dice Quevedo, un “partícipe”: a veces los gobiernos mandan cortar los nudos gordianos con la espada, y hay hombres para todo.

Don Rodrigo sabía muy bien que no era amado, y aun padecía unos terrores proféticos. Pocos meses antes de que lo arrestaran, hallán-

dose en plena fiesta de toros y cañas a que asistían los reyes, triunfante de lujo y de poder, a vista de las damas, príncipes, señores y consejeros y millares de hombres, en su hermoso caballo, reverenciado de todos, empuñando el bastón de capitán de los tudescos, de pronto el corazón le dió un salto y dijo para sí, según después lo contaba a su confesor:

“—¡Válgame Dios! ¡Que me vea en tanta fortuna sin merecerlo! ¿Qué sería de mí si los que ahora me ven triunfando, y otros tantos más, me vieran algún día en esta plaza quitarme la vida afrentosamente, como tanto temo?”

Y no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Desconfiado siempre, acude a las fuerzas sobrenaturales para que le valgan en aquella vida de sobresaltos. Los jueces, más tarde, supieron descubrir ciertos talismanes que guardaba escondidos. Sus amigos pretendían que eran, aparte de algunos muñecos inofensivos, cajas de hilo de Portugal, de las que los elegantes compraban para sus mujeres; pero la verdad es que eran “cosas de conjuros y materias de hechizos,” y entre ellas una invocación a la verbena en que se la pedía el triunfo sobre todos los poderes temporales y espirituales de la tierra, y se acababa nombrando la ca-

beza de San Juan Bautista. ¡Tétrica invocación en el que había de morir descabezado! La sentencia mandaba: que sea “degollado por la garganta, hasta que muera *naturalmente*.”

IV. VALIDOS Y FAVORITAS.

Considera Ossorio que en ninguna parte mejor que en los procesos jurídicos puede estudiarse la realidad social cruda y cínica, donde se llama por su nombre a lo que apenas podemos traslucir entre los renglones de la Sátira. Y, tocando la paradoja, exclama: “En la vida política, hasta la verdad es mentira; en la forense, hasta la mentira es verdad.”

Y cuando una sociedad depende de un rey, como en tiempos de los Felipes, ¿qué proceso más revelador que el de un favorito? El favorito, debilidad de un monarca omnipotente, viene a ser entonces el símbolo de todas las cosas censurables. La favorita, la cortesana del rey, nunca tuvo tanta influencia en España como allende los Pirineos, limitación proporcionada a la que ha tenido en la vida la mujer española.

En Francia, la favorita puede ejercer una acción inmensa. Levantemos el telón de nuestro diminuto teatro histórico: salga un muñequillo real de poca consistencia, y sea, por

ejemplo, el rey Luis XV, que tenía cierto buen sentido y cierto ingenio, pero que era débil y aun despreciable. No bien le hemos hecho salir, ya tenemos a su lado una muñequilla que lo **ampare** y sostenga: *Cherchons la femme*, lector amigo; sepamos quién es esa mujer. Voltaire la ha calificado un día de griseta, porque estaba de mal humor. No hay tal: la damita es una burguesa—“flor de las finanzas” se la ha llamado—, y por añadidura, la mujer más linda de París. Las artes del tocador y de la perfumería conservan como una reliquia su nombre. Fué, por afición, impresora y grabadora, imponiendo en todas partes su estilo. Dió a las porcelanas de Sevres un impulso en que se nota su genio. Fué, finalmente, maestra de las costumbres del rey. Tal era madame de Pompadour.

Cuando, al correr de los años, comprendió que ya no podía ser la amante de Luis XV, se dedicó a ser su ministro. Gobernó conjuntamente con M. De Bernis y M. De Choiseul. Y así anduvo la política francesa dando traspiés, perdida de sus caminos tradicionales.

Todo esto pudo ser posible porque madame de Pompadour, buena hija de su pueblo, era mucho más que la debilidad de un monarca. Era, por la belleza y talentos, una princesa natural. En el pastel de La Tour se la repre-

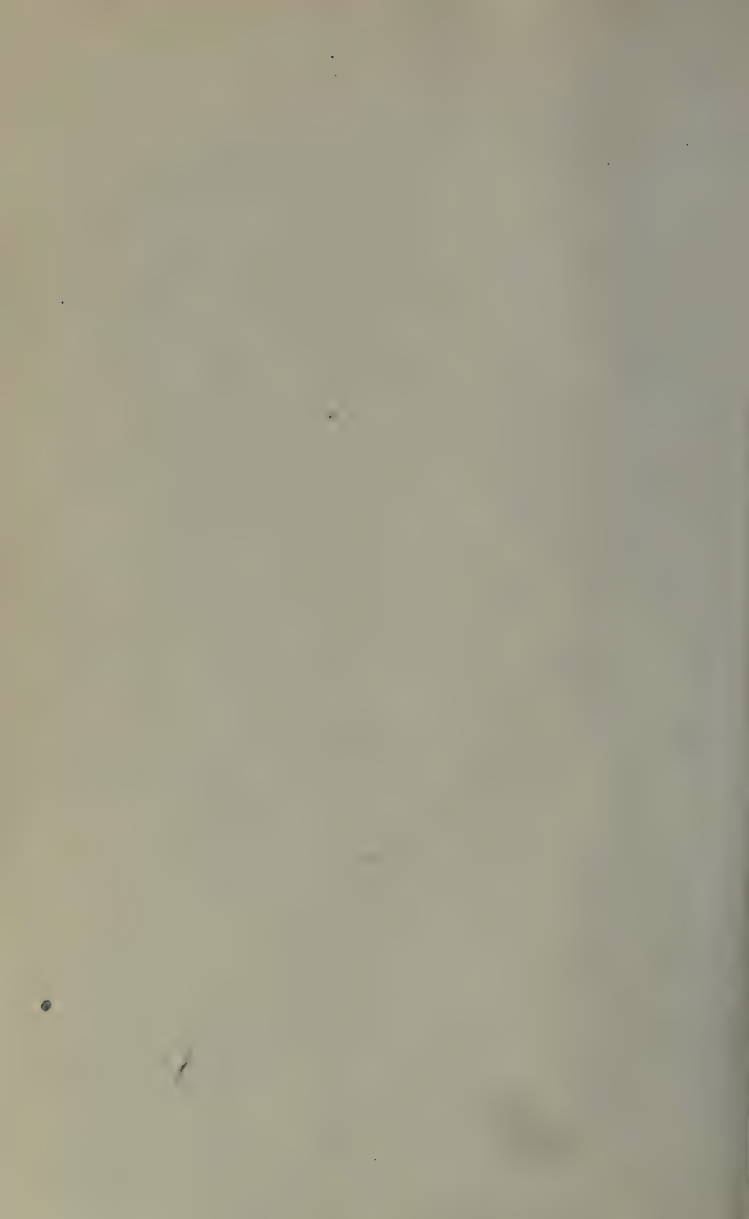
enta entre cuadernos de música, esferas y libros filosóficos, como a una verdadera musa francesa.

Cambiamos ahora el escenario: otra sensibilidad, otro ambiente. ¿Qué nos dicen nuestros Cabanés, especialistas de la historia secreta? Veamos, señor marqués de Villaurrutia, gran conocedor de los interiores de Fernando VII; veamos, amigo Ricardo Fuente:

“La Historia de España—dice éste—está llena de enseñanzas a este propósito. La Guzmán y la Padilla fueron dos favoritas que por derecho propio entraron en la *grande* historia y llenaron sus páginas con el resultado de sus amores.” (1)

Y después habla de Leonor, amiga de D. Alfonso XI. Luego en todas partes se cuecen habas. Pero distingamos: estas favoritas de España no impusieron sello a la vida nacional, ni al arte ni al genio de su tiempo. Limitábanse a hacer cumplir sus caprichos en materia de mercedes, cargos, castigos y perdones; casi siempre eran la almohada de su señor; pocas veces fueron el brazo, y nunca la mente. Aquí el verdadero peligro son los validos, los suplantadores.

(1) R. FUENTE. *Reyes, favoritas y validos*. Madrid. “Biblioteca Nueva.” 1918.



GRACIAN Y LA GUERRA

EL crítico del "Times", de Londres, asegura que la literatura de la actual guerra ha dado, hasta hoy, sus mejores frutos, para Francia, en la prosa, y para Inglaterra, en la poesía. Y trata después de explicarlo con una pequeña teoría sobre las características espirituales de una y otra nación. (Por de contado que no hacía falta inventar una teoría para un simple hecho.) En todo caso, no quiere esto decir que haya salido de las filas inglesas una obra suprema, sino que el nivel medio de aquella producción poética es alto, y a veces alcanza hermosa elocuencia, como en los *Days of Destiny* de lord Gorell.

En cuanto a Francia, bastante conocido es ya el libro de Barbusse ("El Fuego"), que, pasado el primer entusiasmo, comienza a provocar una reacción, de carácter no precisamente literario, en una parte de la opinión francesa. Según algunos, el libro de Barbusse no es el mejor aliciente para el patriotismo. Otros lo contraponen al libro del capitán Bernard Adams, *Nothing of Importance*, donde asegu-

ran que el humorismo nunca llega a excesos grotescos.

La era de la literatura bélica en que todavía nos encontramos comienza con Stendhal. La guerra misma puede haber cambiado de entonces acá, pero el procedimiento de representarla literariamente ha cambiado mucho menos (1). Antes de Stendhal (y prescindiendo de antecedentes arcaicos como los combates individuales de la *Iliada*, destinados a una sociedad educada en el manejo de las armas), antes de Stendhal, el escritor, como en esos cuadros de Snayers que vemos en las galerías del Prado, quiere abarcar panorámicamente el plano del combate, y darnos un relato tan impersonal como intelectual, semejante a lo que puede ser un informe del Estado Mayor ante una carta de campaña. Stendhal, aquí como en muchos otros terrenos, rompe el convencionalismo, y nos traza un cuadro personal, incongruente y fragmentario: el combate visto, ya no desde los ojos del general en jefe, sino desde los ojos de un combatiente, que no sabe casi nunca dónde está ni adónde le llevan. Tolstoy decía que ni Napoleón podía predeterminar de un modo absoluto el proceso de una batalla, ni aun darse cuenta de todas sus fases:

(1) Excepción: la extrema izquierda del cubismo.

la noche misma que pone término a una batalla, comienza a formarse una historia artificiosa de ella; la batalla va siendo conocida a medida que se desarrolla, y el tumulto mismo de los sucesos acaba por borrar el tumulto del conocimiento que ellos engendran; sólo van quedando las nuevas situaciones, los nuevos estados de ánimo que se producen. Finalmente, cuando se percibe la trascendencia política del choque armado, todos los recuerdos se organizan, con algo que llamaríamos “parcialidad lógica,” en vista de la importancia social que el combate pudo tener. El héroe de Stendhal en *La cartuja de Parma*, asiste, sin saber lo que hace, a la famosa batalla de Waterloo.

*

Hay, entre otros, un antecedente curioso en la literatura española, donde la representación panorámica y la individual parecen mezclarse como, en el caso, se mezclaron los hechos. Trátase de un episodio vivo y no fingido, y lo que nos interesa en el relato es, precisamente, lo que tiene de impresionismo; no lo que hay en él de explicación general.

Por el año de 1646 predicaba Baltasar Gracián en Valencia. Un día, llevado de su desmedida afición por las agudezas, se permitió la graciosa travesurilla de anunciar a sus feligre-

ses que iba a abrir y leer en plena cátedra una carta que le había llegado de los Infiernos. No contaba con la falta de humorismo del dogma; la autoridad eclesiástica le obligó a retractarse públicamente. Nunca más perdonó Gracián a Valencia aquel amargo recuerdo. “Valencia—escribe todavía diez años después—, Valencia: llena de todo lo que no es sustancia.”

Por el mismo año en que Gracián predicaba en Valencia, el marqués de Leganés organizaba un ejército para acudir en defensa de Lérida, la cual se mantenía a la sazón, difícilmente, bajo el mando del heroico Brito, contra las tropas francesas que la tenían cercada. Pidieron al patriarca de Valencia algunos capellanes para el ejército, y entre ellos fué designado el peligroso predicador Gracián: ¡que se fuera cuanto antes a cartearse con el Infierno a otra parte!

Y Gracián, que siempre había creído en el contagio de las cualidades heroicas y aun había escrito libros jaetándose de saber formar héroes (libros no muy diferentes, en cuanto a la última tendencia, a algunos de esos vulgarísimos libros de Samuel Smiles), tuvo ocasión de asistir a la victoria de Lérida y—a creer su propio testimonio—de comunicar a los combatientes algo de valor sobrenatural.

El relato, sólo impreso hasta hoy en publi-

caciones eruditas, se conserva en una carta —Biblioteca de la Academia de la Historia—. Está redactado en ese estilo sencillo de que usa Gracián cuando quiere escribir al gusto de los demás y no a su manera. Como Gracián se enteraba un poco de lo que pasaba en el Cuartel General, no es extraño que supiera la llegada de los mil jinetes del duque del Infantado, los tercios de Pablo de Parada—su grande amigo—; no es extraño que conociera la orden de juntarse frente a Lérida, más abajo de Castel de Álís. Y ésta es, justamente, aquella parte de su relato que menos nos interesa, y que hemos llamado “panorámica.”

Entre el 20 y 21 de noviembre se dió el ataque, después de un día lluvioso, que la gente había pasado “sin algún abrigo de fuego.” Fingieron que iban hacia Flix, y de pronto cayeron sobre el enemigo descuidado.

“Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones en frente de banderas, me fuí de uno en uno y les hice breve exhortación, arrodillándose todos y llorando los Maeses de Campo, títulos y señores. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fué esto de tanta importancia que se levantaron gritando: “Peleemos. ¡Viva el rey nuestro Señor, y la santa fe católica!”; que arrojaban en al-

to los sombreros. Venían a porfía por mí los Maeses de Campo para que les diese ánimo a su gente, y absolverlos. Y hubo cabo que dijo que importó tanto esto, como si se les hubieran añadido cuatro mil hombres más.”

A todo esto, Gracián era la única fuerza espiritual de las tropas, pues sus compañeros religiosos estaban unos enfermos, y prisioneros los otros.

Encendieron fogatas en el campamento para engañar al enemigo, haciéndole creer que descansaban, y se hizo el ataque por la noche:

“Corría un viento furioso y frío que nos derribaba de los caballos. Temíase mucho que nos impediría, ya porque arrebataría la pólvora en desatapando los fogones, y no se podría disparar, ya porque daba a unos en los ojos y a otros de lado.”

Con todo, por intervención providencial, dice Gracián, el cielo se serenó de súbito.

El duque de Harcourt se había retirado a descansar. Para después de media noche los franceses esperaban refuerzo. El Ejército español, que primero se mandó que atacara a la madrugada, atacó a las once de la noche, adelantándose casualmente a los refuerzos del enemigo: “Otra providencia y favor del cielo.”

Entre las tropas españolas, unos llevaban “escalas, faginas, muchos instrumentos de

garfios para asir las trincheras,” y otros “unas granadas como nueces que, en asiendo, pegan fuego y revientan arrojando cuadrados y balas.”

El héroe de la acción fué el capitán Pablo de Parada, el primero que trepó por la escala, y el que estuvo en todo. Nueve veces fué rechazado el duque de Harcourt. A poco, llegó el barón de Butier con la caballería de Borgoña, trayendo los esperados refuerzos. “Llegó a la línea. Dijéronle: *Qui va là!* Entonces dió su carga, y como eran pocos los que guarneceían, luego huyeron.” Pero el auxilio llegaba tarde, y mientras esto sucedía por aquí, el duque de Harcourt huía por allá, quemando el puente a sus espaldas. Llegó a Blaguer con treinta caballos. El combate había durado cuatro horas. Quedaron sobre el campo hasta cuatrocientos muertos. “Eran blancos como la nieve, y más: las melenas rubias; mezclados con los caballos. que en mi vida vi espectáculo tan horrendo.” Todavía pudo confesar a algunos Gracián.

Después, pasaron las manos sacrílegas sobre el campo, y todos quedaron desnudos. “Hasta D. Carlos de Mendoza estaba en cueros con dos heridas: una que le atravesaba del cuello al costado, y otra en la cabeza.”

Y concluye Gracián: “Débese la victoria principalmente al valiente Pablo de Parada,

y confieso... que yo tuve alguna parte; de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman *El Padre de la Victoria*. Díome el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerles, y una voz de clarín: ¡Sea el Señor glorificado por todo!”

*

Aunque el anterior relato lleva el sello de la verdad, Gracián era demasiado erudito en lance valerosos (de que había formado libros enteros) para no confundirlos a veces con sus recuerdos. Así, hay un pasaje en que nos cuenta cómo el duque de Harcourt vino al suelo con el caballo herido, y “dos caballeros suyos le retiraron, diciendo que el lugar del general no era donde le matasen, sino donde matase él.” Este episodio, muy posible en sí, tiene algo de tema obligado, de retórico, y recuerda las estampas viejas de las *Vidas* de Napoleón.

Otra vez, contando cómo subió por la escala Pablo de Parada, escribe:

“Un soldado arrimó otra escala y fué luego a subir por ella. Llegó el Maese de Campo, Pablo de Parada a subir por ella, y el soldado le arrojó, que no le quería dejar subir primero. Díjole: “Oh, traidor, ¿a tu Maese de Campo no dejas subir?” Dijo él: “Perdone vuestra merced, que no le había conocido.” Y,

queriendo subir otro caballero, camarada del Maese de Campo, lo rechazó el soldado y dijo: “Eso no; suba vuestra merced después de mí.”

Ahora bien, tampoco este suceso es inverosímil, pero también tiene toda la traza de un tema retórico: es el consabido “incidente de trinchera,” destinado a poner de relieve el arrojo del capitán que lucha por afrontar el primero al enemigo. Si el lector tiene a la mano las *Obras poéticas* de Garcilaso y Boscán que acaba de publicar Díez-Canedo, abra el prólogo por las páginas 20 a 21, y leerá un suceso análogo relativo a la muerte de Garcilaso—también Maese de Campo—, que cuenta cierto García Cerezeda—también testigo presencial—, en su *Tratado de las Campañas de Carlos V*. La situación, la disputa sobre subir el primero, son las mismas.

El género literario parece, pues, haber tenido sus lugares comunes. Y acaso conviene reflexionar en ello para no tomar al pie de la letra la descripción que se nos da de la muerte de Garcilaso; no es la situación imposible, pero también pudiera tratarse de una manera pintoresca y sintética de contar la muerte de un capitán en un asalto.

*

Todo este cuadro de trincheras y granadas de mano parecía, hasta antes de la guerra, cosa pasada para siempre; todo ello parecía definitivamente substituído por la romántica batalla campal de la era napoleónica. En efecto, ya se sabe que al iniciarse la guerra, el Ejército francés carecía de proyectiles de trinchera, y tuvieron que improvisarse las granadas de mano con latas de conservas alimenticias. Después se vió que habíamos vuelto a la guerra de fortificación y trinchera.

Así, unos perfiles de la guerra antigua reaparecen y otros, hasta hoy desusados, van resultando bellos a fuerza de la costumbre. El futurista encuentra más grandeza en el cálculo matemático que determina la puntería del cañón, que en una carga de caballería a la antigua usanza. La pesada nube asfixiante substituye al ataque a la bayoneta de las claras tradiciones francesas. A principios de siglo, Robert de la Sizeranne hablaba de la decadencia estética de la guerra, y comparaba un cuadro de Vernet, en que se ve a Napoleón a caballo, rodeado de sus mariscales empenachados, con una fotografía en que se ven tres generales yanquis estudiando sobre las rodillas un plano de campaña, allá en los inolvidables campos de Cuba.

FELIPE IV Y LOS DEPORTES

LA dignidad de los oficios y los ejercicios humanos varía con los años y las costumbres. Cuando los hombres vestían—su cara y su cuerpo—de relumbrón, el oficio de bordador pudo ser estimado en más que el de pintor. El de filósofo, hubo época en que se apreció más que ninguno: los filósofos eran emperadores. Más tarde, los escritores fueron consejeros del Trono. Ha habido tiempos en que los abogados gobiernan a los pueblos; tiempos en que los gobiernan los soldados o los sacerdotes; después, los capitalistas; mañana, los obreros. A cada época corresponde una nueva moral, una adecuada subordinación de valores. Y a nueva vida, nuevos esparcimientos: el juego—lírica representación de la vida—refleja, como un acto puro y sin propósito, los ademanes de los oficios. Cuando los monarcas eran guerreros, su juego vino a ser la caza: caza de volatería, caza venatoria... ¡Halcones, lebreles, monteros, cuernas y trompas, fuga de ancas tordillas y plumeros estremecidos! Los monarcas de España siempre han sido

grandes venadores. A veces, hasta pudo creerse que la caza era el principal de sus oficios. Así decía Nicolás Fernández de Moratín “que no es la caza imagen de la guerra, sino la guerra imagen de la caza.” En la época de los Felipes, Velázquez retrataba en traje de caza a los varones de la familia Real.

Felipe IV fué uno de los primeros venadores que hubo en su siglo. Juan Mateos, en su *Origen y dignidad de la caza* (1634), dice de él:

De tierna edad alanceaba los jabalíes con tanta destreza, que era admiración de los que le veían; y de tal suerte lo ha adelantado S. M., que ha mandado que, cuando los corre, no suelten perros que los apiernen, sino buscas que los sigan. Por esto, como sus antecesores gloriosos le hicieron monarca de tantos imperios, su destreza con la lanza y con la pólvora le hace monarca de las poblaciones del viento y del pueblo de los bosques.

En verdad, esta afición a la caza tenía su poco de arte de gobierno. Porque el tener divertidos a los poderosos ha sido, a veces, mejor regla para reinar y más fácil que el peligrosísimo empeño de “dividirlos” según el estilo maquiavélico. Suárez de Peralta, en sus *Noticias históricas de la Nueva España* (1550), dice, refiriéndose al virrey D. Luis de Velasco y sus deportes:

Era muy lindo hombre de a caballo; jugaba a las cañas, con que honraba a la ciudad; que yo conocí caballeros andar, cuando sabían que el virrey había de jugar las cañas, echando mil terceros para que los metiesen en el regocijo... Con esto los tenía a todos muy contentos, y no pensaban en más de sus caballos y halcones, y en cómo dar gusto al virrey, y ellos en honrar su ciudad con estas fiestas y regocijos.

Cierto que el virrey que hubiere de gobernar aquella tierra ha de tener grandísimo gusto desto, y animar los caballeros a que se ejerciten en estos tan virtuosos ejercicios, para que no den en lo que dieron después de muerto este caballero que todo lo tenía llano. Y no había quien se acordase de rebelión ni por pienso, sino todos trataban de caballos, justas, sortijas, juegos de cañas, ~~c~~orrera pública; y estaban con esto tan contentos, que yo oí decir a un hombre muy desenvuelto, tratando cuán padre de todos era el virrey D. Luis:—Yo juro a Dios que si el Rey enviase a quitar a todos los pueblos y las haciendas, que los consolaba el virrey y hacía olvidar este daño, con hacer sonar un pretal de cascabeles por las calles, según están todos metidos en regocijos—. Y tenía razón, porque la tierra estaba muy quieta y buena. /a

Y lo que del virrey decía el “hombre desenvuelto” de Suárez de Peralta, ¿quién duda que puede aplicarse, por mucho, al rey Felipe? Alonso Martínez de Espinar, en su *Arte de Ballestería y Montería* (1644), admira la destreza de Felipe IV para alancear jabalíes a caballo; admira “la igualdad de sus parejas,

la disposición y velocidad de sus escaramuzas,” lo militar de sus borreñes, dando aires a la lanza como ninguno; sus ejecuciones seguras en la sortija y en la visera. “A veces—dice—, corriendo por monte desigual, ha dado muerte en un día a tres jabalíes, reventando caballos. Con el arcabuz, nadie le iguala. Con bala ha muerto más de seiscientos venados y mayor cantidad de gamos, y más de ciento y cincuenta jabalíes; lobos, más de cuatrocientos.” Tan consumado es también en el tiro al vuelo: “Años que el monte del Pardo tiene mucha bellota, acuden a ella grandes cantidades de palomas torcaces y zuranas; pónenles señuelos en las encinas, con que las llaman, y asimismo en el río, en los bebederos que ellas toman... En un bebedero, desde las dos de la tarde hasta las cuatro, mató ciento y treinta cobradas, sin otras muchas que no parecieron... Es tan grande su agilidad y presteza, que teniendo en el puesto cuatro arcabuceros, y cargándolos yo y Juan de Cepeda, que me ayudaba en este oficio, no tenemos manos para dárselos a tiempo.” Y sigue con la cuenta de los conejos y perdices, que es inacabable.

Felipe IV, para no abandonar el servicio del reino, llevaba consigo a sus cacerías dos secretarios, y nunca salía en días de fiesta re-

ligiosa, ni en viernes, que era día que consagraba a hacer justicias.

En la caza de jabalíes, superaba a todos sus ballesteros, por su conocimiento del instante en que hay que levantar a la res, dónde se la debe concertar y por dónde arrancará a la huída. Tenía unas telas de cáñamo torcido, muy fuertes y altas, con que encerraba a los animales dentro del bosque, en un contorno de una legua. Las había traído de Alemania Carlos V. Treinta y seis monteros, a las órdenes del marqués del Carpio, apenas bastaban a sujetarlas de los árboles y estacas. Llevaban consigo también unas redes para coger lobos, zorras y jabalíes. Con telas y contratelas, se logra encerrar al jabalí y conducirlo, como por calles, hasta una especie de plaza, donde las damas de la Corte en carrozas, y el Rey y sus caballeros a caballo, en traje de montería y a la jineta, atacan al jabalí con horquillas de asta de pino y hierros dorados. El Rey quiebra muchas horquillas resistiendo el golpe del jabalí. Cuando el jabalí está muy cansado, le sueltan los perros.

Felipe IV gustaba de seguir a los jabalíes y ciervos a todo correr y matarlos sin que los acosaran los perros. En noviembre de 1621 escribía Góngora en una carta:

A L F O N S O R E Y E S

Su Majestad (Dios lo guarde) corrió muy gran-peligro de precipitarse en Balsáin, habiendo herido un ciervo y queriéndolo seguir; mas, llegando a una barranca de tres o cuatro lanzas de altura, hubo de pasar, y, pendiente sobre ella, ver el cobro que ponían los sabuesos al ciervo. Al mismo punto, dos lebreles que tenía un lacayuelo de laxa, arrastrando al que los tenía, pasaron por Su Majestad cada uno por su lado, cogiendo la laxa que los prendía al caballo por las piernas y haciéndole asentar las caderas, quebrándose a este tiempo la cuerda.

Donde ocurrieron dos milagros: no caer el caballo hacia delante, y quebrarse la cuerda, que era de cerdas y más gruesa que el pulgar. Quedaron muertos los circunstantes, y el Rey tan poco escandalizado, que preguntó qué había sido aquello. Votó fiesta al día, que fué el de las Vírgenes; y observóse que fué en el que se hizo la justicia de D. Rodrigo (Calderón, marqués de Siete Iglesias), para que se note que Dios lo guardó a la misma hora casi que él estaba haciendo este servicio a su Divina Majestad....

Gutiérrez de la Vega ha recogido curiosas noticias sobre las destrezas de Felipe IV, y consagra un capítulo aparte, bajo un título seductor (*Felipe IV honrando a las hembras de los bosques*) al cuidado que el Rey ponía en no matar nunca a las hembras. El estudio de Gutiérrez de la Vega precede a una reimpresión moderna del *Anfiteatro de Felipe el Grande*, que publicó en 1631, D. José Pellicer de Tovar. *El Anfiteatro* es una recopilación de versos que compuso la musa cortesana para ce-

lebrar una hazaña de Felipe IV. La ocasión es pintoresca. En su estudio sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, Fernández-Guerra la describe prolijamente.

He aquí como fué:

El 13 de octubre de 1631, para celebrar los años del príncipe Baltasar Carlos, ordenó el conde-duque de Olivares un combate de fieras en la plaza del Parque (jardines del Campo del Moro). Toda el arca de Noé y las fábulas de Esopo—como decía Quevedo—dieron su contingente a la fiesta. Vióse entonces a un toro del Jarama triunfar de un león, de un tigre y de un oso, y morir después al tiro de arcabuz que le asestó el rey Don Felipe IV.

Pellicer, en el prólogo de su *Anfiteatro*, dice:

El Rey pidió el arcabuz... Y sin perder la medida real ni alterar la majestad del semblante con los ademanes, le tomó con garbo, componiendo la capa con brío; y, requiriendo el sombrero con despejo, hizo la puntería con tanta destreza y el golpe con acierto tanto, que si la atención más viva estuviera acechando sus movimientos, no supiera discernir el amago de la ejecución, y de la ejecución el efecto; pues encarar a la frente el cañón, disparar la bala y morir el toro, habiendo menester forzosamente tres tiempos, dejó de sobra los dos, gastando sólo un instante en tan heroico golpe—. La sangre... se vió primero enrojecer la plaza que oyese el viento al es-

A L F O N S O R E Y E S

tallido de la pólvora. Despertó el aplauso popular tan hermoso golpe.

Y después añade Pellicer este comentario técnico, que doy por lo que valga: “Deliran, cierto, los que presumen mayor acierto matar un pájaro al vuelo que un toro parado; que esto es tener poco de cazadores y mucho de temerarios. Porque, extendiéndose la munición en el aire, forma una ala que hace facilísima la muerte de cualquier ave; y un toro ha menester, para morir de un golpe, que se le apunte al remolino de la frente, que es un breve blanco.”

NAPOLEON I,
ORADOR Y PERIODISTA.

NAPOLEON—hombre representativo de Emerson, huésped de honor en la espléndida galería de Carlyle—ha tenido el privilegio de provocar un verdadero frenesí exegético. Se ha estudiado su capacidad, o su incapacidad, para todas y cada una de las actividades humanas, y hasta se ha llegado—con el neo-evemerismo que estuvo a la moda hace algunos años y de que tanto se burlara Andrew Lang—, a declarar que Napoleón nunca ha existido, que no es más que un mito solar, representación simbólica del culto primitivo del sol. Y esto, sin embargo, en un pueblo tan amigo de cargar las ventanas con visillos, transparentes (opacos) y cortinas y cortinones, que Chesterton no encontraría mejor campo para estudiar—entre sus “tremendas bagatelas”—los vestigios de un “culto” fundado en la “ocultación” del sol.

Gracián, en su valiente pedagogía, espera que el ejemplo del héroe suscite nuevos héroes. Emerson, al hablar de la utilidad de los grandes hombres, cree que, dentro de ciertos lími-

tes, el héroe está llamado a suscitar, con su ejemplo, héroes cada vez mayores. Así se adelanta—aunque sin exageración—a ciertas filosofías que han llegado a ser populares, y propone claramente la esperanza del superhombre: idea juvenil por excelencia. Frente a ésta, la idea adulta—que también es la idea burguesa, porque los veinte años son poetas y los cuarenta filisteos—está representada en aquellas palabras del “viajero sentimental” de Sterne:

—Yo creo, señor conde, que el hombre, como los instrumentos de música, tiene un registro limitado y que hay en él distintas escalas para responder a las necesidades sociales, como a las demás. Si se empieza con una nota demasiado alta o demasiado baja, se trastorna todo el sistema, y faltarán notas arriba o abajo de la escala.... Creo que hay en el hombre cierto grado de perfección, más allá del cual le sería imposible avanzar. Si pretende superarlo, más bien que adquirir cualidades nuevas, simplemente cambia unas cualidades por otras.

Y los psicólogos nos dirán que, al menos en cuanto a la memoria—hilo del ser—, la observación del amable Sterne parece cumplirse exactamente.

En todo caso, una de las utilidades de los grandes hombres está en el consejo de modestia que nos dan con su vida. Porque el gran-

de hombre que ha servido para una o varias cosas, generalmente no sirvió para otras. Y hablar de “hombres universales” es una manera de hablar; y hablar—con los griegos, con Baltasar Gracián o con José Enrique Rodó—del “hombre de todas las horas,” o es soñar un hermoso sueño, o es dar un nombre poético a ese discreto tipo de hombres sociales y solícitos que tienen cierta oportunidad en la conversación o que se dan maña para hacer mil cosas mediocres e insignificantes de verdadera *bonne-à-tout-faire*: sacar punta a un lápiz, divertir al nene, cambiar el fusible de la instalación eléctrica, hacer un guiso, contar un chiste, clavar un clavo, pagar el tranvía antes que nadie, conseguir un billete gratis para algún espectáculo: amables criaturas domésticas, cuyo sitio está entre el hombre y el perro.

Por eso el precursor Gracián—“Nietzsche español,” como le llamaba *Azorín* hace años—, disertando sobre la conveniencia de que el hombre de grandes empeños tantee sus aptitudes antes de arriesgarse, y escoja para la obra de su vida su mejor prenda, la “del quilate rey,” lanza estas verdades como a puñados:

Dudo si llame inteligencia o suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

A L F O N S O R E Y E S

En unos reina el corazón, en otros la cabeza; y es punto de necesidad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavón con su rueda, préciase el águila de su vuelo; que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz a remontarse, expuesto a ejemplar despeño: consuélase con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algún empleo no hubiera conseguido la eminencia...

Pero—añade—lo difícil es acertar. Por eso los eminentes son raros. No hay quien se crea incapaz para las mayores empresas. “Excusa es no ser eminente en el mediano, por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.” Atención, pues, a tantear bien cada uno sus propias capacidades.

Y entre los varios ejemplos que propone, éste sobresale:

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano, el prodigioso marqués del Valle, D. Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras, hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

Es más que severa, injusta, la opinión de Gracián sobre la literatura de Cortés. El epis-

tolario de Cortés—quien, desde luego, era menos “escritor” que César—tiene un valor humano innegable, cuando careciera de valor técnico—punto que para el “estilista” Gracián, vicioso de primores, era de la mayor importancia—. Pero todavía pudiera alegarse que, en este barajar de los empleos de Cortés, dejando la pluma de Salamanca por la espada de Anáhuac, la pluma recibió beneficios de la misma espada, y lo que hubo de descubridor y conquistador en Cortés fué lo que dió encanto y belleza a sus imperecederas relaciones.

Pero volvamos al caso de Napoleón, entre cuyas múltiples aptitudes, la aptitud literaria—de que hasta los niños tienen noticia, por tal o cual célebre frase histórica—merece, sin duda, lugar aparte.

¿Qué hemos de esperar de la pluma de Napoleón? ¿Qué hemos de exigirle? ¿Le pediremos los primores técnicos que Gracián parece pedirle a Cortés? Sin duda que no.

Por lo demás, la literatura de Napoleón no es ya paradoja para nadie: el gran soldado merece, por derecho propio de gran orador, un puesto importante aun en los manuales universitarios. Gustave Lanson, que si de algo puede pecar es de filológica prudencia, dedica, en su *Historia de la literatura francesa*, tres páginas a la oratoria de Napoleón.

El 18 Brumario—dice—hizo callar a los oradores; durante quince años, sólo una voz se dejó oír: Napoleón gobernaba casi por la palabra, y fué el último de los grandes oradores revolucionarios. Tenía, sobre los diputados de la Montaña, la ventaja de ser más preciso y menos verboso, e inventó una fórmula nerviosa, que parecía una aplicación literaria de la “voz de mando” militar. Se le ve buscarla en la vaguedad de sus primeros escritos, y desarrollarla después en sus cartas (nunca familiares) y en las Memorias, también oratorias, de Santa Elena. Lo mejor de su obra, en este sentido, va desde la primer campaña de Italia hasta más allá de Waterloo. Su elocuencia fué para él lo que era para los jefes de las democracias atenienses.

Esta elocuencia—añade Lanson—tenía su retórica y sus procedimientos. Bajo su rudeza aparente, es muy ordenada, muy clásica. La carta de pésame del general Bonaparte a la viuda del almirante Brueys es una verdadera disertación con un plan cuidadosamente trazado; las cartas del Emperador a las viudas de los mariscales Bessiéres y Lannes, más breves y donde se deja oír el tono del amo, son reducciones del mismo plan. Sus proclamas se pueden dividir por artículos y párrafos. Al principio, los orígenes revolucionarios de su

elocuencia están muy manifiestos: las “falanges” republicanas, los “vencedores de Tarquino,” los “descendientes de Bruto y Escipión,” las “legiones romanas,” “Alejandro,” todos estos recuerdos de la antigüedad unen a Napoleón con los demás oradores de nuestras asambleas. Más tarde, en las arengas del Cónsul, en las del Emperador, ya son raros tales ornamentos enfáticos. También, en la época de la primera campaña, entre las “falanges” y los “Tarquinos,” noto unos “hombres perversos” que proceden directamente de la prédica de Robespierre. Y noto también tal cual reminiscencia de autor latino. Por ejemplo, de Lucano: “Nada habéis hecho, puesto que aún os falta hacer algo.” El futuro César estudia a César y a Tito Livio: “¿Se dirá de nosotros que supimos vencer y no aprovecharnos de la victoria?” A veces usa formas teatrales que recuerdan las declamaciones de la tribuna: “Pero he aquí que os veo ya correr a las armas... ¡Sea, pues: partamos!” Y ahora, algunos cli-sés: “Y cuando volváis a vuestros hogares, vuestros conciudadanos os señalarán diciendo: Ese es del ejército de Italia. Os bastará decir he estado en Austerlitz, para que os respondan: He aquí un valiente. Y podréis decir con orgullo: También yo formaba parte de aquel grande ejército...”

Después, Lanson da algunos ejemplos de laconismo, haciendo ver que en el ataque rápido de la frase, cada palabra parece una detonación más intensa que la anterior. El pensamiento es claro, hecho para circular fácilmente en el alma de la multitud. Otras veces la frase, imperiosa, tiene un tono más personal, y la imagen se acerca más a Hugo que a la Montaña: la victoria marcha a paso de carga; el águila vuela de campanario en campanario hasta las torres de Notre-Dame. Al correr los años, Napoleón se fué emancipando de la retórica clásica de los revolucionarios, y como todos los buenos artistas cuando llegan a la hora terrible en que ya no les entiende la gente, se descubrió a sí mismo. Entonces deja salir, en sus alocuciones, frases como ésta: “La ropa sucia se limpia en casa.”

En cuanto a Napoleón periodista... no: no lo busquéis en la *Antología del periodismo* de Paul Ginisty, donde sólo le vemos aparecer, entre nota y nota, en aquel aspecto del periodista que es el menos agradable de todos: el de enemigo de los demás periodistas. Hay que buscarlo en un libro reciente del antiguo director del *Figaro*: A. Périvier, *Napoleon journaliste*. “Antes de abordar el tema—dice Périvier—hay que establecer que Napoleón fué un gran escritor, un maestro en el arte de ex-

presar sus pensamientos, sin lo cual nunca hubiera sido un verdadero periodista.”

—¡Alto!—le grita Andrés Beaunier—. Querrá usted decir un “gran periodista,” porque como periodistas “verdaderos,” los hay que están lejos de ser grandes escritores. Y así sucede en general, como que hay muchos más periodistas verdaderos en sólo un año que grandes escritores en todo un siglo. Concedido que Napoleón haya sido un gran escritor: Chateaubriand es el único que se opone. (Lector: el mismo reparo de Gracián a Cortés.)

Pero el señor Périvier no se para en pelillos: declara que, en la obra de Napoleón, sus victorias pasan al segundo término y se eclipsan en el girar de los siglos, sin duda para que su labor periodística pase a primer plano. ¡Famosa reivindicación! Pero perdonemos todo, con tal de encontrar en el libro del señor Périvier algunos datos que nos ahorren el trabajo de una investigación directa.

En 1796, estando en Lodi, Bonaparte dejó de sentirse simple general: un hijo le había nacido en el alma. Quería influir en el pueblo; en los pueblos. El 26 de agosto escribe al Directorio, desde Milán, sobre la conveniencia de que algún periódico oficial rectifique los absurdos de la prensa parisiense a propósito del rey de Cerdeña. El Directorio sólo contaba

con una pobre hojilla, *Le Redacteur*, incapaz de hacer frente a la oposición. El Directorio no sabía defender a su general, y los periódicos en que se le atacaba llegaban a Italia. Napoleón enviaba sus respuestas al Directorio para que las hiciera publicar; pero, por las dudas, también las imprimía él en Italia, en hojas volantes que distribuía profusamente entre sus tropas. Napoleón pide al Directorio que haga cerrar los clubes políticos, que funde cinco o seis buenos periódicos constitucionales, que haga romper las prensas del *Thé del Memorial* y de la *Quotidienne*. Napoleón cree en la gran influencia del periódico; desprecia personalmente al periodista. Hay que confiar a otras manos esa gran fuerza pública. Ya que el Directorio no quiere o no puede, él mismo funda un periódico en Milán, en 1797: *Le Courrier de l'armée d'Italie, ou le Patriote français à Milan, par une Société de republicains*. El periódico duró hasta el 2 de diciembre del siguiente año (1799); pero se ha perdido. Poco después, Napoleón funda otro: *La France vue de l'armée d'Italie, journal de politique, d'administration et de littérature française et étrangère*. En uno de los "fondos," invita discretamente a la nación francesa a no despreciar la opinión del ejército de Italia y de su jefe. La verdadera importancia de esta labor

periodística—claro está—reside en que deja ver las intenciones de la persona no periodística que la inspira. No es, pues, periodismo puro.

En Egipto, Bonaparte funda el *Courrier d'Égypte* y la *Décade égyptienne*.

Después de Brumario, el cónsul Napoleón opina que, si deja libertad a la prensa, no durará en el Poder tres meses. Un decreto de 17 de enero de 1800 suprime todos los periódicos, con excepción de trece, por considerar que todo el resto está al servicio del enemigo. Ni en el espíritu ni en las leyes de la época el acto resultaba muy injurioso. Napoleón quería reconciliar a la República con Europa, y los periódicos se oponían. Los hombres del Consulado no lamentaron, en general, la muerte de la prensa de la Revolución. Thiers da testimonio. Nadie se ha quejado hoy en Francia del régimen de censura patriótica.

Pero la censura es como un cuchillo: en manos de unos sirve para labrar un santo de palo, y en las de otros, para destripar al prójimo. He aquí algunos ejemplos:

La *Gazette de France* publica el 2 de octubre de 1801 la noticia del suicidio de un portero, que tuvo cuidado de descalzarse antes para ahorrarles esta pena a sus hijos: la censura lo castiga. La *Vedette de Rouen*, el 13 de

febrero de 1802, se burla de que el presidente del Instituto haya plagiado el libro XXI del *Telémaco*, para dirigir un elogio oficial al Primer Cónsul: suprimida. *La République démocrate d'Auch*, suprimida por advertir que aumenta el precio de los cereales. El *Journal des Débats*, suspendido por insertar el Breve del Papa a los obispos emigrados. Y otros periódicos eran condenados a presentar una planta de redactores de patriotismo y moralidad reconocidos.

En su periódico, el *Moniteur*, Bonaparte mismo escribía, y sostuvo una agria y larga polémica contra el Gobierno y la prensa de Inglaterra. Thiers declara que sus artículos son obra maestra de elocuencia y de estilo. El redactor jefe, Sauvo, cuando el Primer Cónsul no le manda cuartillas, sale del paso con un inacabable "elogio de la vacuna," por el ciudadano Goerz, y cosas así. He aquí un mentís elocuente que aparece en uno de los números y que fué sin duda redactado por Napoleón: "*L'Ami des lois* dice que el Primer Cónsul Bonaparte está preparando una fiesta que costará doscientos mil francos. Es mentira: el Primer Cónsul Bonaparte sabe de sobra que doscientos mil francos representan el sueldo de una brigada durante seis meses." Otra vez: "Es falso que madame Bonaparte se haya pe-

dido un coche a Londres”; o bien: “No es cierto que la ciudadana Bonaparte vaya a distribuir el domingo próximo el pan bendito; pero eso sólo probaría la piedad de esta ciudadana, tan libre como cualquiera de hacer lo que en esta materia le convenga, sin que a nadie le importe.” Más tarde, en los días del Imperio, estando en España Napoleón, a Josefina se le enredó la lengua y dijo a Fontanes, presidente del Cuerpo Legislativo, que agradecía mucho ciertas manifestaciones de parte de un Cuerpo “que representaba a la nación.” Aunque el *Moniteur* publicó estas indiscretas palabras, tuvo que rectificarlas poco después: “Su Majestad la Emperatriz no ha dicho eso: conoce bien la Constitución; sabe bien que el primer representante de la nación es el Emperador... Después del Emperador viene el Senado; después el Consejo de Estado, y después el Cuerpo legislativo; después todavía los Tribunales y funcionarios públicos, según el orden de sus atribuciones.” ¡Pedantescas rectificaciones domésticas!

Ya en esta época, Napoleón escribía poco en el *Moniteur*, pero corregía las pruebas, y ponía en aprietos al redactor-jefe, suprimiéndole montones de noticias anodinas y cambiando el giro de las frases inconvenientes. Donde decía: “En vista del embarazo de la Em-

peratriz,” rectificaba: “En vista del estado de la Emperatriz.”

Con todo, si queréis ver al gran periodista, recordad que, cuando la campaña de Francia, en febrero de 1814, inventaba todo un sistema moderno de investigación, al aconsejar a Savary que, en vez de las habituales necesidades de los periódicos, enviaran agentes a recorrer toda la zona reconquistada, para averiguar los crímenes del enemigo. Para eso—añadía—no hace falta ni tener literatura. Napoleón, concluye Beaunier, suprimió una Prensa mala, y, cuando quiso suscitar otra buena, no encontró buenos servidores. ¿Era orgullo? ¿Era impaciencia? Prefería suprimir al mal servidor, antes que educarlo. Siempre consideró el periodismo con interés; nunca se encontró con los periodistas que había soñado. Sus consejos eran preciosos: no encontraba quien sacara el fruto de ellos. Tuvo que ensayarse directamente en el periodismo; pero él tenía muchas graves cosas que hacer. ¡Oh, qué periodista perdió el mundo!

UN ABATE FRANCES
DEL SIGLO XVIII

HAY dos Anacarsis célebres en la historia de las letras. El primero es aquel filósofo escita cuyas aventuras de paleta intelectual en la antigua Atenas nos cuenta Diógenes Laercio y que se sorprendía mucho de ver cómo los griegos, teniendo leyes contra los injuriadores, honraban a los atletas que se hieren y matan; al aceite llamaba “medicamento de frenesí, pues, ungidos con él, los atletas se enfurecen más unos con otros”; y cuando veía a los griegos hacer carbón, se admiraba de que aquel pueblo se dejara el fuego en el monte y trajera el residuo a casa. Pero de este Anacarsis podemos prescindir por ahora. El segundo—acaso más célebre, y seguramente inspirado en el primero—es aquel cuyos viajes alimentaron la infancia del desventurado “Char-Bovari” de Flaubert. El *Voyage du jeune Anacharsis*— que ya Flaubert consideraba con sorna—es hoy libro poco leído: pero allá en sus tiempos (1788), como respondía con notable oportunidad a las inclinaciones del gusto público, pudo ser lectura muy apreciada. Acaso Joubert tiene razón: el *Anacarsis* no es un libro bello, pero da la idea de un libro bello. Enciclopedia amena de

la civilización antigua, el *Anacarsis* es la obra de un sabio que no estaba reñido con las gracias ligeras, y que consideraba todavía el escribir de una manera amable y discreta, cuando menos, como un deber mínimo de urbanidad por parte del escritor. Este sabio ambicioso de gloria científica, todo lo sacrificó en el servicio de la casa de Choiseul; pero tuvo tiempo para escribir sobre el alfabeto fenicio y sobre cuestiones de numismática, en que era mucha su autoridad. El gabinete de medallas del Rey le debía unas 20.000 piezas, y alguna vez se vió en el caso de rechazar la oferta de uno de los dineros de Judas que cierto sujeto se empeñaba en venderle. Era la época en que la gente de letras formaba parte integrante de la buena sociedad, y nuestro hombre era muy buscado por su deliciosa conversación: tal era el abate Barthélemy.

Cuando Luis XV desterró al duque de Choiseul, Barthélemy le siguió a Chanteloup, y vino a ser como un cronista del destierro del duque. Madame du Deffand, parienta de éste, había rogado al abate que la tuviera al tanto de los sucesos de Chanteloup y le informara por carta de la preciosa salud de la duquesa. Pero en Chanteloup la vida discurría monótonamente, y el abate Barthélemy tenía más erudición que maledicencia: a veces

no hallaba cómo divertir a su curiosa amiga. (A su golosa amiga, podemos decir: madame du Deffand disfruta de la mejor literatura epistolar de la época: desde Chanteloup, le escribe el abate Barthélemy: y desde su exquisito museo en el castillo gótico de Strawberry Hill, le escribe el admirable Horace Walpole, el mejor escritor epistolar, para el gusto de Walter Scott).

En esta correspondencia la figura del abate se destaca con hermosura: siempre *bon garçon*—dice Sainte-Beuve—, amigo que se da para siempre, verdadero tesoro de sociedad, aunque a sus horas lamente sordamente el no disfrutar la independencia del gabinete y las libres alegrías del estudio. Como escribe para una sociedad limitada, para una tertulia, no siempre logra interesarnos. La misma Mme. du Deffand se inquieta a veces, y le pide precisiones de un carácter algo arriesgado sobre el estado de sus relaciones con el duque (“grand-papa”) y con la duquesa (“grand’ maman”). Y el buen abate se limita a contestar:

—No, no es nada. Soy feliz. Es que, en el fondo, yo he nacido para el estudio, y no para la sociedad. La amistad de los duques me ha alejado irremisiblemente de mi camino. Cuando lo pienso, sufro de un modo cruel. Pe-

ro, por Dios, que nadie lo sepa; que no se entere la duquesa.....

¡Pobre duende de la biblioteca, hoy prisionero de los salones! Considérese lo que sería privar de estudios a un hombre cuyas disipaciones juveniles habían consistido en suspender el árabe y el hebreo, para entregarse a los placeres de la astronomía y las matemáticas!

Entretanto, en Chanteloup se organizan frecuentemente partidas de caza, y el buen abate aprovecha la ocasión para informar de ellas a Mme. du Deffand y no tener que ocuparse exclusivamente del carácter de las personas que le rodean: de los encantos de la duquesa de Choiseul, y de si el duque seguía prefiriendo a ellos los muy equívocos de su propia hermana, la duquesa de Grammont, una especie de amazona sin atractivos. Estos asuntos eran, sin duda, dolorosos para el buen abate que tenía por la duquesa de Choiseul una pura y tierna devoción (1).

(1) Nunca faltan deslenguados. Sainte-Beuve cuenta que Choiseul-Gouffier dijo un día en casa de la princesa de Beaufremont: "Concevez-vous l'abbé Barthélemy? Pendant plus de vingt ans, il a vu s'habiller et se déshabiller la duchesse de Choiseul, et il n'a jamais osé s'avouer á lui-meme qu'il était amoureux d'elle."

Así, pues, el abate—que asiste a casi todas las partidas de caza— dedica buena parte de su correspondencia a registrar sus hazañas. Hace años, en la *Revue Hebdomadaire*, un aficionado tuvo la curiosidad de entresacar los pasajes que a ello se refieren. El buen abate—observa— no guardaba mala voluntad a nadie por sus propias torpezas, ni siquiera a sí mismo.

El duque contaba con una jauría de hasta sesenta zarceros para correr el corzo y el gamo. Los perros se llamaban: Rougeau, Blondeau, Faribó, Thimbó, Simbó, Rimbó, Quimbó... Un ciervo que casualmente se había metido en el cantón, y no hallaba dónde esconderse, daba a los cazadores mucho que hacer. La duquesa aseguraba que tenía para seis años.

Alguna vez, mientras el duque y sus amigos se van de caza, el abate se queda acompañando a la duquesa. Con todo, en su carta a Mme. du Deffand no trata de este acompañamiento, sino de aquella cacería. Ciervos, jabalíes, liebres, gatos monteses, él no ha visto sino los que matan los demás. En cambio, durante el verano de 1772, ha tenido el gusto de ver por la noche el “cerf-volant”, la cometa: espectáculo desconocido para el duque, y que le ha entusiasmado. El día de la Trinidad,

entre once y doce de la noche, se vieron aparecer, a una gran altura, tres luces iguales, en línea, equidistantes; eran tres linternillas prendidas a la cola de la cometa.

El abate se esfuerza: ¿lograba divertir realmente a Mme. du Deffand? Véanse algunas muestras de las agilidades mentales que el abate se permitía: “Hoy he tirado; pero sólo he matado la pierna de una liebre, que corrió más de prisa que antes, y el ala de un faisán, que cayó y huyó a todo correr.” Más allá van siguiendo la pista a un corzo herido, y al fin dan con él: y resulta que no había tal corzo, sino una liebre. El campanero de Amboise acaba de ver pasar un jabalí. “Pero yo creo que era un saltón”—añade con inocente picardía el abate—. Y casi no hay en la correspondencia cosa que se quede en el recuerdo, fuera de aquel M. Perceval, vestido de color de rosa, antiguo guarda de corps del rey, cuyo caballo se detiene de tiempo en tiempo y da cuatro o cinco vueltas sobre sí mismo.

Por fin, un día, un famoso lunes, Barthélemy mató una liebre. Véase la poca importancia que concede a su éxito, y las reflexiones que le sugiere el caso:

Hemos ido de cacería a la Bourdaisière. Maté una liebre. Vi que llevaba un papelito tras de la oreja:

era una carta que le había escrito otra liebre, su amiga. Llevaba fecha del 18 de agosto. Hela aquí:

“*Cortacola*, capitán de las liebres del Río Mayor, a *Orejilargo*, capitán de las liebres del Río Menor (sin duda, se trata del Loria y el Cher): Los salvajes de Chanteloup han alzado el hacha contra nuestra nación, contra la de los conejos, nuestros hermanos, y la de las perdices, nuestras hermanas. Ayer se presentaron en nuestro cantón. El sol apenas llegaba a la mitad de su carrera. Estuvieron dando suelta a su vandalismo hasta que se puso el sol tras los montes. Seis de nuestros guerreros han caído bajo sus golpes; otros tres quedaron mortalmente heridos. Yo, desde mi madriguera, enderecé las orejas al oír el estrépito de su trueno y sus perros; cuando vi a *ro*, mi hijo único, que precipitándose entre mis patas, exclamó: “¡Padre mío, muerto soy!”, y expiró al instante... Si los hombres pudieran verse desde los ojos de las liebres, etc., etc.”

No puede darse cosa más anémica y triste. Mme. du Deffand, que acaso acababa de leer una carta de Walpole, del brillantísimo Walpole, arrojaría con disgusto las pobres burletas rudimentar~~es~~as del abate. Pero el abate no se engaña.

—Me da vergüenza—le dice—escribirle a usted estas sandeces. Es que vivo triste, y trato de hacerme reír. No enseñe usted esta carta a nadie....

¡Pobre duende de la biblioteca, prisionero de los salones! Cuando, a la edad de seten-

ta años, se decide, tras de mucho pensarlo, a publicar la obra de su vida, el *Anacarsis*, Francia estaba en vísperas de los Estados Generales. Barthélemy espera que la atención pública, distraída por grandes preocupaciones, no repare en el libro. “Quisiera —dice— que se deslizara silenciosamente.” Más o menos, como él hubiera querido deslizarse por la vida, escondido en el gabinete de las Musas. Pero no lo consentía su sino. El público cayó sobre el *Anacarsis* ruidosamente. La linda embajadora Mme. de Krüdner, se puso a copiar y aprenderse de memoria pasajes enteros. Mme. de Stael en una cena, le lanzó unas estrofas en que el nombre del abate figuraba entre los de Safo y Homero (1).

(1) Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi*. VII, 207.

EL OBISPO DE ORENSE

I. LA EPOCA.

REMODELANDO la idea nacional, la guerra de la Independencia corría sobre España como corría el fuego sobre aquel incendio de Corinto, para hacer un solo metal de todos los metales fundidos. A veces se habla del sentido obscuro de los pueblos, del instinto difuso, recóndito, de la patria. A veces esas abstracciones parecen bajar a la tierra, desde el cielo platónico adonde flotan.

Pero todo vive diferenciándose, y en aquella bullidora masa nacional pronto se notan las corrientes contrarias. Bajo los estrépitos de la guerra, en las conciencias, cundía ya— hasta para dar eficacia al hecho militar bruto e incorporarlo constitucionalmente en la vida española—, cundía la discordia de la razón: el equivalente moral de la guerra, que había de hacer de ella un estado crónico para un siglo.

En la guerra de Independencia se debe buscar algo más que la guerra.

La guerra de Independencia no sólo es un acto contra el invasor, sino una ebullición interna. No se logra fundir en uno todos los me-

tales del incendio, que al cabo se reparten en dos, en tres y hasta en cuatro masas principales. Porque no se trata, como los simplistas pretenden, de un choque entre buenos y malos, entre blancos y negros, entre patriotas por una parte y afrancesados por la otra. La historia no es cuento para niños, ni tampoco es necesario que se erija en tribunal, como en la frase retórica de nuestros abuelos.

“Vemos—escribe López-Aydillo—tres grandes núcleos de la opinión española: uno, el constituido por los que sin obstáculo aceptaron la soberanía de José Napoleón, y que antes habían aceptado las ideas de la revolución francesa, y a quienes el pueblo apostrofó con el bochornoso mote de afrancesados, que valía tanto como renegados, antipatriotas, vendidos; otro grupo—nueva casta de afrancesados—, fieles a la soberanía nominal de Fernando VII, y adictos a las ideas de la revolución; y un tercer grupo de hombres, con los cuales estaba potencialmente la masa general del pueblo, que abominaba de los hombres y de las ideas de Francia, leales a su rey absoluto y devotos de los principios tradicionales. Pudiéramos añadir aún una muchedumbre escéptica, propicia a obedecer al vencedor, dentro de la cual no faltaban aquellos que no te-

nían reparos en especular arteramente merced a las circunstancias'' (1).

¿Por qué, como en una alucinación, la historia resucita y se reincorpora cada vez que se la recuerda? Cambian los nombres; las masas de opinión permanecen. La raza es dura en sus direcciones fundamentales—cualidad o error—, y sólo anda a golpes de disidencia, a empujones de los menos contra los más. Y si ortodoxia se llama la perseverancia en el módulo hereditario, no cabe duda que Menéndez y Pelayo—aunque él vió la perspectiva por el revés—había descubierto la verdadera perspectiva de la vida española cuando hablaba de los heterodoxos de España. Son ellos, los heterodoxos, los que imponen a las sociedades ese hábito de inconformidad, que es el fundamento de la civilización europea, y en donde, con paradoja aparente, descubren también los comentaristas el sello genuino del catolicismo, que fué siempre una inconformidad militante.

Cada uno de aquellos grupos de opinión concebía su España a su modo. Pero a ese segundo grupo, a esos afrancesados que no de-

(1). E. LOPEZ-AYDILLO, *El obispo de Orense en la Regencia del año 1810*. Junta para Ampliación de estudios, Madrid, 1918, 4o. 341 págs.

jaban de ser patriotas y acaso lo eran más que todos, tocaba predicar el nuevo evangelio social frente a un pueblo demasiado receloso, demasiado realista para dar oído a las teorías mientras le saqueaban la casa. Si en el siglo XVI infiltración imperfecta del Renacimiento, ahora infiltración imperfecta de la Revolución. Con todo, medítese en lo que debió de importar en tales momentos, dentro del campo de los leales, a Fernando VII, el planteamiento de tan hondos problemas como la supresión de señoríos y mayorazgos, la doctrina constitucional y las reivindicaciones laicales, que removían esencialmente los principios económicos, políticos y religiosos de España.”

El historiador busca una encarnación de los principios tradicionales, para mejor explicarse cómo se desenvolvieron éstos frente a la amenaza de las nuevas ideas. ¿La encuentra en el rey? El desdichado monarca se le esfuma en una agonía de aguafuerte goyesco. ¿En algún general? “Tampoco. Los grandes generales españoles de la Independencia desaparecen ante el saber estratégico de lord Wellington y la ruda audacia de los guerrilleros alfabetos.” Tampoco la encuentra entre los intelectuales del tiempo, porque, o eran afrancesados plenos o estaban con los nuevos prin-

cipios. Sólo queda el clero, y en el clero, un obispo de recia fibra española, verdadero representativo en esta “nación de teólogos armados.”

II. EL HOMBRE.

Don Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense, sale al paso de las Cortes de Cádiz, en nombre de los antiguos respetos—la Cruz, la **E**spada y la Corona contra el Código y la **B**alanza—, provocando aquel paréntesis de la reacción fernandina que parecía prolongarse infinitamente y que abarca de 1814 hasta 1820. “Todo lo que luego se produjo, el estampido de los *persas*, el terremoto de la reacción, no fué obra de los bufos personajes de la camarilla real, ni producto abominable de la inconstancia y de la ingratitud de un desdichado rey sin corazón, sino que tuvo un largo proceso anterior”, y es la obra cálida de una voluntad y una inteligencia personales.

¿Quién era el obispo de Orense? Hombre que pudo ser un lucido caballero en el siglo y era ahora orgullosamente sencillo, como todo el que padece un hondo ideal. Sobre aquel fondo de sacerdotes enriquecidos, mientras el abad de Villavieja sale a recibirlo en una litera magnífica, escoltado de diez y ocho cléri-

gos a caballo, se le ve llegar a lomo de mula, sólo un paje por escudero, andando por malos caminos, hospedándose en casas pobres. Su fama de santidad voló por los pueblos. Su ejemplo trae a nuestra mente la justa palabra de Manuel Díaz-Rodríguez: “La vanidad vive de afuera: el orgullo, de adentro.”

A la luz de la llamarada del 93, en las postrimerías del XVIII, Francia era para los españoles “algo demoníaco y perverso, muy cosa de condenación y pecado.” Aun los sacerdotes refugiados eran acogidos aquí con desconfianza. “¡No queremos franceses! ¡Que se vayan a Francia!”, gritaba el capitán general de Valencia, violando, iracundo, la clausura de las pobres monjas Ursulinas, hospedadas por el arzobispo Fabián y Fuero. Y hasta un eclesiástico—el obispo de Santander, Menéndez de Lueca—, exhortaba al pueblo a guerrear contra los franceses libres, enemigos del Señor, entre los cuales incluía a los religiosos refugiados. Sólo D. Pedro de Quevedo y Quintano escribía: “Cuantos lleguen a esta diócesis serán por mí bien recibidos y tratados. Su causa es de tal calidad, que ninguna limosna será más justa. Y cuantos no tengan por sí con qué subsistir, subsistirán por mi cuenta.” Y no sólo a los eclesiásticos: a los militares, a las familias de emigrados franceses

se extendía su protección. El obispado de Orense era isla de caridad.

Ya los mismos curas de la diócesis se quejan de la competencia de los franceses. Ya los recursos de la diócesis parece que van a agotarse, y el obispo persiste en hospedar a los que todos persiguen. Ya el agradecimiento francés—de que queda rastro hasta 1812—no encuentra manera de manifestarse.

¿Era amor a Francia? El obispo denostaba incesantemente a la Francia pecadora y revolucionaria. ¿Era acaso el frío sentimiento del deber? La terrible “Hilda Wangel”, de Ibsen, hubiera podido interrogar: “Pues si es tan bueno como dicen, ¿por qué lo hace todo por deber?” Entonces, ¿qué impulso le movía? ¿El amor, al menos, a la Francia del antiguo régimen? Charles Maurras puede hoy considerar la Revolución como un estallido de la anarquía *meteca* que vino a turbar la Francia fundamental del tiempo viejo. Pero, a los ojos de un contemporáneo, la realidad era demasiado elocuente e inmediata para consentir estas lejanías de interpretación política; ni el obispo era hombre para saltar sobre las cosas presentes. No: sin muchas teorías—el amor y el odio, hermanos gemelos—, el obispo se vengaba de Francia en su caridad para los refugiados

de Francia. En ello había un sentimiento del deber; pero no frío: apasionado.

Los contemporáneos tratan de representarnos al obispo como un cortesano rendido al rey, y la verdad es que siempre le llamó “piadosísimo y cariñosísimo monarca, el más bueno y más cariñoso de los reyes.” Pero su amor al monarca cede ante la prerrogativa eclesiástica. Y cuando el arzobispo de Toledo, en nombre de ese derecho público que venía (¡horror!) de Francia, solicita de sus prelados la cesión de ciertas preeminencias en auxilio de la Corona, sólo un obispo se opone: el de Orense. Sin apearle nunca la cortesía, discute con vivacidad las razones de su monarca, como en aquellos deliciosos romances viejos:

mentides, buen rey, mentides:
que no decides verdad.

¿Que falta dinero para la guerra? Pues que haga economías en su casa el muy justo y piadoso rey, pero que deje en paz a la Iglesia, que está por encima de las naciones. (Sin embargo, el rey se salió con la suya.)

López-Aydllo cuenta algunas anécdotas que pueden dar idea de lo que era, como predicador, el obispo de Orense. La felicitación de cumpleaños, le parece al obispo tan absurda, como si al poseedor de veinte varas de pa-

ño le fuéramos diciendo: “enhorabuena, mi señor, que se ha quedado con sólo catorce varas; muy felices las tenga vuesa merced, que sólo posee diez varas; mis parabienes, porque sólo le quedan dos...” El mejor predicador de Ceniza—decía otra vez—es el avaro: “hace algún préstamo, y acto continuo, la escritura, porque somos mortales; ¿se le casa la hija? A asegurar su viudedad, porque somos mortales; ¿hereda a algún pariente? Háganse luego las partijas, porque somos mortales...” Aprendan los que se olvidan de la muerte.

Feijóo, caballero andante de la cultura española, distingue el verdadero patriotismo de la pasión nacional que se le parece. (Lo de siempre: hay que volver a Feijóo.) El obispo de Orense, sin dejar de ser apasionado, tenía la sagacidad suficiente para presentir, primero, la invasión militar, y luego, la invasión espiritual de Francia. Ya ante el espectáculo de la República, ya ante el del Imperio, el obispo parece señalar al monarca la amenaza del Norte, los avances de Napoleón, “cometa terrestre”. El obispo, en la desorientación general, era, cuando menos, un eje firme. El primero en atreverse a señalar el peligro mediante una célebre carta, pasa de obispo piadoso y hombre recto a capitán de los sentimientos populares.

Electo para el Consejo de Regencia, lleva a la política de intriguillas su rectitud episcopal, su ánimo de expulsar al francés y de restablecer el trono de España, ¡y se encuentra con que a los hombres de Cádiz les preocupaba muy otra cosa! No hay que pedir imposibles: el obispo tenía ya más de setenta años, no entendía de novedades. Por lo demás, no se trataba de una discusión académica: el invasor estaba encima, y hasta los más puros liberales pudieran aquí aplaudir el sentido conservador del pueblo. Si para algo se hizo el nacionalismo, con todas sus equivocaciones, es para los momentos de guerra: aquí la razón no me deja ser absoluto; hay ideas, hay doctrinas de que debemos usar como del revólver, y ni para más ni para menos.

III. LA ACCIÓN.

Es el 24 de septiembre de 1810. El obispo, encorvado, viejo, algo descuidado ya en la persona, preside aquel resto de poder ejecutivo, en Cádiz la romántica. El francés ocupa ya casi todo el cuerpo de España; pero de su alma sólo ocupa aquel último reducto de Cádiz que no han pisado sus soldados. El obispo—libre de Francia en cuerpo y alma—se había opuesto a la reunión de las Cortes:

no era hora de parlamentos, sino de combates. Pero, derrotado el obispo y electos los diputados, le tocó a él mismo inaugurar las Cortes de que abominara.

Las exterioridades del acto han sido descritas extensamente; no así lo escondido, lo profundo. El "Diario de Sesiones" pone en boca del obispo un discursito inaugural sin importancia, después de lo cual la Regencia se retiró de la sala, entregando a su propia inexperiencia a las Cortes.

Desde las cinco de la tarde los regentes, el obispo a su cabeza, esperaban ansiosamente el resultado de la primera Asamblea. Anocheía. En las Cortes, los políticos improvisados explayaban sus entusiasmos ingenuos, y los políticos profesionales preparaban sus máquinas.

El obispo estaba pesimista, el general Castaños trataba de tranquilizarlo; Lardizábal, inquieto, consultaba angustiosamente su conciencia. El ayudante general de la Regencia, Sanz de Tejada, traía noticias de rato en rato: "Ahora dicen esto, ahora votan aquéllo. El pueblo delira de entusiasmo. Muñoz Torrero ha leído sus decretos." Más tarde había de escribir Lardizábal: "Vimos claramente que en aquella noche no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas...."

Entre ocho y nueve, una Comisión de las Cortes pide a los regentes que permanezcan en su puesto, porque se les ha de pedir un juramento. ¿No estaba decretado que la Regencia resignaría su mando en el Gobierno designado por las Cortes? ¿A qué, pues, el juramento? ¿Pretendían las Cortes alzarse en Gobierno? En el corazón del obispo iba a desatarse la tempestad.

A los tres cuartos para las once las Cortes continúan discutiendo y los regentes esperando. Saliendo de un semisueño, en que acaso se estuvo templando su voluntad, el obispo se declaró fatigado. “Tengo que rezar. Mañana me informarán de lo que suceda”, y se marchó. Cuando el hombre no resiste la lucha, la fuga puede ser un positivo acto de combate. Los cuatro regentes restantes prestaron a poco el juramento que se les pedía, reconociendo la soberanía de las Cortes. El espíritu de Francia había triunfado.

Lo demás es una consecuencia directa, o es un corolario de aquella fuga. El obispo renunció a su puesto, cuidando de que no se perdieran las razones de su acto, cuya trascendencia preveía. En vano pretenden las Cortes obligarle a prestar un acatamiento que no le dicta su conciencia. Se le abrió causa, tal vez una causa irregular, que sólo servía, prolon-

gándose, para que las opiniones del obispo se fueran difundiendo entre el pueblo. Y así—también a la negativa, como cuando libró, huyendo, su primer combate contra las Cortes—el obispo hizo su propaganda.

En febrero de 1811, la prisión, la incomunicación, la vejez acaban con el ánimo del obispo, que se allana a prestar el juramento exigido. Pero ¿no vale más, a veces, el proceso de una rebeldía que la sumisión en que pára? Dió razones, propagó su causa, robusteció una tendencia de la opinión, mientras tuvo fuerzas. En su juramento, que acaso no fué tan “liso y llano” como pretendieron los interesados en él, no se vió razón, convicción ni fuerza, sino pura debilidad. Puestos a seguirle, ¿cuál de sus dos actitudes había de parecernos la sincera, la verdadera? Y puestos a recoger su herencia política, si tuviéramos tan mala idea, ¿adónde la habíamos de buscar?

El obispo volvió a su diócesis; pero como explica Rico y Amat, su palabra y sus escritos habían suscitado ya, dentro de las Cortes, un partido antirreformista. Y de aquí, en el año 14, la reacción de los “persas”, cuyo manifiesto es una exhumación de las protestas del obispo de Orense. El rey, que volvía de su cautiverio, entiende el aire y lo aprovecha.

A L F O N S O R E Y E S

“No era ya un partido—concluye López-Aydillo—, era todo un sistema que volvía, girando sobre el eje de la rebeldía del antiguo presidente de la Regencia.” Casi toda España había venido a ser obispo de Orense.

Una hora engendra la otra. En la sucesión de los hechos, un hombre solo, si descubre la “junctura rerum” y aplica sobre ella oportunamente el disparo de su decisión, parece que hiciera vacilar los destinos.

EN LA CASA DE GARCILASO

A los documentos sobre Garcilaso publicados por el marqués de Laurencín en el "Boletín de la Real Academia de la Historia" (marzo de 1915), hay que añadir los que ahora da a la Prensa don Francisco de B. San Román ("Boletín", diciembre de 1918), que nos descubren algunos rinconcillos de los interiores del poeta, como si los alcanzáramos a ver, algo trabajosamente, por el agujero de la llave.

Conviene imaginar teatralmente los antiguos documentos jurídicos. De otra suerte es imposible entenderlos. La escena es en Toledo, a 3 de enero de 1537, en el estudio de Payo Rodríguez, "secretario público". Este está sentado a la mesa cuando aparece doña Elena de Zúñiga, la viuda de Garcilaso, en hábitos de duelo y con toca; la acompaña Pedro de Alcocer, su criado y procurador. Detrás vienen unos caballeros toledanos que van a servir de testigos. Doña Elena comienza a dictar el inventario de los bienes de su difunto esposo. Cae el telón.

Y cuando se vuelve a levantar, ya andamos por el barrio de Santa Leocadia. Al fondo, y algo a la derecha, hay un callejón: la casa de aquella esquina es de un Francisco Rodríguez de Canales; pero todo el grupo de la izquierda lo forman unas que fueron de Garcilaso y que lindan con otras de la propiedad de doña Elena. Don Sixto Ramón Parro, gran doctor toledano, hizo poner el nombre de Garcilaso en alguna casa, pero no vemos la lápida por ninguna parte. Es que la lápida está puesta sobre la casa en que nació Garcilaso, en la calle que hoy lleva su nombre y antes se llamó callejón de Santo Domingo el Antiguo, barrio de San Román; pero no en la casa donde habitó desde su matrimonio, que no sabemos a punto fijo cuál era de todas esas que aparecen en la decoración del fondo.

Otro cuadro: doce días han pasado. La casa de Garcilaso. La estancia está arreglada con lujo. Por el suelo hay una alfombra verde y roja. En el muro, un gran espejo de acero. Las puertas tienen colgaduras de terciopelo verde bordadas de oro. A un lado, una mesa de nogal con tres sillones. A otro, una escribanía de asiento con funda de cuero morado, donde está, escribiendo, el secretario. Los caballeros discurren por la escena. Doña Elena, sentada en uno de los sillones, da órdenes

R E T R A T O S

a los esclavos Román y Hamete, que ahora acaban de traer, desmontada, una cama de campo, con sus lienzos blancos, y en el cielo, cinco medallas de guadalmequí, y muchas perillas doradas. A otra parte, las esclavas Fátima y Mariquita traen precipitadamente—y las van depositando sobre las mesas, las sillas y el suelo— mantas, cotas, sayos, candeleros y otros objetos pequeños. Después, toda la compañía se pone en movimiento para ir tomando nota de cada cosa en su sitio.

La lectura del inventario habría entusiasmado al parnasiano Heredia. Alternan allí las telas vistosas con los metales relucientes: junto al calderico de sacar agua de aljibe, la bola de latón labrado de ataujía—con su perfumador dentro— para calentar. Los moscadores de plumas de Indias y los almohadones y colchas representan la parte más femenina de la vida doméstica, mientras que en los arcaes de cerradura creemos ver el cuidado de la hacienda, y oímos resonar las llaves en las manos del ama. Hay cuadros y papeles con dibujos de Flandes, cuchillos de plata, vidrios venecianos de colores, porcelanas de Venecia, bernegales de barro colorado, jarros y aguamaniles, varias camas de campo, colchones de Ruán, estereras, sillas de mula con aparejo; y muchos menudos objetos, que revelan el muy

A L F O N S O R E Y E S

toledano amor a las golosinas y confites. De la biblioteca no averiguamos gran cosa, fuera de que había un libro grande de pergamino iluminado con letras de oro, cubiertas negras y manezuelas de plata, y además, treinta y siete libros pequeños con coberturas negras, doradas, coloradas, de pergamino o de cuero, y con cintas prietas de seda.

Además del inventario, publica el señor San Román una información sobre la muerte de Garcilaso, anterior a las conocidas, y que coincide con ellas (vese al héroe, como en una estampa de la época, despeñarse desde una escala, en el asalto de las torres de Frejus, herido de una pedrada en la cabeza), y una tasación de un hábito de Alcántara—valiosa joya—perteneciente al sobrino del poeta.

Voy a terminar, cuando oigo unas risas en el patio: son Fátima y Mariquita empeñadas en tirar de un macho enjaezado, que hay que hacer pasar frente a la ventana para que lo vea el señor secretario público.

FRANCISCO CODERA Y ZAIDIN

(23 de junio de 1836.—6 de noviembre de 1917.)

LA vida del arabista Codera es un ejemplo edificante de vocación. Por entre el latín del Seminario y la Teología de la Universidad, sin desatender tampoco los estudios de Derecho y de Ciencias, su vocación se fué abriendo paso. Lo que le enseñaban sus maestros no era más que un conocimiento transitorio, donde él se apoyaba para arriesgarse por su cuenta a ensayos e investigaciones personales.

Ligereza, en el mejor concepto de la palabra; agilidad para asimilar y elaborar pronto la ciencia recibida; nada de "espíritu de pesadez," y una industriosisidad de Robinsón: esto fué su vida.

Descubierta la línea esencial de sus actividades, ya no se perdona sacrificio alguno para desarrollarlas, y hasta se reviste de aquella dureza de santidad que, hoy como siempre, es indispensable al obrero de la inteligencia.

Como era hijo de labradores y no podía menos de reobrar sobre todo lo que veía, trans-

forma en su juventud los utensilos de labranza, modifica los sistemas de tracción y de riego; emprende plantaciones nuevas, introduce los abonos minerales, descubre fuentes.

De niño, mientras estudia en las Escuelas Pías de Barbastro, vive en casa de un carpintero. Y, ya lo supondréis—: aprende, como por juego, el arte de la carpintería. Pero en esta naturaleza feliz nada pasa en vano, y unas a otras las curiosidades se responden y se van descubriendo: el uso del compás y la escuadra y la regla métrica, le lleva a estudiar, sin maestro, las ciencias exactas. A poco, construye aparatos de física para él y sus compañeros.

En Zaragoza, pronto es catedrático de lo que le acaban de enseñar. Pero Codera necesita aprender, sea lo que fuere: está descubriendo por su cuenta las maravillas del mundo, de acuerdo con un plan inconsciente de gimnasia mental. ¿Que suprimen la sección de Ciencias? Qué más da: Codera se inscribe en Letras.

Pero está mandado que no haya hombre perfecto. El ansia de estudio supera la resistencia de su salud. Convaleciente en Barcelona, Codera—“para no estudiar”— aprende las lenguas vivas.

Cuando, estando en Madrid, se le ocurre vol-

var a Lérida, averigua que en Lérida hay plaza vacante de lenguas clásicas, y, como quien aprovecha la oportunidad para hacer un viaje barato, gana las oposiciones: ¡a él qué trabajo le costaba! Y ya está dedicado a las lenguas sabias; ya el polo magnético ha logrado fijar para siempre a esa agujilla vibradora y nerviosa. Un esfuerzo más, y lo tenemos profesor de Griego, Hebreo y Arabe, en Granada, en Zaragoza; y, finalmente, profesor de Arabe en Madrid, hasta su jubilación, de hace quince años.

Toda su actividad gira desde entonces en torno ~~de~~ sus tareas de arabista. Si estudia la numismática, es para el mejor establecimiento de la cronología hispano-arábica. Un día, con riesgo de su salud, se encierra en los depósitos de calderilla vieja que hay en la Casa de la Moneda, y de esta aventura resultan descubrimientos históricos: documentos sobre Reyes hasta entonces desconocidos, y otras cosas más.

Para sus discípulos, compone un epítome de unas cien páginas; porque es hombre capaz de síntesis, que es la condición varonil de la inteligencia. Pero cuando quiere imprimir sus libros en España, faltan hasta los elementos tipográficos. Para algo ha sido Codera inventor y obrero manual: él mismo litografió su

epítome, hizo adquirir una fundición árabe, compuso las leyendas de sus monedas y se construyó una prensa especial.

Como era bibliófilo, una vez se puso “con maña de artesano y paciencia de benedictino,” según dice Saavedra, a reconstruir los desven- cijados códices de El Escorial, que, arrojados por las ventanas para salvarlos del incendio, estaban hechos unos líos informes de ho- jas amontonadas, casi al azar. Codera “ordenó las hojas por tamaños, contó el número de líneas de cada plana, midió la longitud y la- titud de lo escrito, y, con estos datos, formó una tabla metódica, con ayuda de la cual pu- do atribuir a muchos códices las hojas que les pertenecían.”

Supo e hizo mucho; pero practicaba y en- señaba a practicar la duda científica, huyen- do de todo procedimiento adivinatorio. Con ser el mejor preparado, sabía que no lo es- taba para emprender una historia general de la dominación musulmana en España, y pre- firió, recogiendo las enseñanzas de Gayangos, inaugurar el método de los estudios arábigos, mediante monografías y contribuciones aisla- das, ordenamiento y publicación de materia- les. Nunca declaró saber lo que no sabía, ni permitió a sus discípulos que lo hicieran. Así pudo formar una verdadera escuela de ara-

bistas, que heredan la religiosidad científica de su maestro. Al frente de ella quedaba D. Julián Ribera; junto a él, D. Miguel Asín Palacios y los numerosos discípulos de éstos. Codera ha podido morir tranquilo.

Su generosidad era proverbial: "Codera da toda su erudición a quienquiera que se la pide—escribe Menéndez Pidal—. El no se estima a sí mismo en nada; la ciencia a que sirve lo es todo." Así, por desinterés y sacrificio, pudo vencer los escrúpulos del musulmán a franquear los tesoros de sus bibliotecas, y pudo traer de Africa noticias que ningún otro sabio europeo había alcanzado.

Son pocos los hombres de su temple. Si la obra científica de Codera no fuera de por sí digna de todo respeto y encomio, su carácter personal bastaría para proponerlo como ejemplo. Hombre organizado, supo ser especialista, sin renunciar a ninguna de sus aficiones, antes valiéndose de ellas, por minúsculas que pudieran ser. Y aun creemos que es Codera un caso ejemplar, por la mismo que no es exótico: en las posibilidades del temperamento español está el superar con el esfuerzo propio las deficiencias del ambiente: No es voluptuoso el español: con muy poca cosa le basta. Un viejo microscopio permite a Cajal realizar investigaciones histológicas que asom-

bran. Todo está en pensar poco en sí mismo y mucho en el ideal.

Y Codera se dió todo a su obra, sin compromisos ni complacencias. Y como en aquel su enciclopedismo práctico no faltan, por ventura, las artes manuales, que pedía Rousseau a su discípulo, Codera pudo consagrar a su labor, desde los entusiasmos más altos de su espíritu, pasando por las privaciones y la paciencia, hasta las habilidades humildes de sus manos.

Hombre modesto, Codera fué siempre en la vida como ese “siervo grato a Dios” que hay en todas las comunidades religiosas, de quien, a primera vista, nadie hace caso. Uno de los mayores elogios que pueden hacerse del político Cánovas, uno de los mayores honores que pueden rendirse a su inteligencia, es recordar que supo distinguir a Codera, “siervo grato a Dios,” entre el tumulto ruidoso de los hombres.

Imaginad al anciano, seco y sobrio, fabricando sobre su mesa sus juguetes científicos, el alma y el cuerpo electrizados por una idea. Como sucedió a Fray Juan de Segovia, la muerte le sorprende un día

“Puliendo un cáliz y rezando un Credo.”



LECTURA SELECTA

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN LITERARIA

PUBLICADA POR F. GONZÁLEZ GUERRERO

POEMAS

Amado Nervo.—POEMAS ESCOGIDOS. (2 ediciones, agotadas).

Rubén Darío.—POEMAS ESCOGIDOS.

Eugenio de Castro.—POEMAS ESCOGIDOS.

SCHAHRAZADA.

Los más bellos cuentos de todos los países.

Vol. I. núm. 1.—CUENTOS de: "Las Mil Noches y una noche", Goethe, Gautier, Lafcadio Hearn (Koizumi Yakumo), Amado Nervo, Richard Middleton. (Agotado).

Vol. I. núm. 2.—CUENTOS de Géza Gárdonyi, Palacio Valdés, Giovanni Papini, Rachilde, Lérmontof, Pedro-Emilio Coll.

Vol. I. núm. 3.—CUENTOS de Pérez Galdós, Trindade Coelho, V. García Calderón, Machado de Assis, Herczeg.

VARIA

Leopoldo Lugones.—LOS CABALLOS DE ABDERA.
(Cuentos escogidos).

José Enrique Rodó.—PARABOLAS.

AUTORES MEXICANOS NUEVOS:

José Vasconcelos.—DIVAGACIONES LITERARIAS.
(Agotado).

M. Silva y Aceves.—CARA DE VIRGEN.

Alfonso Reyes.—RETRATOS REALES E IMAGINARIOS.

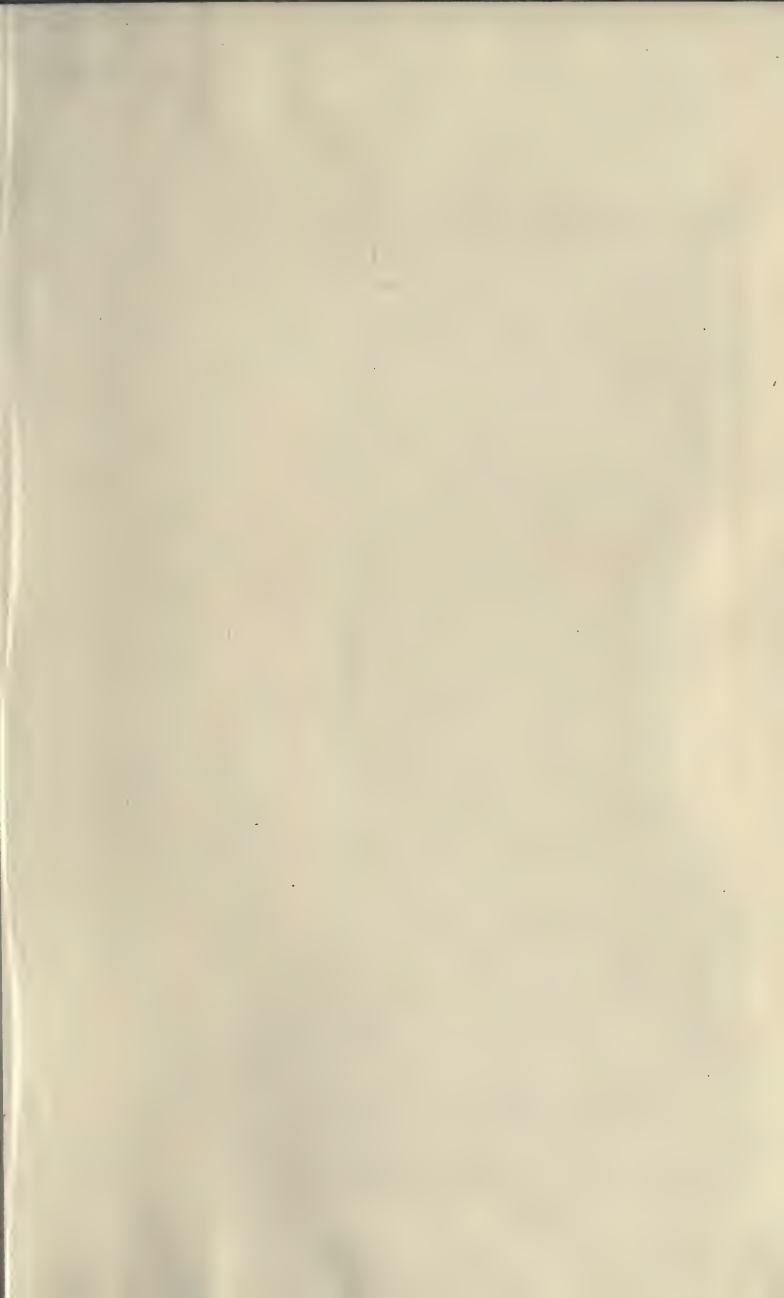
EN PRENSA:

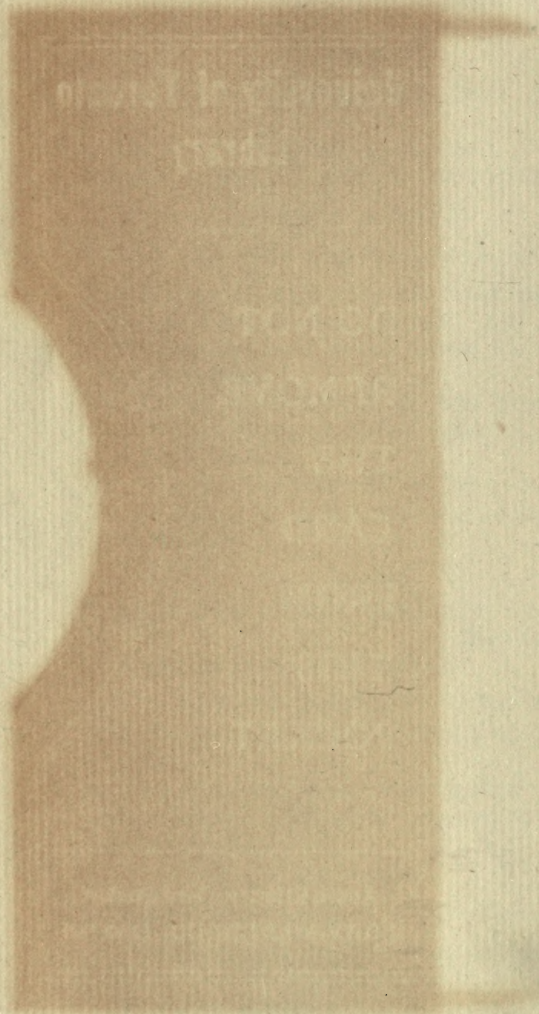
Guillermo Valencia.—Oscar Wilde.—Eca de Queiroz.

Precio de cada número en toda la República:

50 CENTAVOS.

No se sirve ningún pedido si no viene acompañado de su importe. Apartado postal 1016. México, D. F.





377845

LS Reyes, Alfonso

R4573r

Retratos reales e imaginarios.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

